LEONARDO CASTELLANI



Cristo y los Fariseos

El fariseísmo es el pecado contra el Espíritu Santo. La natura del fariseo se ha vuelto máscara, miente con toda naturalidad pues ha comenzado por mentirse a sí mismo. Lo que él simula, que es la santidad, y lo que él es, el egoísmo, se han amalgamado y se han hecho un espantoso veneno que de suyo no tiene antídoto alguno. Glicerina más ácido nítrico, igual dinamita.

El destino de Jesús de Nazareth era chocar contra el fariseísmo; y una vez producido el choque, la lucha hasta la muerte sigue inevitable.

La Humanidad no ha presenciado otro conflicto más agudo, peligroso y trágico: la religión viva ha de vivir dentro de la religión desecada sin desecarse ni dejar de ser lo que es, como un golpe de savia que debe moverse a través de un tronco vuelto corteza. Éste fue el difícil trabajo de Cristo.

Obras del Autor

Las Parábolas de Cristo

La parábola es un género utilizado por Jesús en su predicación. La irrupción de lo teológico da a la parábola su sello propio y único en toda la literatura del mundo, y por ello se puede decir que este género fue inventado y concluido por Cristo, aunque haya precedentes e imitaciones débiles.

Su Majestad Dulcinea

El destino impuso a Castellani el grave trabajo de historiador simbolista, y las cosas que imaginó en 1946 tienen hoy una asombrosa verificación.

Una visión dolorosa de la patria, que no lleva al abatimiento, ni a la amargura, porque en la obra resuena la afirmación absoluta de Cristo: "¡Confiad, Yo he vencido al mundo!"

San Agustín y nosotros

Castellani escribe agustinianamente y considera "los temas de nuestro tiempo", que por ser realmente" de nuestro tiempo son también los temas permanentes de todos los tiempos. Así el libro constituye una "vuelta a los principios", pues en su desarrollo quedan explicados los puntos fundamentales de la Filosofía.

El Autor

Leonardo Castellani nació en Reconquista, provincia de Santa Fe, el 16 de noviembre de 1899. En 1918 ingresó al noviciado cordobés de la Compañía de Jesús y en 1930, en Roma, fue ordenado sacerdote. Seis años estudió en Europa. En 1935, ya graduado en Filosofía por la Sorbona de París y en la Gregoriana de Roma, regresó a su patria. Aquí se dedicó al periodismo y a la docencia y comenzó su sorprendente labor de escritor, de la cual queda testimonio en cincuenta libros eximios y otros trabajos inéditos. De su esclarecida pluma tenemos Doce parábolas cimarronas, Freud en cifra y El Apokalypsis de San Juan, entre otros.

Gran poeta y ensayista, gran crítico literario. Su obra y su figura nos lo muestran como una de las más grandes glorias de nuestra patria.

"... Se dijo que Castellani fue un género único, y es exacto, porque ¿dónde ubicarlo por la multiplicidad de sus lecturas, su claridad, su poder de síntesis, su estilo, su dominio del idioma, por esa facilidad de poner en claro problemas muy abstrusos, por su gracia muy particular? Creo que no es descabellado afirmar que Castellani es uno de los dos talentos que regaló Dios al país en este siglo. El otro se llamó Leopoldo Lugones".

Mons. Antonio Quarracino
Cardenal Primado de la Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11723
I.S.B.N. 987-95078-5-1

Grabado de Tapa: "La Coronación de Espinas" de Víctor Delhez

Diseño de Tapa: María Amigorena
Diagramación y compaginación del interior: Néstor G. Luján

Leonardo Castellani

CRISTO y los FARISEOS

Corrección y notas:
Pbro. Carlos Biestro

EDICIONES JAUJA
MENDOZA - ARGENTINA

Índice General

Prefacio

El presente volumen reúne escritos del Padre Castellani de diversa procedencia, sobre el tema del fariseísmo.

La primera parte, redactada por el Padre en su reclusión en Manresa, es una obra inconclusa: en su plan original, cuyo esquema conservamos, Castellani se proponía abordar diversas cuestiones que quedaron en el tintero. Agregamos cinco Apéndices tomados de otros escritos del Padre que proyectan más luz sobre el fariseísmo.

La segunda parte consta de cuatro cartas que en 1946 Castellani dirigió a los profesos jesuitas de la Provincia Argentina. Ellas tratan sobre la Obediencia, Pobreza, Castidad y Gobierno. Entonces las cartas fueron consideradas "sediciosas" y Castellani manifestó su voluntad de publicarlas* para que se viese que no eran tales. Al cumplir hoy el deseo del Padre contribuimos a honrarlo en el centenario de su nacimiento.

Los editores

* *Jauja* n° 7, *El Progresismo; Un País de Jauja,* p. 90

PRIMERA PARTE

Cristo y los Fariseos

Prólogo

Cosas que conocen todos
Pero que nadie cantó
(Martín Fierro)

Toda la biografía de Jesús de Nazareth como hombre se puede resumir en esta fórmula: *"Fue el Mesías y luchó contra los Fariseos"* —o quizá más brevemente todavía: *"Luchó contra los Fariseos."*

Ése fue el trabajo que personalmente se asignó Cristo: su campaña.

Todas las biografías de Cristo que conocemos construyen su vida sobre otra fórmula: *"Fue el Hijo de Dios, predicó el Reino de Dios y confirmó su prédica con milagros y profecías..."* Sí; pero ¿y su muerte? Esta fórmula amputa su muerte, que fue el acto más importante de su vida.

Son biografías más apologéticas que biográficas; Luis Veuillot, Grandmaison, Ricciotti, Lebreton, Papini, Mauriac...

El drama de Cristo queda así escamoteado. La vida de Cristo no fue un idilio ni una elegía sino un drama: no hay drama sin antagonista. El antagonista de Cristo, en apariencia vencedor, fue el fariseísmo.

Sin el fariseísmo toda la historia de Cristo hubiera cambiado; y también la del mundo entero. Su Iglesia no hubiese sido como es ahora y el universo hubiese

seguido otro derrotero, enteramente inimaginable para nosotros, con Israel cabeza del pueblo de Dios y no deicida y disperso.

Sin el fariseísmo, Cristo no hubiera muerto en la cruz; pero sin el fariseísmo la Humanidad caída no fuera esta Humanidad, ni la religión religión. El fariseísmo es el gusano de la religión; y después de la caída del Primer Hombre es un gusano ineludible, pues no hay en esta mortal vida fruta sin su gusano ni institución sin su corrupción específica.

Es la soberbia religiosa: es la corrupción más sutil y peligrosa de la verdad más grande: la verdad de que los valores religiosos son los primeros. Pero en el momento en que nos los adjudicamos, los perdemos; en el momento en que hacemos nuestro lo que es de Dios, deja de ser de nadie, si es que no deviene propiedad del diablo. El gesto religioso, cuando se toma conciencia de él, se vuelve mueca. Los grandes gestos de los santos no son autoconscientes, es decir, son auténticos, es decir, son divinos: "padecen a Dios" y obran en cierto modo como divinos autómatas, como obran los enamorados; sin "autosentirse"; como dicen ahora.

Entiéndanme: no les niego la libertad ni la conciencia ni la reflexión; establezco simplemente "la primacía del objeto", que en lo religioso "es un objeto trascendente"; —la primacía sobre la práctica de la contemplación, sobre la voluntad del intelecto —o como dirían ahora, de la Imagen.

El fariseo es el hombre de la práctica y de la voluntad, es decir, el Gran Casuista y el Gran Observante.

Se han hecho innúmeros retratos "externos" del Fariseo. El mejor está en los Evangelios. Allí el fariseo no solamente es descrito por Cristo sino que actúa y se

mueve contra Cristo. La acción subterránea que desemboca en el crimen máximo irrumpe en tacurúes durante su camino, como las bocas de un hormiguero, como los cráteres de un forúnculo, dejando señalada su dirección psicológica, aunque sin patentizarse en sí misma, porque el alma del fariseo es tenebrosa. Un fariseo no puede escribir su autorretrato.

No se ha escrito ni se puede escribir. El pobre Tartufo de Molière, es un infeliz, un estúpido, un bribón vulgar y silvestre que lleva un transparente antifaz de devoto. Pero el fariseo verdadero no lleva antifaz; es todo él un antifaz. Su natura se ha vuelto máscara, miente con toda naturalidad pues ha comenzado por mentirse a sí mismo. Lo que él simula, que es la santidad; y lo que él es, el egoísmo, se han amalgamado; se han fundido y se han hecho un espantoso veneno que de suyo no tiene antídoto alguno. Glicerina más ácido nítrico igual dinamita.

El destino de Jesús de Nazareth era chocar con el fariseísmo; y una vez producido el choque la lucha hasta la muerte sigue inevitable. Este drama tiene el determinismo riguroso de todo buen drama. El sino del que se dio como misión: *"las ovejas que perecieron de la casa de Israel"* era topar con la causa del perecimiento de Israel, a saber, con los falsos pastores, con los lobos vestidos de pastores, los de la zamarra de piel de oveja.

La humanidad no ha presenciado otro conflicto más agudo, peligroso y trágico: la religión viva ha de vivir dentro de la religión desecada sin desecarse ni dejar de ser lo que es, como un golpe de savia que debe moverse a través de un tronco vuelto corteza. Éste fue el difícil y delicado trabajo de Cristo.

La cátedra de Moisés sigue siendo la cátedra de Moisés. Hay que hacer lo que dicen los sentados en ella sin hacer lo que hacen; y decir una cantidad de cosas que ellos callan, y que deben decirse, y que los harán saltar como víboras: *"dar testimonio de la verdad."* Eso hay que hacerlo; y no omitir lo otro.

Este trabajo espinoso desgarra y hace visible por dentro el corazón de Cristo. ¿Cómo podemos ser devotos del Corazón de Jesús sin conocerlo? ¿Y cómo conocerlo sin entrar en él? Hoy día hay gentes que hacen fiestas al Corazón de Jesús y no tienen corazón.

Así pues, el hilo conductor que une todos los actos de Cristo, define su carácter y descubre su corazón es su tremendo enfrentarse con los pervertidores de la religión. El conflicto religioso estalla en el momento en que Cristo hace su primer acto de público predicante y profeta en Caná de Galilea. "¿Qué es esto?" —dicen los aprovechadores de la religión. "¿Qué hace Éste?" Ya habían sido alertados por la predicación vociferante de Juan el Bautista. ÉSTE acababa de ser autorizado y proclamado por AQUÉL.

Es sintomático que el rudo penitente de Makerón haya recibido la muerte de un sensual, mas Cristo haya sido llevado a ella por puritanos. Es cien veces peor el fariseísmo que los demás vicios, como notó el mismo Cristo. El fariseísmo es un vicio espiritual, es decir diabólico, pues las corrupciones del espíritu son peores que las corrupciones de la carne. Ésta es un compendio de todos los vicios espirituales, avaricia, ambición, vanagloria, orgullo, obcecación, dureza de corazón, crueldad, que ha llegado a vaciar por dentro diabólicamente las tres virtudes teologales, constitu-

yendo así el "pecado contra el Espíritu Santo". *"Vosotros sois hijos del diablo y el diablo es vuestro padre."*

Las desviaciones de la carne son corrupciones; pero las desviaciones del espíritu son perversión. El Gran Incesto es copular consigo mismo, hacerse Dios. Eso es lo que hizo el Diablo en el principio, el Gran Homicida.

Pecado contra el Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque el Espíritu es el Amor que une el Padre y el Hijo, el Amor que saca al hombre de sí mismo y lo lleva a Dios. Así éste es el pecado que no tiene cura posible, porque el que tiene el amor tuerce sus acciones todas y tuerce aquello que destuerce todo lo torcido. Desvirtúa "il Primo Amore", como lo llama el Dante.

Al verse a sí mismo divino, todas las acciones del fariseo quedan para él divinizadas. No hay punta tan aguda que pueda penetrar esa cota de malla, esas escamas más apretadas que las de Behemot; ni la misma Palabra de Dios, que es espada de dos filos. ¡La Palabra de Dios justamente ha sido laminada para esta coraza! ¡Los fariseos de Cristo la llevaban encima, en fimbrias, vinchas, orlas, estolas y filacterias!

"Los calzados —decía San Juan de Yepes de los de su tiempo— están tocados del vicio de la ambición, y así todo lo que hacen lo coloran y tiñen de bien; de manera que son incorregibles..." La ambición en los religiosos, que se les vuelve a veces una pasión más fuerte que la lujuria en los seglares, es una de las partes más finas del fariseísmo: *"Amar los primeros puestos... amar el vano honor que dan los hombres"*.

Pero la flor del fariseísmo es la crueldad: la crueldad solapada, cautelosa, lenta, prudente y subterránea, *"el dar la muerte creyendo hacer obsequio a Dios."* El fariseís-

mo es esencialmente homicida y deicida. Da muerte a un hombre por lo que hay en él de Dios[1].

Instintivamente, con más certidumbre y rapidez que el lebrel huele la liebre, el fariseo huele y odia la religiosidad verdadera. Es el contrario de ella, y los contrarios se conocen. Siente cierto que si él no la mata, ella lo matará.

Desde ese momento, el que lleva en sí la religiosidad interna sabe que todo cuanto haga será malo, todos sus actos serán criminosos. La Escritura en sus labios será blasfemia, la verdad será sacrilegio, los milagros serán obras de magia ¡y guay de él si en un momento de justa indignación recurre virilmente a la violencia, aunque no haga más daño que unos zurriagazos y derribo de mesas! Su muerte está decretada.

Y todo este drama se desenvuelve en el silencio, en la oscuridad, por medio de tapujos y complicadas combinaciones. La muerte ilegal, cruel e inicua de un hombre se resuelve en reuniones donde se invoca a la Ley con los textos en la mano, en graves cónclaves religiosos, diálogos, frases donde casi no habla más que la Sagrada Escritura y se usan las palabras más sacras que existen sobre la tierra. —"En verdad os digo que si un muerto resucitado viniese a deponer, no lo creeríais."

---

[1] "Dios necesita poner a alguien de blanco a quien odien los fariseos, para que el 'odio a Dios' latente que los afecta salga afuera en forma de *'odio deicida'* al prójimo: odio a lo santo, lo virtuoso o lo natural excelente que hay en él. Dios 'fija el absceso', como dicen los médicos, y hace volverse visible al pus en orden a la curación —que empero es imposible o casi imposible." (Castellani, *Diario,* 9-XI-52).

Y todos los medios son buenos con tal que sean sigilosos: la calumnia, el soborno, el dolo, la tergiversación, el falso testimonio, la amenaza. Caifás mató a Cristo con un resumen de la profecía de Isaías y con el dogma de la Redención. *"¿Acaso no es conveniente que por la salud de todo un pueblo muera un hombre?"*

El drama de Cristo fue éste. Así murió el Salvador. Toda su mansedumbre, toda su dulzura, toda su docilidad, sus beneficios, su prudencia, su elocuencia, sus ruegos, sus lágrimas, sus escapadas, sus avisos, sus imprecaciones, sus amenazas proféticas, su talento artístico, su sangre, su muda imploración de *Eccehomo* habían de estrellarse contra el corazón del fariseo más duro que las piedras; de las cuales es posible hacer hijos de Abraham más fácilmente que de quienes se creen salvados por el hecho de llevar sangre de Abraham.

Es el drama de Cristo y de su Iglesia. Si en el curso de los siglos una masa enorme de dolores y aun de sangre no hubiese sido rendida por otros cristos en la resistencia al fariseo, la Iglesia hoy no subsistiría. El fariseísmo es el mal más grande que existe sobre la tierra. No habría Comunismo en el mundo si no hubiese fariseísmo en la religión; de acuerdo a lo que dijo San Pablo: *"Oportet haéreses esse..."*

Y al final será peor. En los últimos tiempos el fariseísmo triunfante exigirá para su remedio la conflagración total del universo y el descenso en persona del Hijo del Hombre, después de haber devorado insaciablemente innúmeras vidas de hombre.

- I -

Cristo y los Fariseos

El mayor mal que corroe y amenaza a la religión católica hoy día es la *"exterioridad"* —el mismo mal al que sucumbió la Sinagoga.

El punto de disensión entre el Catolicismo y el Protestantismo en su nacimiento fue la "exterioridad". Los protestantes protestaron contra una Iglesia que se volvía un imperialismo, contra una fe que se volvía ceremonias y obras de filantropía, contra una religión que se volvía exterioridad: y apelaron a la religión interior.

La rebelión protestante marca históricamente el momento en que la exterioridad religiosa rompió el equilibrio y amenazó seriamente a la interioridad. El remedio contra eso no era la rebelión y la desobediencia por cierto; y así el Protestantismo no remedió el mal sino que lo agravó. El Protestantismo es la rebelión contra una imperfección que en vez de volverse perfección deviene permanentemente rebelión —como su nombre actual lo dejó fijo. Vivir "protestando" no es un ideal religioso. Se protesta una vez contra un abuso; y después se comienza a *vivir* contra el abuso o fuera del abuso. El que vive protestando quiere que *los otros* quiten el abuso; no quiere o no puede quitarlo él.

Mas siempre es posible quitar un abuso de sí mismo; y es la mejor manera de protestar contra él. Lutero

protestó contra el abuso de las indulgencias y después abusó él de la indulgencia.

Pero el Protestantismo se llevó consigo una gran verdad cautiva. No era un puro error. ¿Cómo iba a permitir Dios que la mitad mejor de la Cristiandad cayera en un puro extravío —y eso por culpa de un monarca sifilítico y un monje burdo y bestial— como pintan a Henry Tudor y a Luther las "Historias de la Contrarreforma"? Poco honor hacen a Dios los que conciben esa enormidad.

Si media Europa acabó por seguir y acoger la rebelión religiosa es porque toda Europa estaba sumida en la mayor crisis religiosa de la historia del mundo —en la penúltima: El fariseísmo estaba por ahogar la religión. La exterioridad devoraba la fe.

Sin escarbar mucho, se puede mostrar esto de una manera sencilla. ¿Cuál fue el punto inicial del incendio? Las indulgencias. ¿Fue eso un mero pretexto, una casualidad, una cosa insignificante? No puede ser.

Las "indulgencias" son una serie de traducciones al exterior de dogmas de fe que son verdaderos si se sustentan en la vida interior; pero cuyas traducciones al exterior los pueden traicionar hasta convertirlos en la siguiente monstruosidad: "Dáca oro y te doy gracia."

Eso es el colmo de la exterioridad religiosa.

El anónimo Lazarillo de Tormes puso en ridículo al "bulero" y con él a las *bulas* y con él a la religión vuelta exterioridad, al rito-comercio. Y el vulgo español inventó este cuentecillo:

A la puerta de una Iglesia un sacristán del Quinientos pedía limosna para la Ánimas a duro por *indulgencia plenaria;* con un gran retablo de cuerpos seminudos

sumergidos en fuego y un letrero que decía: *"Duro que cae, alma que sale."*

Un aldeano dejó caer un duro en la bandeja "por el alma de mi padre" y preguntó después:

—¿Ya salió? —y el sacristán se contentó con señalarle el letrero.

Entonces el cazurro recogió su duro diciendo:

—Pues si ya salió, que no sea tonto de volver a entrar.

Recuerdo que un catalancillo rojo de Manresa me decía en 1947, en ocasión que en todas las Iglesias se predicaba y ofrecía "la Bula de la Santa Cruzada": —"Vosté me va a hacer creer a mí, que un hombre tiene poder, para hacer que sea pecado mortal— que yo pierda mi destino eterno, —el fin para que Dios me creó— una cosa de comer, la carne guisada; y que después, si yo le doy a ese hombre cinco pesetas, ese hombre puede hacer que ya no sea perdición eterna la carne guisada. Un hombre se levanta y dice: Desde hoy el que come carne en viernes hace un mal horroroso, punible con el infierno; pero si me da un duro, el comer en viernes deja de ser un mal horroroso y se vuelve tan inofensivo como era antes..."

Las indulgencias tienen una justificación teológica un poco complicada pero innegablemente lógica; pero para que esos silogismos sean verdadera religión y no armazón ridículo de exterioridad, es menester haya mucha fe en súbditos y pastores y mucha humildad y temor de Dios en el manejo del rito: cosas que en el 500 escaseaban. En otras palabras, los antiguos *perdones* de la primitiva Iglesia, basados en un sentido profundo del pecado, de la misericordia y de los méritos de los mártires, se habían desecado por dentro y convertido

en una práctica de más en más exterior; hasta que el diablo del comercio se metió en la cáscara vacía.

Es falso que la "querella de las indulgencias" haya sido una casualidad, una máscara del orgullo de un fraile, de unos príncipes mal bautizados o de una nación entera mal evangelizada; ese material seco no se hubiese inflamado sin la llama de la indignación de muchísimas almas religiosas contra la exterioridad religiosa.

Otro índice de lo dicho son las famosas *"Reglas para sentir con la Iglesia"* que están en los "Ejercicios Espirituales" de San Ignacio de Loyola. Esas "reglas" están dirigidas contra el espíritu del tiempo, contra el Protestantismo, y todas ellas se dirigen a defender la exterioridad religiosa, loablemente por cierto, puesto que lo exterior es *también* necesario no siendo el hombre espíritu puro. Loablemente para aquel tiempo por lo menos.

San Ignacio fue el campeón de la Contrarreforma. Su alma de místico, después de su conversión en Manresa, se posesionó en París de la máxima entonces necesidad de la Iglesia y comenzó allí la fundación de su Compañía: Allí escribió esas "reglas" que apendizó a su librito: "Alabar candelas encendidas —alabar ceremonias y ritos, largas oraciones en las iglesias, vida conventual, los doctores escolásticos— la obediencia de fe a la Iglesia Jerárquica, de modo que si yo veo *blanco* decir *negro* cuando la Iglesia Jerárquica dice *negro*" —exclama el vasco con una fórmula enteramente vasca, no exenta de peligro. En suma, hacer y decir lo *"oppósitum per diámetrum"* (como dice él) de lo que hacían los "reformadores": fórmula muy buena en táctica pero también peligrosa en teología —por demasia-

do simple. Si Cristo hubiese hecho *todo lo contrario* de lo que el diablo le sugirió en sus tres tentaciones, el diablo hubiera quedado contento.

"Alabar imágenes, ceremonias y candelas encendidas en las Iglesias, largas oraciones vocales, vigilias y ayunos, filosofía escolástica, colectas, congresos, acción católica, enseñanza religiosa, etc." fue una buena orden del día para aquellos días, sobre todo en España, pues al español le gusta la "contra". Un español le dijo un día a otro: "¡Hola, Manolo, al fin te veo, qué cambiao estás, hombre, pareces otro, la verdá es que ya no pareces Manolo! —"Disculpe señor yo no soy Manolo... —¿Qué no eres Manolo? ¡Pues más a mi favor!" —dijo el otro.

Habría que ver si "alabar candelas" es una buena "orden del día" para nuestros días. Poner una candela encendida en un altar o seis imágenes de yeso (el Concilio Bonaerense de 1953 prohibió poner más de 7 imágenes en un solo altar) es un mínimum de religiosidad: es un acto exterior que sustituye e invita a algo interior que es la oración —y que desde luego, si no invita mas sólo sustituye, vale más que no se haga. Pero ese mínimum de religiosidad no es tanto de alabar (se alaban sólo las cosas máximas) cuanto de tolerar o permitir a lo más. Ninguna alabanza de las candelas hay en el Evangelio y es de creer que Jesucristo en su vida no encendió una sola; oraba a la luz de las estrellas y reprendió a los que oraban muy vistosamente: de hecho mandó nos escondiéramos para orar. De manera que "alabar candelas encendidas" puede ser una buena españolada; pero el que no las alaba, no peca.

Pero en fin, dejando este asunto de candelero, lo que notábamos era solamente que el campeón de la Contrarreforma puso el punto de la lucha religiosa de

su tiempo en donde mismo lo puso el campeón de la Pseudorreforma, en el rechazo o acepto total de la exterioridad.

A mayor abundamiento se puede leer toda la vida del tempestuoso monje sajón y se verá que antes de su conversión o reversión estuvo sumergido en la exterioridad religiosa hasta que pendularmente se volvió con violencia hacia la interioridad, desde el rayo que mató a su compañero y lo hizo meterse fraile hasta las indulgencias que lo desfrailaron. En su tiempo anduvo de Provisor o Subprior de siete conventos de su Orden a la vez sobrecargado de negocios temporales con apariencias de sacros hasta no tener tiempo de rezar el breviario —del cual fue dispensado, puesto que al fin y al cabo "se condenaba por el bien de la Comunidad", como el risueño monje alambista de Alfonso Daudet. Él mismo lo notó en su peculiar estilo: "Si la frailería pudiese salvar al fraile, ninguno ha practicado más frailería que yo; y no me salvó nada." Cuando arrojó por la borda toda la "frailería" y dijo "la fe sola, la fe salva y no las obras (exteriores), la fe interna revestida de los méritos de Cristo como una hopalanda", no se dio cuenta que arrojaba la corteza y el esqueleto de lo religioso y hasta la carne, desencarnando la fe y arrojándola despellejada y molusca a las tormentas de la imaginación o a la armadura férrea del fariseísmo.

Y no se dio cuenta de eso porque era ocamista —o como diríamos hoy, cartesiano. No entendía la distinción sutil de materia y forma, el hilemorfismo. Pensó que podían existir en lo humano formas puras. Y en ninguna parte, ni en lo religioso, pueden existir formas sin materia.

- II -

El Dulce Nazareno

Hoy día hay filósofos que dicen que la religión es demasiado masculina, y otros que dicen que la religión es demasiado femenina.

Merejkowski Dimitri en *"Les Mystères de l'Orient"* dice que el cristianismo se ha masculinizado excesivamente, transportando a Dios los atributos de uno de los dos sexos con detrimento del elemento femenino de los seres; según él, representado en el Cristianismo primitivo por la persona del Espíritu Santo; que de hecho, en hebreo, es nombre femenino.

Por el contrario, un jesuita austríaco, Ritschl y un jesuíta alemán NO-SÉ-CÓMO han escrito sendos libros, recientemente traducidos entre nosotros (y mediocres, por lo demás) quejándose de que el Catolicismo actual es demasiado femenino, se vuelve de veras una religión de mujeres: cuyo objeto único es el *"Dulce Nazareno"* de Constancio Vigil, simbolizado en la actual abominable estatuaria religiosa por los Cristos buenos mozos de melena rubia con el dedo en la boca del corazón abierto.

La verdad es que el Cristo de la predicación actual no es ni hombre ni mujer: es un *concepto*. Se ha dejado caer de él la personalidad nada menos, con lo cual se ha suprimido al *hombre* necesariamente; y por consi-

guiente y *"a fortiori"*, a Dios, el cual es una persona (o Tres Personas), no es una idea abstracta. Cristo está allí para sostener la moral; es el puntal de la "moral social", que es hoy día la moral esclerotizada; lo mismo que Moisés y Abraham para los fariseos.

Se han dejado caer grandes trozos del Evangelio, que eran incómodos de predicar y más aun de practicar; los trozos restantes quedan naturalmente incoherentes, y se pueden vertebrar de diferentes maneras; de donde provienen las diversas falsificaciones modernas del Cristo.

El Cristo de Renan, el grande e idílico moralista plebeyo; el Cristo de Strauss, el poeta soñador; el hombre de la resignación y de la tristeza dulce de Tolstoi; la inmensa compasión abierta sobre los males del mundo de Schopenhauer; el jurista y legislador de los casuistas; el profeta socialista; y finalmente el Corazón de Jesús de las beatas, protector de las solteronas...

Como le dijo una vez el Obispo al Filósofo:

—"Lo ha salvado el Corazón de Jesús; créame, doctor. Lo ha salvado de ese accidente automovilístico el Corazón de Jesús..."

El filósofo levantó la cabeza y dijo:

—La bondad de Dios no se puede probar por la experiencia.

En lo cual tenía razón hasta cierto punto. La bondad de Dios se puede experimentar en la experiencia mística, pero no se puede *probar* propiamente con experimentos. Al contrario, la experiencia de los grandes males del mundo tendería a probar más bien lo contrario, para muchos hombres.

Se ha suprimido la personalidad de Cristo porque se ha omitido en sus retratos lo que fue su misión esen-

cial. Un hombre se define por su quehacer histórico; el quehacer histórico de Cristo fue la lucha contra el fariseísmo.

—¿Una pateadura puede salvar un alma?

—No— es la respuesta corriente. Pero si una pateadura no pudiese salvar un alma, Cristo no hubiese dado pateaduras. Y el Evangelio nos relata dos formidables pateaduras por lo menos, dadas por Cristo a los mercaderes del Templo.

Suprimid la indignación viril en Cristo y suprimís su virilidad. La indignación viril queda borrada de la lista de las virtudes cristianas. Y la indignación justa, con todos sus gestos y sus efectos, es una virtud.

—¿Jugarse por una mujer es obra de un sacerdote?

—De ninguna manera. Por lo demás, los sacerdotes hoy día, la mayoría, no se juegan ni por mujeres ni por varones.

Pero Cristo se jugó por una mujer, y de mala fama por añadidura. Lo que eso significaba para los sacerdotes de su tiempo era terrible: era el descrédito total como sacerdote. Si un fariseo tocaba *la sombra* de una mujer andando por la calle, tenía que purificarse. Ahora, cuando no estaban en la calle, no era la sombra solamente, según parece.

La gazmoñería y la pudibundería es un típico signo farisaico; esos santos arrojan una sombra de maldición sobre todo lo carnal, como si no hubieran nacido de madre; —lo cual no es señal de gran castidad, al contrario. Afectan considerar todo lo sexual como esencialmente no-santo.

Despreciaban altamente a las mujeres; y eran seguidos por muchas mujeres, cosa curiosa. Dice Josefo que ha-

cían su agosto entre las damas ricas, y eran reverenciados por el mujerío.

Hay una tendencia en la mujer a inclinarse al que la maltrata. Pero esa tendencia más bien morbosa no explica todo el caso. Lo más probable es que el mujerío vulgar respetase a los fariseos por simple *religiosidad.*

Dicen que la mujer es más religiosa que el varón. No es verdad, propiamente hablando. Pero la mujer necesita más de la religión exterior, segura, codificada, representada y socializada. Y eso eran los fariseos.

"Que lo siguen las mujeres" —fue una de las acusaciones de los fariseos contra Cristo; en ellos puros celos de clientela. "¡Lo siguen las mujeres!" "Trata con publicanos y prostitutas..."

Finalmente, para dar otro ejemplo, ¿es propio de un hombre religioso resistir a la "Autoridad"? No es propio resistir a ninguna autoridad.

"¡Trabajad para la Iglesia, trabajad para la Iglesia" decían los fariseos. ¿Qué cosa más santa? Pero no decían: "¡Trabajad para la Iglesia de Dios!" La Iglesia eran ellos.

Nos hemos confundido: no decían "para la Iglesia", sino: "para la Ley". Pero es lo mismo. No decían: "para la Ley de Dios". Ellos eran los representantes de Dios: con eso era bastante. Trabajad para nosotros.

La fórmula sana es: "Trabajad para la Ley de Dios, porque es de Dios, en cuanto es de Dios y hasta donde es de Dios; y nada más. No trabajéis para las excrecencias que el hombre introduce siempre en toda Ley."

Esas excrecencias habían crecido tanto en tiempo de Cristo que devoraban la Ley. Había pues que decir

simplemente, como dijo Cristo: "Trabajad para Dios. Basta."

En la mentalidad plebeya la ley tiende a cubrir y oscurecer continuamente la razón de la ley. "El sábado es para el Hombre y no el Hombre para el Sábado" —decía Cristo. Él escribía Hombre con mayúscula; los fariseos escribían Sábado: surge el Ídolo, contrario a la Vida.

¡Ay de los pueblos cuando la Autoridad comienza a escribirse con mayúscula! Entonces toma el lugar de la Verdad, que ésa sí lleva mayúscula, por ser Dios mismo.

El mundo sabe bien actualmente lo que es el Estado con mayúscula: el Estado con mayúscula es la inmoralidad organizada.

¿Quién dijo eso? San Agustín lo dijo y también Nietzsche; aunque con sentidos diferentes.

Los fariseos eran muy patriotas: la "patria" en tiempo de Cristo era una mafia de ladrones armados hasta los dientes; tanto la patria de los romanos como la de los judíos.

Por eso Cristo se negó a pronunciarse en esa discusión "nacionalista" que encandecía los ánimos en su tiempo y a la cual fue provocado. —Yo rehuso tomar partido en las contiendas de la iniquidad. No importa: lo acusaron ante Pilatos de "nacionalista", es decir, de "nazi".

"Dad al César lo que es del César". Las monedas tienen la marca del César. No empleéis la espada para retener ese oro: dejaos despojar de él por el César. ¡Quedaréis pobres! No importa demasiado. Lo otro es peor; lo otro es suicidio.

Pero decir eso resultó para él suicidio: decir la Verdad.

Cristo pagó su tributo al César, después de hacer constar que de suyo Él no estaba obligado. Hizo un milagro para pagarlo; un milagro de cuento de hadas: sacó un pescado del mar y del pescado sacó una moneda de oro. El pescado significaba él mismo; la moneda significaba su doctrina; el pez murió para darla.

El verdadero tributo que pagó Cristo al Imperio Romano fue su sangre; por eso no estaba obligado a pagar otro. Ese tributo se lo arrancaron por la fuerza, "a fin de dar testimonio de la Verdad".

Predicó hasta con su sangre el respeto a la autoridad con el super-respeto a Dios: "no tendrías autoridad sobre mí si no te viniera de arriba".

El respeto a la autoridad que predicó severamente San Pablo no le impidió al Apóstol predicar la verdad: la prueba es que estuvo preso muchísimo tiempo y acabó decapitado.

El respeto a la autoridad ha sido convertido hoy día para muchísimos fieles y clérigos (y en los fieles por causa de los clérigos) en "oportunismo político": hay que respetar a cualquiera que vence; hay que apoyar al partido que da dinero a la Iglesia —a veces el caso es todavía más grave, la autoridad convertida en ídolo, y justificada incluso cuando comete injusticias. "Decid a ese zorro que me venga a buscar" —dijo Cristo. Cristo no respetó los crímenes de Herodes.

La lucha contra esa terrible desviación de lo sacro es una empresa, una empresa de hombres. Esa fue la empresa de Cristo, lo que él hizo como hombre, lo que da unidad a toda su acción, lo que conecta su vida con su muerte, su "Misión": el nudo de su personalidad.

Esa lucha obligó a Cristo a desplegar toda las virtudes: las virtudes masculinas y las virtudes femeninas. El arma fue la palabra. El resultado fue la constitución de una nueva sociedad religiosa, contenedora de la Verdad. La Verdad... *¿Quid est Véritas? – Est vir qui adest* [1]. La Verdad era Él: la suma verdad en un cuerpo y en un alma.

Cristo fue todo un hombre con una sensibilidad de artista; y el artista tiene "algo o mucho de mujer" —dijo el poeta. Por eso... El ateo Nietzsche, con todo su tremendo prejuicio anticristiano, se detuvo ante la figura de Cristo. Presintió oscuramente su personalidad, y lo admiró sin saberlo. *"En realidad, del verdadero Jesús no sabemos nada"* —dijo, para sacudirse esa admiración. En realidad, *él* no sabía nada, confundido por la exégesis protestante, en la cual fue educado y de la cual con razón desconfiaba.

"¿No habrá sido Jesús en realidad un aristócrata místico?" —se preguntó Nietzsche. Eso fue: un aristócrata en el sentido nietzscheano, es decir, un alma de nobleza total, de integral personalidad, de soberana libertad. Y un místico, como lo fue él mismo, pese a sus tiradas contra el "misticismo" —la "misticidad", el falso misticismo.

"¿No se habrán equivocado los fariseos —continúa— *al creerlo un plebeyo, un demagogo, un continuador de los profetas?"*

---

[1] "¿Qué es la Verdad? Es el hombre que está presente." La respuesta a la pregunta de Pilatos está dada con las mismas letras de la pregunta: anagrama inventado por Boecio que encantó a la Edad Media. (L.C.)

No, no se equivocaron. Lo sintieron como fue, un rey, un rey destronado, y por tanto, noble y pueblo a la vez, y por eso lo odiaron. Ellos eran los usurpadores de la autoridad teocrática. El contrario del noble es el falso noble, no es el plebeyo. El noble y el plebeyo se llaman y se suponen: verdad que se le escapó a Nietzsche, lo cual constituye justamente el πρῶτον ψεῦδος[3] de su sistema moral notabilísimo.

Los fariseos eran falsos nobles, falsos aristócratas, falsa "élite". La cristalización de la moral en normas externas inflexibles es la característica del plebeyo; como es la característica del intelecto mediocre la confusión de fines y medios, maliciosa casi siempre.

El hombre noble, cuando no está en su lugar, se va al último lugar. Eso es lo que hizo Cristo ante la situación aberrante en que encontró a su pueblo. Realizó en sí perfectamente su Parábola de los Convidados: se puso en el último lugar hasta que lo invitaron a subir al primero, sabiendo que era suyo el primero. Se hundió en lo más bajo de la plebe, porque sabía que le correspondía el solio.

"El hombre noble se venga de las injusticias que sufre haciéndose daño a sí mismo. Resiste a la opresión oprimiéndose más."

Esta máxima de Chesterton parece disparate; no es sino la traducción al código caballeresco del consejo de *"poner la otra mejilla"*, y de *"dar la túnica al que nos roba el manto."* Eso hizo Cristo. No coincide con la ovejuna interpretación de Tolstoi de "no resistencia al mal". Es un gesto de león, no de oveja.

¿Por un año me destierras?

[3] Primera mentira

¡Yo me destierro por cuatro!

El León de Judá, el Hijo de David... El pueblo no se engañó acerca de la personalidad de Cristo. Vieron en Él al "Caudillo". Se engañaron acerca de la especie del caudillazgo. Quisieron hacerlo rey; rey temporal y revolucionario, como les habían enseñado los fariseos.

No vieron en Él al hombre "de las resignaciones infinitas"; que vio Tolstoi... y Almafuerte. Esos no sirven para caudillos.

"Seuls les coeurs de lion sont les vraies coeurs de père..."

Por eso, el fuego que ponen en el Corazón de Jesús, está bien; pero no era nada de los ambiguos fuegos modernos: del fuego de turba de la pasión romántica, del fuego de bengala de las dulzuras afeminadas.

Por eso también la religión católica no es ni demasiado masculina ni demasiado femenina. Hoy día es una religión desequilibrada, en que se han exagerado aspectos masculinos y aspectos femeninos, a gusto de un público chabacano y ayuno de teología: por ejemplo el aspecto masculino de lo legal, de lo jurídico, de lo disciplinar, conque los mandones eclesiásticos creen a veces que están gobernando al mundo —y están haciendo daño; o el aspecto femenino de lo tierno, de lo conciliador, de lo indiferentemente benévolo, conque otros truchimanos (o los mismos a veces) se conquistan auditorios o séquitos fáciles.

En suma, la religión de Cristo hoy día, tal como nos la sirven, es una religión poco humana, deshumanizada, desencarnada (y por tanto, ni hombre ni mujer) por lo menos en la boca de no pocos charlines y en la práctica de muchos santulones y fariseos.

Porque el supremo acabamiento del fermento fariseo es deshumanizar la religión y por tanto desdivinizarla; y eso —cosa curiosa— a fuerza de hacerla demasiado humana; quiero decir, demasiado igual a *Ellos*; con exclusión absoluta de todo otro "espíritu". "Tienes mal espíritu, tienes mal espíritu" —dijeron a Cristo.

"Todo el que no tiene espíritu como el mío, tiene mal espíritu", es el pensamiento recóndito del fariseo.

Y lo contrario justamente es lo verdadero.

- III -

Los Tres Atentados

Si me descuido, el maldito
Me levanta de un lanzazo.
(Martín Fierro)

Antes de ser muerto Jesucristo legalmente, con toda ignominia y con gran lujo de tormentos, fue objeto de varios atentados de asesinato abrupto. Tres recuerda el Evangelio.

En el tercer viaje a Jerusalén, para la fiesta de Skenopegia, y quizá ya desde mucho antes, Jesús interpela tranquilamente a sus adversarios diciéndoles:

—¿Por qué me queréis matar?

Estos atentados espontáneos de las turbas, que fracasan misteriosamente, traen su raíz de las calumnias que los fariseos propalaban acerca de Él.

—¿Quién te quiere matar? *¡Tienes demonio!*

Cada momento lo llaman endemoniado.

Evidentemente, nada hubiese servido mejor a los fariseos que un súbito atropello y homicidio del joven profeta en un tumulto del pueblo. Monsieur *On*[4] es irresponsable y sagrado. La Revolución Francesa, narrada por los historiógrafos a la Michelet, fue hecha por Monsieur *On*. Augustín Cochin la llama "La Epopeya de Monsieur *On*... *"On se facha, on courut aux Tuileries, on appela le Roi... on le tua"*.

---

[4] Pronombre indefinido: uno, se.

Augustin Cochin se dedicó a investigar quien era Monsieur *On*. Y encontró detrás de los movimientos informes y aparentemente espontáneos de las turbas grupos ocultos perfectamente organizados, planes precisos, agentes secretos y órdenes concretas. (*"Les Sociétés de Pensée et la Démocratie" – La Révolution et la Libre Pensée - Les Sociétés de Pensée et la Révolution en Bretagne"*, 2 vol.). Monsieur On no existe.

Lo mismo nos advierten los Evangelistas cuando la cuestión del plebiscito a favor de Barrabás. Eran los Príncipes de los Sacerdotes y los Sanhedritas quienes "persuadieron a la masa" —la "sacudieron", dice Marco— que votasen a favor de Barrabás y "perdiesen" a Jesús.

El primer atentado contra Jesucristo se llevó a cabo en su ciudad natal, o por lo menos por tal tenida, *"in patriâ suâ, ubi erat nutritus"*; no quizo hacer milagros en Nazareth (o mejor dicho "no pudo", como dice Marco) y se pusieron furiosos. No pudo hacer milagros "por su incredulidad"; y sin embargo parece que tenían credulidad hasta de sobra, pues esperaban que hiciese allí más milagros que en parte alguna por ser "la patria suya, donde se había criado". Y Él leyó en la Sinagoga la profecía de Isaías sobre los milagros del Futuro Ungido, plegó el papiro, lo entregó al sacristán (y todos los ojos estaban puestos en él) y empezó su explicación diciendo: "Esta escritura se ha cumplido hoy en vuestros ojos".

Pero después, cuando vieron que no hacía más milagros que en Cafarnaúm (pues sólo sanó unos pocos enfermos) y cuando Él les explicó la paradójica razón: "justamente por ser mi ciudad", se llenaron de ira, se levantaron y lo echaron de la ciudad. Y siguiéndolo

hasta el barranco donde el poblado moría querían, desbarrancarlo. Por qué no lo hicieron, no se sabe. "Él se fue, pasando tranquilo en medio de ellos." Quizá esa misma tranquilidad se les impuso.

Esta ira pueblerina, este tumulto de zotes, este homicidio frustrado e inmotivado son cosa bien rara. Pero no nos asombremos: detrás está "el fermento farisaico", como le llamó Él mismo, la mano negra del hipócrita.

El farisaico fermento aparece en primer lugar en la esperanza de un Mesías bizarro, arrogante, jayán, dominador y belicoso. ¡Y este hombre tranquilo, sedado y levemente melancólico...! Allí conocían a su padre, a su madre y a sus hermanos Jaime, José, Juda y Simón y a sus hermanas, la parentela entera; y le habían visto manejando el cepillo y la azuela... ¡Qué Cafarnaum ni qué ocho cuartos!

Ocho cuartos son dos enteros. Dos enteros son dos reales. ¿Por qué decir ocho cuartos pudiendo decir dos reales? Aquí no hemos estado en Jerusalén, pero sabemos, me parece, lo que son dos reales... En Cafarnaum dicho ocho cuartos, son idiotas...

El otro fermento más farisaico todavía es reconocerlo como Mesías, pero adjudicarlo a la ciudad de Nazareth, "que casi lo vio nacer." Esas adjudicaciones nacionales son muy comunes y naturales y parecería que Cristo no debería echarlas tan a mal. ¡Si las habré oído yo hacer en Italia y en España, países de arraigada fe! Y en la Argentina, país de fe dormilona.

"Dios es criollo", "Dios es francés", "Dios es alemán", "Dios es español"... Parece que le basta a Dios a oír eso para marcharse sin hacer milagros. ¿Qué malicia tan grande habrá en esa cariñosa apropiación de

paisanos? Vea ¿no? —como dicen los gauchos. Cristo no dio otra razón más que esa: "No hago milagros aquí porque soy de aquí; hago milagros en el extranjero."

Dios es extranjero.

Mas yo oigo sin cesar sermones en que se promete la ayuda de Dios, incluso milagrosa, a los naturales de una región por el solo hecho de ser de ella, por la profunda y arraigada fe que siempre ha distinguido a este pueblo, por la santidad de nuestros padres y nuestras gloriosas tradiciones. Éste es inocente fariseísmo.

Y este inocente fariseísmo puede terminar por un atentado contra Cristo. Ya es un atentado hacerlo servir al pobre para sermones vanos, presuntuosos, adulones y vacíos.

Los otros dos atentados tuvieron lugar en Jerusalén, en el Templo o cerca de él, en su tercera subida. Son dos y no uno contado dos veces. Los cuenta el mismo Juan y las narraciones son del todo diversas. Uno fue en el Gazofilacio, otro en el Pórtico de Salomón, uno en la Skenopegia, otro en la fiesta de los Encenios. Las dos veces levantaron piedras para lapidarlo y también quisieron echarle mano con violencia. La primera vez, dice Juan, se escondió. La segunda se arrancó de sus manos.

Las dos veces la tentativa de asesinato se produjo a causa de la afirmación de que Él era Dios. Cristo no recataba ya la afirmación de su divinidad. Estaba en su tercer año, había sembrado de estruendosos milagros sus caminos.

—¿No tienes cincuenta años y has visto a Abraham?

—De verdad os digo que antes que Abraham naciera, Yo Soy.

Y la otra vez, más explícitamente:

—*Yo y el Padre somos uno mismo.*

Esta afirmación es única en el mundo, es enorme. Había que haberlo ejecutado o puéstose de hinojos ante Él. Los grandes místicos dijeron que eran o se hacían una cosa con Dios por amor. El místico Al-Hallaj dice en un poema:

Antes yo estaba cerca de Ti,
Tú estabas cerca de mí,
Oh Escogido,
Ahora cerca y lejos
Han desaparecido.

Pero Cristo dice más: no sólo que se hace una cosa con Dios por amor, sino que lo que Él hace, el Padre lo hace; lo que Él dice, el Padre lo dice; el Padre vive y crea contínuamente y Él crea juntamente. Y quien ve a Él, ve también al Padre.

Era la ocasión para un gran proceso para estos fariseos tan jurídicos. Había sido puesta una afirmación netamente enorme. Era el momento de un gran proceso, pedir razón, justificación y pruebas; condenar al hombre como el mayor blasfemo que ha existido o ponerse de rodillas ante el "Principio que habla con vosotros", el Principio de todas las cosas misteriosamente vuelto natura humana, carne y alma de hombre.

Pero todo se resolvió en dos o tres gestos de cobardes, en ademanes de bellacos e insultos de fanáticos, en gruñidos y murmuraciones y conversaciones inútiles, en imprecaciones vanas e impertinentes. ¡Qué fastidio y cansancio debió sentir el corazón de Cristo sobre la lodosa, opaca y vil humanidad!

Pero entretanto el gran asesinato legal se iba gestando, las líneas se iban tendiendo, la ocasión propicia era espiada, los ánimos oscuros iban perdiendo con la creciente ira el miedo de meter la pata, y aun el miedo del pueblo y de la propia responsabilidad hecha patente, el temor de aparecer manos manchadas de sangre los "*sapientismos y santismos*". Cristo había profetizado ya una y dos veces y tres también la propia muerte con todas sus características y circunstancias.

Sabía mejor que sus enemigos adonde iba. Si se esquivó tres veces al asesinato "impromptu" era porque, dice misterioso el Evangelista, "no había llegado su tiempo." Era menester que el fariseísmo apareciese tal cual es.

El orgullo religioso es homicida y deicida. Es hijo del diablo, que es el "homicida principal", la raíz de la muerte y el contrario de la vida. El fariseísmo mata aun sin querer, y no por lo que su víctima tiene de malo, sino precisamente por lo que tiene de divino. Claro que él no quiere la muerte, sino proveer al bien común, los intereses de la religión que le han sido confiados por Dios y "la salvación de todo el pueblo".

Habría que haber visto a los santones del Templo atajando a la gente del pueblo que levantaba piedras con gran barullo y voces: "¡Dejen, dejen! ¡Calma, calma! ¡Hay que ver todavía! ¡Conviene dejarlo hablar! ¡Que se explique, que se explique! ¡Todo a su tiempo! ¿Por ventura no hay autoridades? ¡Estamos en el Atrio del Templo! ¡Manchar con sangre el gazofilacio! ¡Hay aquí demasiada gente, pueden herir a alguna pobre mujer o niño! ¡Está en medio de sus discípulos! ¡Es el día de la fiesta del Señor! ..."

"¡Ya habrá tiempo para todo...!"

Y después en el recinto: "Esta tarde en el Templo, anoser por nosotros, había una zipirindanga. Pero la hemos impedido. También ese hombre ha pasado ya todo límite. Es evidente que esto tiene que acabar. Pero hay que ver el 'modo', eso es, el 'modo'..."

Y cuando llegó el "tiempo", lo mataron del modo más torpe, bullanguero, escandaloso, desbaratado y disparatado que puede imaginarse; aunque también (y en eso sí no les falló el instinto) del modo más horriblemente cruel.

Dios mío, dame fuerzas para poder mirar el fariseísmo sin demasiado miedo y sin demasiado asco. Pero dame también gracia como Tú para mirarlo de frente.

- IV -

La Provocación

Pasatiempo singular
Aunque en el fondo inocente
Como escupir desde un puente
O hacerse crucificar.
(Lugones)

Jesucristo se hizo matar.

La crítica alemana racionalista ha arbolado esta posición, que fue la de la tradición judaica-talmúdica. ¿Qué hace Ud. con un hombre que provoca de continuo a las autoridades legalmente constituidas? ¿Que tiene una actividad "disolvente"? ¿Que aunque sea inocentemente de su parte se vuelve un peligro para la religión establecida y los miles de fieles que en ella hallan su salvación eterna? "*Subjetivamente* Ud. habrá creído obrar bien; pero *objetivamente* ha hecho la mar de disparates..." —dijo con toda precisión técnica Caifás a Cristo.

Por qué se hizo matar, lo explican diversamente: o a plena conciencia o inconscientemente; y en este caso, o por fanatismo religioso o por ingenuidad pastoril, como lo pinta el fantasioso Renan. Esta última hipótesis es la más absurda. Que "el dulce Nazareno" sencillo y cándido se haya dejado llevar suavemente cuesta abajo por la cadena de sus embriagantes triunfos populares sin ver a lo que se exponía hasta que fue demasiado tarde, eso se da de puñadas con todos los textos del Evangelio. Habría que escribir cuatro Evangelios diferentes y

contrarios a los que tenemos para poder fundar la mera *posibilidad* de ese caso, humanamente inconcebible.

Que la pasión religiosa lo cegó acerca de sus fuerzas, como explica Strauss; que creyó triunfar de sus enemigos o al menos librarse de ellos milagrosamente "por medio de doce legiones de ángeles" a última hora, es el mismo inverosímil. Es categóricamente contra los textos. Cristo preanunció su martirio, reprochó el asesinato de antemano a sus enemigos (que negaron el propósito), se escondió, se escapó, se zafó de sus manos varias veces, como hemos visto. Son hipótesis que no hay que discutir, puramente ficticias y del todo imaginarias. ¿De dónde sacan eso? Si los textos evangélicos son tan engañosos que se los puede interpretar al revés, con el solo título de "profesor alemán", entonces NO SABEMOS NADA EN ABSOLUTO acerca de Cristo. *Callensén.*

Pero ¿no habrá buscado la muerte adrede convencido de que era la salvación del mundo?

Esta pregunta plantea la cuestión del "derecho a morir por la Verdad", o sea de la sutil "tentación del martirio" que el poeta T. S. Eliot introduce como la cuarta y más peligrosa, en su tragedia *"Murder in the Cathedral"*, al santo arzobispo Tomás de Cantorbery, que la rechaza.

¿Tiene derecho un hombre a hacer que otros hombres cometan en él un homicidio para hacer triunfar la verdad? ¡Qué hombre tendría que ser ése! Pero en fin, suponiendo que exista, ¿tiene derecho?

En tiempo de San Cipriano hubo cristianos que precipitaban sobre sí mismos la persecución volteando ídolos o haciendo extemporáneas manifestaciones de fe. La Iglesia los condenó; y formaron un grupo herético llamado los "provocadores". Esa tentación se verificó

en las persecuciones inglesas, sobre todo en el *"Powder-Plot"* o Complote de la Pólvora; hecho histórico en el que inspiró R. H. Benson uno de los notables incidentes de su novela apocalíptica *El amo del mundo*: el cristiano que dispara su pistola sobre Oliver Brand cuando éste blasfema de Cristo, y es linchado por la muchedumbre; la conjura para hacer volar la Catedral en la sacrílega ceremonia de la Adoración del Hombre que provoca el arrebatado e inútil retorno del Cardenal Percy Franklin... y la voladura de Roma.

Verdad que estos eran "crímenes" para vengar otros crímenes, enormes éstos cuanto se quiera. Pero ¿sacrificarse a sí mismo sin daño de nadie? ¿No es esto lo que hizo Cristo?

Este problema lo vivió en carne propia y lo ilustró con su vida, después de haberlo resuelto trabajosamente el pastor danés Soeren Kierkegaard, poeta y místico, después de haberse equivocado una vez acerca de él. Fue el problema de Savonarola; y quizá el de Bartolomé Carranza.

¿Qué ha de hacer un cristiano en un Iglesia decaída, digamos, corrompida; un hombre de verdad a quien le toca el sino de vivir en mala época? ¿Qué es lo que le exige y le permite la fe? ¿Puede callar? ¿Está obligado a hablar? El problema se complica terriblemente con otras preguntas. ¿Qué misión pública tiene? ¿Hasta dónde está corrompida la Iglesia? ¿Qué efecto positivo se puede esperar si chilla? ¿Cómo ha de chillar? La obligación expresa de "dar testimonio de la Verdad", que fue la misión específica de Cristo, se vuelve espinosa en Sócrates, angustiosa en un pastor como Kierkegaard, perpleja hasta lo indecible en un simple fiel.

Hay dos actitudes extremas que son ilícitas: la de atemperarse al error (que es la más fácil) y la de provocar el martirio.

No puedo atemperarme al desorden eclesiástico que prácticamente induce a los fieles en errores y devasta la fe, decía Kierkegaard. No lo puedo moralmente y no lo puedo ni siquiera físicamente. La misión de la palabra que se me ha dado en la ordenación, está doblada en mí de una nativa vocación de poeta y maestro, la cual no puedo declinar sin condenar al ocio a mis facultades y prácticamente a la ruina en toda mi vida interna. El que sea escritor sabrá perfectamente que no se puede ni siquiera resistir físicamente a la palabra que se forma dentro, sin entregarse a una torturante y peligrosa operación contra-cepcional, como la de sofocar o atajar fetos, tan conocida hoy día por desgracia. No sirve absolutamente para ningún otra labor útil que esa; y por consiguiente ¿cómo salvo mi alma si la abandono o impido?

Hay algo de exageración en esto, *habría* exageración en mí y en Barrantes Molina, por ejemplo; no la había en Kierkegaard, absolutamente. Literalmente, no podía callar. Incluso su equilibrio mental dependía de su trabajo intelectual. Callarse era literalmente suicidio; y el peor de todos. *"¿Hay que decirlo? Pues se dice":* fue el título de su último panfleto consistente en 10 artículos acerca de la religión y la iglesia luterana, que a lo que se puede saber le costaron la vida. Cayó redondo en una calle de Copenhague y murió de agotamiento en el hospital en mitad de esa polémica; pero un sereno gozo y una decisión extraña y lúcida que nunca tuviera en su vida, le acompañaron desde esa decisión, *"Pues se dice"*, hasta el último instante, señal probable en lo que colegir podemos de la aprobación divina.

Porque él había visto antes que "no hay derecho a morir por la verdad", es decir, a hacer cargar al prójimo, aunque esté perversamente engañado, con un asesinato. La humildad impone que se rehuya el martirio —o la caridad, o la simple modestia: no estoy seguro de si podré sobrellevarlo, no estoy seguro de poseer yo la plena verdad, antes estoy casi seguro de lo contrario. Esto último, que no podía decir Cristo, debe decirlo todo cristiano. Hay mezcla de pasión y de limitación en mi visual, aunque yo esté seguro de que es fundamentalmente recta, de lo cual tampoco puedo estar nunca *del todo* seguro. Claro que debo guiarme por ella, no tengo otra y debo vivir; pero para mí solamente, no para imponerla a los demás.

¿Cómo se concilia esto con el deber, o con la imposibilidad física, de no callar? Kierkegaard llegó a una conclusión prodigiosa: hay que humillarse hasta por debajo del que está engañado, colmarlo de atenciones y "prévenances", obtener el perdón de la verdad que está en mí. ¿Qué hace el enfermero, no se hace un esclavo del enfermo a fin de sacarlo de su enfermedad, pagando así debido tributo de gratitud a Dios por su propia salud?

Para cumplir este designio empinado, Kierkegaard tomó la conducta extraña de infamarse y desacreditarse. Tenía que decir a sus cofrades y cohermanos que eran malos cristianos, y de qué manera: "no existe en el mundo cosa más corrompida que los sacerdotes" *(El Momento, IX, 6)*, y empezó por negar que él fuera ni siquiera cristiano; y llamarse pecado y corrupción ambulante: era sacerdote.

No era esto posible en Cristo. Pero Cristo se anonadó delante de los fariseos acatando todos sus preceptos

y leyes hasta lo imposible, contestando a todas sus interpelaciones y objeciones, haciendo innumerables parábolas, argumentos y explicaciones a gente que interrogaba de mala fe y no tenía derecho a interrogar, quizá, a veces; y cuando lo tenía en derecho sólo legal o meramente apariencial. Y en apariencia se hizo pecador. Sí. Andaba con publicanos y pecadores ("dime con quién andas...") y no fulminaba con indignación a *las pecadoras*. ¡Hubiese sido tan fácil y era de tan buen tono! ¿Y por ventura era mentira? ¿No podía tronar una vez al menos, como todos los predicadores, contra la disolución de las costumbres, la corrupción que lo invade todo, las porquerías de la carne, y esas mallas de baño venidas de Grecia y cada vez más cortas? Pero ¡ni una sola palabra acerca de "las playas"! ¡Puras parábolas luminosas, comparaciones poéticas y preceptos generales, es decir, poesía, poesía y poesía! ¿Adónde vamos?

Cristo parecía no ver la impureza; quizá de puro puro. No se dio el gusto de llamar una sola vez "chancho" a un pecador carnal. Cuando tuvo que hablar con uno, bajó la cabeza y guardó silencio.

La solución es pues que hay que buscar el martirio haciendo su oficio, y siendo lo que uno es *en la eternidad*. Es decir: "No digas ninguna mentira; no digas ninguna verdad que no sea necesaria." La dificultad está en saber cuándo una verdad es necesaria. *"Non tacebo"*[5], escribió en un calabozo el loco de Campanella; y en efecto le tocó habitarlo la enormidad de 26 años, una vida de hombre; y lo curioso es que lo castigaron por complotar contra el gobierno español, y el domini-

[5] No me callaré.

co napolitano era furiosamente hispanófilo y del partido imperial; *Non tacebo*. Una verdad es necesaria cuando ha de salvar un alma, o para ganarme el pan; mucho más si se conjugan las dos cosas. Si he de ganarme el pan haciendo poesías por ejemplo (que Dios me libre y guarde, eso ni en broma) entonces debo hacer las poesías lo más artísticas que pueda, aspirar a la máxima belleza poética, que no consiste en otro que en la verdad; pues me contó un poeta muy ducho en su arte que cada vez que hay un verso que no llena o una estrofa que cambiar, después de cambiada uno ve que no tenía *verdad*; o como dijo él, *"suficiente verdad"*.

No hay peligro que yo ponga *exceso* de poesía, como Shakespeare, que cuando se le va la mano aturde y llega a ofuscar; pero si por poner *"suficiente verdad"* en un poema, me apresan los peronistas por comunista o me pone una multa el Cardenal Primado, cargo en mi ley, porque no hice más que cumplir mi oficio.

Pero al otro día cambio de oficio, anoser el diablo que sea de los que no se pueden cambiar, como el de masón, marido, sacerdote o periodista.

Y así le pasaba a Kierkegaard; y por él podemos colegir que también a Jesucristo. Eran *atrozmente sinceros.* Si tenían lengua tenían que hablar *("crédidi, propter quod loquutus sum")* y si hablaban tenían que decir, no ya *una* verdad, sino *la* verdad; es decir, lo que en este caso concreto y particular desde el fondo de mi corazón viene a pelo y yo actualmente con todos mis sentidos (como diría Ivanissevich) veo, vivo y bebo.

- V -

La Sociología de los Fariseos

Dejémonos de teologías y vamos a ver un momento de cerca, a lo Augusto Comte, qué demonios pasó en puridad con esta sociedad de los "separados" *(Phêrushim o phêrishajja,* de donde *fariseos).*

Ya hemos dicho lo que pasó; pero la casuística, el ritualismo fanático, el mesianismo político y la política son los síntomas o si se quiere los morbos. ¿Qué es lo que hizo posibles esos morbos?

Fue una sociedad que se socializó: es decir, se cerró sobre sí misma.

En lo religioso, cuando una asociación se cierra sobre sí misma se vuelve una secta: puede mantenerse enteramente ortodoxa y protestar de una perfecta fidelidad a la cabeza de la Iglesia; pero ha dejado de ser "católica". Sus lazos con la cabeza se vuelven puramente externos.

Cuando un organismo empieza a crecer "para adentro", eso se llama cáncer...

Es mala seña para un cuerpo social que la preocupación por la "unión" se sobreponga a la preocupación por la "finalidad". (¡Dios! Acabo de oír un discurso interminable en pro de la "unión de los españoles", ¡qué bodrio! Unirse, unirse... ¿para qué? Digan primero para qué...

Es pésimo síntoma que el cuerpo piense demasiado en sí mismo, antes y más que en el objeto real que constituye su razón de ser: es exactamente lo que le pasa a los enfermos, como nota Santo Tomás. "El fin de una cosa cualquiera no puede ser su propia conservación." [6]

---

[6] «La involución significa que una sociedad se cierra sobre sí y empieza a crecer para adentro, es decir, para sí misma, proceso que Bergson describió a fondo y A. Cochin denominó 'socialización': es la hipertrofia de lo colectivo hasta oprimir lo individual, en este caso, la personalidad de sus miembros. 'Sociedades cerradas', las denominó Bergson. Podrían llamarse sociedades 'corchificadas'.» (Castellani, *Diario,* enero de 1948).

«Las sociedades cuando se vuelven muy grandes se hacen una cosa peligrosa; y los hombres que deben encarnar una cosa peligrosa se llaman 'esclavos de la máquina'. Tienen que despojarse de la humanidad y renunciar al conocimiento; empaparse de la regla y aborrecer las excepciones; especializarse en el cálculo llamado 'reducir a común denominador'. Si son bajos de entendimiento o chicos de corazón, se vuelven feos y feroces, verdaderas bielas, varas o ruedas de la máquina infrahumana o infrapersonal. (Castellani, *Diario,* enero de 1948).

- VI -

La Defensa

"Y después dicen que es malo
El gaucho si los pelea"
(Martín Fierro)

Si bien se mira, la acción antifarisaica de Cristo aunque parece agresiva, fue una defensa. El alboroto en el Templo con que la inicia es una afirmación de hecho de su misión mesiánica, ya combatida; y el terrible discurso *"elenco contra los fariseos"* con que la termina es una tentativa suprema de salvar su vida, ya condenada, usando de las más fuertes armas: la imprecación y la amenaza profética.

La expulsión de los tratantes del Templo es un acto sorprendente; tan incomprensible como el haberse quedado antaño en él sin avisar a sus padres, si se prescinde de lo que Cristo era.

Son dos afirmaciones mesiánicas tan netas que destruyen de raíz la conocida teoría de Renan, a saber, que Cristo habría sido un paisano galileo y excelso moralista que empezó a predicar la religión interior y universal de Moisés contra la deformación localista y exterior de los fariseos; se fue entusiasmando al compás de sus triunfos; concibió la idea de que el mundo se acababa pronto; se identificó con el Rey Mesías y finalmente después del triunfo del Domingo de Ramos pronunció palabras exaltadas en que se asimilaba a Dios mismo; palabras que siendo expresiones místicas hicieron mal

los Hierarchas en tomar tan en serio; pero que tomadas en serio realmente según las leyes judías merecían la pena capital.

Esto es pura fantasía. La verdad es que los actos de Cristo, desde el primero, llevan impresa la afirmación mesiánica. El ayuno total de 40 días, lo hacían los Hebreos al prepararse para una gran misión, y existía el precedente de Moisés y Elías.

A propósito del cual ayuno, se equivoca grandemente Ricciotti cuando lo da como milagroso, inexplicable y sobrenatural y dice que *"evidentemente el hecho es presentado por los evangelistas como sobrenatural en absoluto"*; y también al dar como "extraordinario" el que al final de los 40 días tuviese hambre[7]. Ese ayuno está al alcance del organismo humano; y el hecho de desaparecer el hambre a los 3 ó 4 días de dieta total y reaparecer con gran fuerza alrededor de los 40 días (que es el tiempo de vida del glóbulo rojo) es la ley general.

Hablamos del ayuno total en el cual se bebe agua: los evangelistas no dicen que Jesús no bebiera. Este ayuno es conocidísimo en Oriente, aun como medio terapéutico[8]; y conocemos varias personas que lo han practicado sin inconvenientes y con ventajas. En tiempo de Cristo tenía un sentido religioso, que era el de prepararse a una gran misión. No es una cosa de juego ciertamente, pero no es ningún milagro anoser que constara que *no bebió agua tampoco.* Eso sí creemos es

---

[7] Ricciotti – Vida de Jesucristo – Traducción española 1944 – Miracle, Barcelona - § 271. (L.C.)

[8] Véase el libro del curandero ruso Suvorine *El ayuno terapéutico.* (L.C.)

biológicamente imposible por el lapso de 40 días sin milagro.

Así pues el ayuno y las tentaciones subsiguientes ya son mesiánicos. El milagro de Caná, que parece una amable deferencia hacia sus amigos, ostenta la conclusión de que *"creyeron en Él sus discípulos"*, es decir, los discípulos que el Bautista le envió, Pedro y Andrés, Juan y su hermano. El bautismo y el testimonio del Bautista son una solemne consagración de mesianismo. Y el primer acto público del nuevo profeta es un acto de autoridad que tiene el fragor indisimulable de una bomba.

La recusación del Mesías, humilde y nacido en Galilea se había iniciado ya en la persona de su Precursor y primer discípulo el Bautista. Los fariseos no lo habían reconocido y le eran adversos, como se deduce de la violenta imprecación y amenazas con que éste los obsequia, evidentemente después del "examen" que trae San Juan Evangelista en el cual el Bautista les responde en cambio con toda modestia y deferencia. De aquel examen los fariseos sacaron que el Bautista, por propia confesión, no era el Mesías, no era Elías, no era profeta y que su autoridad derivaba de otro mucho mayor que él, que había de aparecer, que estaba ya entre ellos y ellos no conocían. "No creyeron en él", consta por los tres Sinópticos[9].

Es muy probable y parece traslucirse del Evangelio que con esta "confesión" los fariseos comenzaron a combatir a Juan, desautorizándolo; y también por ende al otro "mayor" en el cual se apoyaba. No hay que

---

9 Mt. 21, 23-27; Mc. 11, 27-33; Lc. 20, 1-8.

olvidar que la información religiosa estaba en manos de la logia: de la red de la predicación organizada y eficaz que cubría Judea, comparable a nuestras parroquias modernas, la clave la tenían los Doctores de la Ley. Con el resultado del "examen" de la comisión oficial, que no procedió adelante cuando se llegó al punto vital, táctica farisea que se repetirá muchas veces, se podía presentar a Juan como un cismático y un semiloco; y es prácticamente cierto que lo hicieron, visto que inmediatamente lo hacen con Cristo, como consta explícitamente en el Evangelio. "Estás loco. Tienes demonio. Contradices la Ley de Moisés." Los fariseos disponían de la llave de la información religiosa, de todos los "boletines eclesiásticos" como dijéramos.

Asombra la mansedumbre de la *defensa* de Cristo, que a primera vista parece violenta; pero naturalmente es la defensa de un rey ante un usurpador por manso que sea; no es la defensa de un inferior.

Podían haberlo arrollado en el Atrio del Templo, a un solo hombre armado de un cinto, contra una multitud; el que no lo hayan hecho demuestra la mala conciencia (y la debilidad que ella naturalmente causa) no sólo de los tratantes sino de los sacerdotes custodios y sacristas. Se limitan a interrogarlo.

A la pregunta, contesta Jesús atribuyéndose una relación especial con Dios y con esa casa ("la casa de mi padre") y al requerimiento de un milagro, no niega que pueda él hacerlos, antes se afirma capaz de un portento enorme, mayor de lo que ellos podían imaginar: chocante.

Este acto de indignación y autoridad, especie de parábola en acción no se repite sino al fin de la campaña de Cristo, si es que la demostración que narran los

Sinópticos al final[10] no es la misma que Juan, más cuidadoso de la cronología, narra al principio[11], como algunos opinan. Es igual para el caso. Su sentido era claro para los judíos. Y la reacción de los fariseos es de perfecto cerrojazo a la afirmación mesiánica y *"buscan cómo eliminarlo; pues le tenían miedo; y no sabían qué hacerle; porque la turba lo admiraba."*

El resto de la defensa de Cristo es verbal y se confunde con su misión de Maestro, Reformador y profeta. Es una discusión continua con los vacuos doctores.

Consiste en denunciar la casuística farisaica como vana, vacía y perversa; en establecer que la salvación del hombre no está en pertenecer a una nación, raza, secta, congregación o grupo, ni en tener la doctrina verdadera ni siquiera en hacer milagros, sino en el amor a Dios y al prójimo cuya base es la justicia y cuya flor es la misericordia; en completar los preceptos meramente exteriores con la introducción de la pureza y santidad interior; en prevenir a sus discípulos contra el pervadente espíritu farisaico, que él llama "fermento"; en deshacer sus estratagemas y afrontar victoriosamente sus interpelaciones; en definir el fariseísmo con rasgos cada vez más terribles; y por último en recurrir a la imprecación y la amenaza divina, al modo de los antiguos profetas. Hemos de creer que existió esta gradación en la lucha, como es natural, a medida que crecía la persecución y la inminencia del asesinato; y que las tremendas maldiciones de Mateo XXIII representan el último estadio del largo forcejeo, cuando ya el propósito homicida

---

10 Mt. 21, 12-17; Mc. 11, 15-19; Lc. 19, 45-48.

11 Jn. 2, 12-22

era patente y público. *"¿No es éste el que quieren matar? ¿Y cómo anda aquí tan tranquilo predicando en el templo?"*

La discusión con los fariseos penetra y enmarca toda la predicación de Cristo, de modo que era de la más dramática "actualidad". Los hebreos según nos cuentan amaban las "payadas en contrapunto", como nuestros paisanos, y en general todos los pueblos primitivos: el pueblo gusta de instruirse y aprender oyendo el pro y el contra de una tesis en boca de dos peritos. En realidad es la manera más natural y eficaz de convencer, mezcla de instrucción, lucha y juego. Es tan interesante como el fútbol.

La discusión con los doctores da pie a Cristo para exponer genialmente su doctrina: hasta las parábolas con que describe, define y funda su reino tienen en vista la idea farisaica del falso Reino mesiánico. Sus respuestas a preguntas sutiles, embrolladas o arteras que ahora nos parecen sencillas y a fuerza de oírlas, obvias, son geniales. Recuerdan el peligroso interrogatorio de Juana de Arco.

A veces esquiva la pregunta contestándola con otra pregunta, como hacen los campesinos gallegos; otras veces responde con una parábola o una antítesis, metáfora o sentencia inesperada; cuando hay buena fe responde directamente; como al Escriba que le pregunta cuál era el mayor de los mandatos, y que habiendo testificado: "Maestro, has respondido bien, realmente el amor a Dios y al prójimo abarca toda la Ley" es premiado con esta invitación: "No estás lejos del Reino de Dios".

El ejemplo típico de la pregunta esquivada es el que narran los tres sinópticos de los últimos días de la

predicación, en el Templo, y no ante un doctor solo sino ante muchos reunidos y todo el pueblo. Le preguntan ya casi oficialmente —"príncipes de los Sacerdotes, o prelados como si dijéramos, escribas o sea teólogos, Ancianos del Pueblo o magistrados reunidos en uno:

—Dinos con qué autoridad haces esto y quién te dio esta potestad."

Lo había dicho ya cien veces. La pregunta tendía a hacerle confesar públicamente que no tenía permiso de ellos para predicar, o bien desmentirlo en su cara.

Respondió diciéndoles:

—Os preguntaré yo también una cosa, que si me la dijereis, también os diré yo la potestad que tengo. ¿El bautismo de Juan de dónde era? ¿Era cosa de Dios o cosa de hombres? Respondedme.

Bien mirado, esta pregunta envuelve la respuesta a la otra: hago esto con autoridad de Dios como lo testificó fehacientemente Juan el Bautista. La pregunta llevaba la cuestión a sus fuentes, no era un subterfugio solamente.

Ellos así lo vieron.

"Si dijéramos: 'era de Dios', nos dirá: '¿Por qué pues no lo creísteis?' Si decimos: 'era cosa de hombres', el pueblo entero es capaz de apedrearnos; porque están ciertos de que Juan era verdadero profeta..."

Tocaron a retirada:

—No lo sabemos.

Tenían obligación de saberlo. No querían decirlo. Por eso Jesús no contesta, como pedía la rima, "Yo tampoco sé lo que me preguntáis", sino que les responde:

—Yo tampoco os digo con qué autoridad hago lo que hago —aunque en realidad se los había dicho en la forma sutil de los "contrapuntos" semíticos. El pueblo espectador sentenció sin duda con un murmullo de aprobación.

Ejemplo de las dos otras dos maneras de responder, directa y parabólica, es la bellísima parábola del Buen Samaritano.

La predicación ya está muy adentrada, han vuelto los 72 discípulos, Cristo recorre sistemáticamente la Judea, se habla de Él por todo. Un Doctor de la Ley se aproxima y lo interroga con sencillez: "Maestro, ¿haciendo qué cosa entraré en la vida eterna?" Éste debía ser uno de la séptima clase de fariseos que enumera el Talmud, "fariseo-de-temor", es decir, con verdadera religiosidad, "temor de Dios" para los hebreos. Las otras seis clases eran desastrosas: "fariseo por el precio", "fariseo santulón", "fariseo palitroque", "fariseo con mataduras", "fariseo rengo" y "fariseo de Liquem", o sea; aprovechador. Así los clasifica el Talmud.

Cristo le contesta pues con la misma sencillez: "Eres doctor, ¿qué dice la Ley?"

Responde con las palabras del Deuteronomio y el Levítico combinadas, como quizá sabía que Cristo había ya respondido alguna vez:

—"Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, tu alma, tus fuerzas y tu pensamiento; y al prójimo tuyo como a ti mismo."

Aprobó Jesús y citó a su vez el Levítico:

—Bien respondiste: Haz eso y vivirás.

Mas el otro quiso hacer ver que preguntaba una verdadera dificultad y no una sabida referencia; que se

refería a una cuestión debatida por la casuística del tiempo y embrollada por el orgullo nacional: quién es exactamente "el prójimo" para un israelita. ¿Por ventura los idólatras, los samaritanos, los prepotentes y opresivos romanos entraban también en cuenta?

—¿Y quién es exactamente mi prójimo?

"Agarró Jesús", dice el Evangelio; es decir, recogió la oportunidad, tomó la actitud de los *nabi-him* y empezó a improvisar para todos en estilo oral, uno de sus "recitados rítmicos", una cosa como un "romance" de los tiempos del Cid o una "payada" nuestra.

"Un hombre bajaba de Salem a Jericó
Y tropezó con ladrones,
Los cuales, habiéndolo despojado
Y héchole heridas,
Se retiraron
Dejándolo medio muerto.

Casualmente bajando un Sacerdote
Por aquel camino
Y viéndolo de aquella manera,
Lo dejó de lado.

Del mismo modo —yendo un Levita
Por aquel lugar
Y viéndolo,
Lo dejó de lado.

Más viniendo un Samaritano
Por el mismo camino
Y viéndolo se apiadó,
Y arrimándose vendó sus heridas
Echándoles aceite y vino,

Y levantándolo sobre su caballería
Lo llevó al parador
Y lo cuidó.
Y a la madrugada sacando dos dineros
Diolos al paradero
Y le dijo:
Ten cura de él
Y si expendes algo más,
Yo en mi retorno
Te lo abonaré...

La historia está netamente narrada; y es posible sea un hecho real. El trecho de 37 kilómetros de Jerusalén a Jericó siendo por una parte muy transitado, era por otra una sierramorena en cierto lugar que los judíos llamaban La Vueltita de la Sangre. Cristo pudo haber oído el hecho al pasar por Jericó esos mismos días. Es sabido que los grandes poetas inventan poco; aunque todo lo que saben lo reinventan. Es seguro que la gente empezó a decir: "Es verídico. Ha pasao tal cual." Después se volvió el narrador de nuevo hacia el teólogo y preguntó.

—¿Cuál de los tres te parece fue el prójimo del que tropezó con ladrones?

Dijo él:

—El que usó misericordia con él.

Y díjole Jesús:

—Ve, y hazlo tú igual: —réplica del epílogo anterior "Haz eso y vivirás", dicho esta vez con autoridad propia. La parábola era llamativa (¡Un Sacerdote! ¡Un levita! ¡Un samaritano! ¡Un asaltado y apuñalado!) y altamente antifarisaica, no sólo por la osada denuncia del mal corazón de las castas litúrgicas sino sobre todo por la proclamación del principio de la "proximidad"

Y levantándolo sobre su caballería
Lo llevó al parador
Y lo cuidó.
Y a la madrugada sacando dos dineros
Diolos al paradero
Y le dijo:
Ten cura de él
Y si expendes algo más,
Yo en mi retorno
Te lo abonaré...

La historia está netamente narrada; y es posible sea un hecho real. El trecho de 37 kilómetros de Jerusalén a Jericó siendo por una parte muy transitado, era por otra una sierramorena en cierto lugar que los judíos llamaban La Vueltita de la Sangre. Cristo pudo haber oído el hecho al pasar por Jericó esos mismos días. Es sabido que los grandes poetas inventan poco; aunque todo lo que saben lo reinventan. Es seguro que la gente empezó a decir: "Es verídico. Ha pasao tal cual." Después se volvió el narrador de nuevo hacia el teólogo y preguntó.

—¿Cuál de los tres te parece fue el prójimo del que tropezó con ladrones?

Dijo él:

—El que usó misericordia con él.

Y díjole Jesús:

—Ve, y hazlo tú igual: —réplica del epílogo anterior "Haz eso y vivirás", dicho esta vez con autoridad propia. La parábola era llamativa (¡Un Sacerdote! ¡Un levita! ¡Un samaritano! ¡Un asaltado y apuñalado!) y altamente antifarisaica, no sólo por la osada denuncia del mal corazón de las castas litúrgicas sino sobre todo por la proclamación del principio de la "proximidad"

de todo humano ser necesitado, fuese de la casta que fuese. La misericordia es en definitiva lo que regula la *proximidad* entre los hombres y no las fronteras o la situación social pues una especie de profunda compasión o "simpatía" es el fondo último del verdadero amor, en tal forma que puede surgir para mi una obligación grave de hacer de padre o hermano a un extraño si la necesidad es extrema y no hay otro a quien más le toque; de acuerdo a lo que dice San Agustín: "Si pudiste salvarlo y lo dejaste, lo mataste". *Si reliquisti dum servare potuisti, illum occidisti.*

Un amigo mio añadió un apéndice a esta parábola, o mejor dicho (para ser reverentes) compuso otra parábola con este título:

DESPUÉS DE LA PARÁBOLA[12]

SACERDOTE. —¿Está todo a punto?

LEVITA. —Ud. cree que las cosas se hacen solas.

SAC. —¡Sapristí! ¿No está todo a punto?

LEV. —Casi todo. Pero ¡el trabajo que me ha costao...!

SAC. —¿Y a mi nada, verdad? ¿Está adornada la Santa Gabia?

LEV. —Está adornada, están las flores, están las cintas, están las palomas, están los monaguillos, está el incienso, está la banda de música...

SAC. —¿Y la Perpetua?

LEV. —Ha salido, vuelve al instante. Falta el guión...

SAC. —¿Qué no ha venido el Gran Cochifrito?

LEV. —Vendrá. Pero se hará esperar, porque para eso es el Gran Cochifrito...

---

12 Este texto fue incluido en *Doce Parábolas Cimarronas*.

de todo humano ser necesitado, fuese de la casta que fuese. La misericordia es en definitiva lo que regula la *proximidad* entre los hombres y no las fronteras o la situación social pues una especie de profunda compasión o "simpatía" es el fondo último del verdadero amor, en tal forma que puede surgir para mi una obligación grave de hacer de padre o hermano a un extraño si la necesidad es extrema y no hay otro a quien más le toque; de acuerdo a lo que dice San Agustín: "Si pudiste salvarlo y lo dejaste, lo mataste". *Si reliquisti dum servare potuisti, illum occidisti.*

Un amigo mio añadió un apéndice a esta parábola, o mejor dicho (para ser reverentes) compuso otra parábola con este título:

Después de la Parábola[12]

SACERDOTE. —¿Está todo a punto?

LEVITA. —Ud. cree que las cosas se hacen solas.

SAC. —¡Sapristí! ¿No está todo a punto?

LEV. —Casi todo. Pero ¡el trabajo que me ha costao...!

SAC. —¿Y a mi nada, verdad? ¿Está adornada la Santa Gabia?

LEV. —Está adornada, están las flores, están las cintas, están las palomas, están los monaguillos, está el incienso, está la banda de música...

SAC.. —¿Y la Perpetua?

LEV. —Ha salido, vuelve al instante. Falta el guión...

SAC. —¿Qué no ha venido el Gran Cochifrito?

LEV. —Vendrá. Pero se hará esperar, porque para eso es el Gran Cochifrito...

[12] Este texto fue incluido en *Doce Parábolas Cimarronas.*

SAC. —Que no nos vaya a fallar...

LEV. —Pues no; pero creo que sería una gran suerte. Hay gente que solamente porque él lleva el guión, no acudirá a la procesión.

SAC. —Sí, los sinvergüenzas.

LEV. —Y los pobres.

SAC. —Los que no tienen donde caerse muertos...

LEV. —Para caerse muerto nunca falta sitio. ¡Ah! Ahora que recuerdo...

SAC. —¿Te has olvidado de alguna cofradía?

LEV. —No. Pero decía yo que hoy, cuando venía por el camino de Jericó...

SAC. —¡Ah!

LEV. —Vi un hombre muerto...

SAC. —¡Ah! ¿Estaba muerto?

LEV. —¿Qué lo vio Monseñor también?

SAC. —A mi me pareció demasiado vivo: borracho...

LEV. —Cosido a puñaladas...

SAC. —Todo puede ser... Un samaritano, de fijo. Esa gente se emborracha, se trenzan entre ellos, riñen, se matan, y después vaya Ud. a recogerlos, dejar su quehacer y enterrarlos...

LEV. —Es enteramente humano y razonable, Monseñor. Pero ¿no dice Ud. que lo vio vivo?

SAC. —Por eso mismo. Ya se arreglará, dije yo. Si tiene fuerzas para hacerme señas con la mano, ya se levantará, y se irá a ca' otro Samaritano. Está lleno de Samaritanos. Esta gente tiene siete vidas como los gatos... y más hijos que los conejos.

LEV. —Exactamente. Lo están llenando todo. Habría que prohibirles la inmigración. El Gobierno no sé que hace. Vienen aquí como moscas. Viene uno, se acomoda, llama su familia, después se trae un primo o

un vecino, esto se llena como alud. Viven amontonados como bestias en cualquier parte. Y yo digo: ¡si sobrase aquí trabajo! Pero falta el trabajo para los nuestros, y lo poco o nada que ganamos, aun trabajando como negros... Esto es una plaga viva...

SAC. —Y que se acomodan bien. Algunos andan llenos de plata, y lo peor es que no saben gastarla. En la Iglesia usté no verá ninguno. ¿Diezmos dice Ud.? A ellos no los obligan. ¿Colectas? Dan una miseria, si es que dan. Malcriados y basta. Borracheras y bailes. Bebedores y fumadores de lo peor. Con eso no me extraña que vayan a morir por los caminos...

LEV. —¿Por qué no mandamos al camino dos jóvenes de la Acción Israelita? Tanto por ver. ¡Quién sabe si era Samaritano y quién sabe si está muerto? *El muerto se mueve...* es el título de una novela policial. No, déjeme pensar: *El muerto mueve la mano...* Muy buena la novela. Es de un inglés que se llama... déjeme recordar...

SAC. —Déjate de novelas. Te he dicho ya mil veces que un Levita no ha de leer novelas: Tienes el Talmud y el Targum...

LEV. —Yo casi me detengo, pero dije, digo: Detrás viene Monseñor, y si me encuentra aquí en el camino lidiando con un muerto, el día de la procesión de la Santa Gabia, ¡botones! Ya verá él si quiere. El que manda, manda...

SAC. —¡Necuácuam! ¡Melocotones! ¡Enredos con la justicia, con la brigada número siete de guardia en la Vueltita de la Sangre, que el sargento es un bruto como no hay! Que se arregle la policía. ¡Gente de mal vivir! ¡A mí que no me vengan con historias de gente de mal vivir! ¡Cada *caluznia* que le sueltan a uno sin dar el

menor motivo! Caluznieros como los saduceos no hay. ¡Con la gente de mal vivir que se arregle la policía!

LEV. —Verdad. Pero podía ser y no ser que a las vueltas de todo fuese un hijo de la Ley, mire Ud., que hubiese tropezado con la banda del Beneit: uno de los nuestros... El Beneit no respeta pelo ni marca.

SAC. —La caridad bien ordenada comienza por sí mismo. Que cada palo aguante su vela. A burro muerto la cebada al rabo. Zapatero a tus zapatos. El culto divino está por arriba de todo. Los romanos son la mar de buenos a poner multas. ¡Y el que se arrodea con gente de mal vivir! Bueno; encima tuvo que escoger un día de procesión mayor. Tú dirás.

LEV. —Es humano, Monseñor. Lo comprendo. Yo francamente, Monseñor, estuve en un tris de bajarme o no bajarme a la cuneta, el tipo se movía y era una sola mancha de sangre... *La mancha de sangre*: otra novela. Pero dije, digo: Procediendo detrás de mí Monseñor, no procede; él verá lo que se ha de hacer. Es un hombre razonable y humano... y además, tiene su genio, tiene.

SAC. —Pues yo dije: habiendo pasado el Levita, si no se ha detenido por curiosidad tan siquiera, o está borracho o está pasao del todo, quiero decir el otro, ojo, no se me soliviante, amigo. Para esto hay tiempo y la procesión no espera. A tu oficio, Paco. Los samaritanos no quieren saber nada con los sacerdotes.

LEV. —La verdad es, Monseñor, que no vestía como samaritano.

SAC. —Lo mismo da. ¿Dónde está mi capa pluvial?

LEV. —La llevó la Perpetua a coserle un broche.

SAC. —¡Pues que la traiga inmediatamente!

LEV. —Monseñor, perdóneme, le voy a decir la verdá: la mandé a la Perpetua con dos monacillos al lugar del muerto. Mejor dicho, se fue ella misma lo mismo que un cohete, que la curiosidá la comía apenas le conté el caso.

SAC. —¡Desdichado! ¡En el momento de la procesión!

LEV. —No puede tardar mucho en volver. Vela aquí.

(La Perpetua muy alborotada)

PERPETUA. —¡Dasastre! ¡Dasastre completo! ¡Barre-basada! ¡No era semaristano! El otro era semaristano, el que lo arrequijió. Un semaristano lo arrequijió y nojotro no. La arramos por el medio, como dicen, la arramos por el aje ¡por el ejo! En la fonda, muy enojao, no quiere ver a presona. No quiere saber nada, vamos.

SAC. —¿Qué es eso? ¿Qué dice mujer? ¿De qué se trata?

PERP. —Un semaristano levantólo en su mulo, y llevólo ca' la Dela, a la fonda. Todo pegado... pagado, digo. Por adelantal pagó todo. Vandólo él mesmo, le puso un rimedio. Siete. Siete puñaladas como puños. Ni una menos. Era un concejá, un vecino muy visto de Jericó.

SAC. —¡Dios nos valga! No será Mestre Llovet, que tenía que volver de Jeruslén, me figuro.

PERP. —Eso. Me afiguro que sí: Mastre Llivet. Espere osté. Llivet, no. Una cosa ansí. Llavet, por un quizáes.

SAC. —¡Maldición! ¿Y dices que era concejal?

PERP. — Concejá, no. Elcalde, cuasi, o algo ansí. Me lo dijo la Dela. Propietario jurao. Hombre de posibles.

SAC. —¡Vestido de ese modo!

PERP. —Pa' que no los ledrones sispechasen. Pero fachao ya me lo tenían. Mucha calderilla l'han llavao. Mucha. Mejón lo hubían muerto del to'. Pero qué. Vandólo el otro. Duerme ahora y a denguno quié ver.

SAC. —Pues voy a verlo ahora mismo. ¡Aceitunas! Que no me haya conocido, eso es lo que pido a Dios.

LEV. —Están repicando la salida.

SAC. —Y tú, bruto inmenso, tenías que ser tú.

LEV. —¿Yo qué?

SAC. —No haberte parao un minuto siquiera...

LEV. —¿Y usté?

SAC. — Un hombre tirao en aquella cuneta como un perro, un levita que pasa... Ahora ¿qué va a decir la gente?

LEV. —Comienza la procesión.

SAC. —¡Que espere la procesión! ¿Dónde queda la fonda esa? Es que podemos quedar muy mal. ¡Mire que haber ido a levantarlo justamente un samaritano! Ahiestá lo que es tener levitas sin cabeza...

LEV. —Y usté, hombre sin corazón ¿me va a contar a mí que confundió un herido con un borracho?

PERP. —¡Calma! ¡Acalmansen ustés!

SAC. —¡Déjame que te estrello! ¡Que no sé qué hacer!

LEV. —Bueno, ahora ya no hay nada que hacer.

PERP. —¡La capa prival!

SAC. —¡Dejemén pensar!

LEV. Y PERP. (a coro) —¡La capa prival! ¡Que se va la procesión! ¡Que ya los ateletas sacan la Santa Gabia!

SAC. —¡Dasastre! Quiero decir ¡dasestre! Bueno ¡desastre! Pasen la capa. Ahora ustedes, de todo esto, ni mus ¿estamos? Otra vez que me encuentre un muerto o un borracho en el camino... será otra cosa. Pero ¿quién podía pensar...? ¡El Consejal Llovet, que puede quitarnos el impuesto y llevar el palio en las procesiones! Ahora lo único que nos falta es que nos falte el Cochifrito...

- VII -

ELENCHUS CONTRA PHARISAEOS

(Mateo 23)

"¡Ay de vosotros, escribas
y fariseos hipócritas..."

No todos los fariseos tenían fariseísmo, algunos de la facción o secta o congregación religiosa de los fariseos eran incontaminados, y aun quizá santos. Algunos fueron discípulos de Cristo. Saulo no era hipócrita sino por el contrario fanático, antes de volverse Pablo.

La palabra *fariseo* tomó después de Cristo su significado peyorativo, lo mismo que la palabra *"sofista"* después de Platón. Los sofistas eran algo como los "conferenciantes" de hoy día, como García Sánchiz o Pemán.

Los "separados", *Pherishajja,* que eso significaba fariseo, contaron con hombres como el sabio Hillel, el que formuló la máxima de "no hagas a otro lo que no quieras hecho a ti", a Gamaliel el viejo, maestro de San Pablo; a Simón amigo de Cristo, Nicodemus, José de Arimatea, y numerosos conversos cristianos con los cuales argüirá más tarde San Pablo: *"¿Fariseos son? Y yo más."*

Los fariseos eran los "separados" de los saduceos; porque los saduceos defendían que en sólo la Thorah o Ley escrita se contenía la revelación, como los protestantes; mientras los fariseos añadían a los Libros la Tradición. Lo que de esa tradición oral (en sí mismo justificada) hicieron ellos, lo sabemos por las palabras de Cristo.

La historia de los fariseos ha sido netamente narrada muchas veces desde Flavio Josefo. Descendientes de los "asideos" o "celosos", legatarios del tema nacional-religioso de Matatías Macabeo, constituyéronse más tarde en los *"zelotes"* o nacionalistas y los *"sicarios"*, algo como el Sinn-Féin irlandés. Los fariseos tomaron consistencia tal que se pueden comparar a una congregación religiosa moderna, y una influencia tal que se consideraban (no sin lógica) por encima de los sacerdotes y los reyes: su fuerza estaba en el saber, en el conocimiento de la Ley; que en un pueblo teocrático tenía valor máximo. De ahí que Cristo los conglomera con los "escribas" que eran los doctos, aunque de suyo un fariseo podía no ser "doctor" sino solamente hombre riguroso y observante, lo que llaman hoy beato o jesuitoide.

Por eso Cristo no los incriminó a todos, en su terrible sermón que está en el XXIII de Mateo, sino que añadió el adjetivo "hipócrita", que se ha de entender como determinante más bien que calificativo. Sin embargo, el conjunto de la facción en tiempo de Cristo era condenable; y su espíritu puritano, gazmoño y falso estaba ya formulado, escrito y hecho constituciones y reglas de las que Cristo citó dos: "El que ofrece un don al altar por su padre, no está obligado a su manutención..." En el Talmud, la Tradición casuística y jurídica codificada, se encuentran sentencias parecidas. Por ejemplo:

"Más validez (práctica) tienen las palabras de los escribas que las palabras de la Thorah."

"Las palabras de la Ley tienen preceptos graves y leves; pero las palabras de un escriba son siempre graves."

"El estudio de la Thorah es más importante que la construcción del Templo."

"El estudio de la Thorah es mayor que venerar padre y madre."

"La Ley está más alta que el sacerdocio y la realeza."

"La masa que ignora la Thorah es maldita."

"La plebe del terruño no es piadosa y ningún rústico teme el pecado."

"Estar en una reunión de la masa es mortífero."

"Es lícito pegar a uno de la masa aun en sábado y aunque fuese sábado y Kippur."

No hay ninguna sociedad tan mala que no tenga algún bueno ni tan buena que no tenga algún malo; y lo mismo se puede decir de las doctrinas... Sin embargo el juicio moral no es imposible, aunque sea difícil en algunos casos, porque el juicio se basa en el *"grupo que da la tónica"*. O como dicen en la escuela, la parte "formal" que puede a veces ser una minoría.

Un ejército de leones mandado por burros (como dijo Napoleón del ejército español) es un ejército asnal; que sin embargo le puede dar una coz a Napoleón Primero.

No basta que una sociedad sea mandada por un malo para que sea mala. A veces es peor mandada por un tonto. La Iglesia no fue mala durante el Pontificado de Alejandro VI; basta que no lo imite y que resista en lo posible. Salvaron la honra de la Iglesia en aquella coyuntura algunos santos; el rey de Francia, los obispos españoles, una cantidad de italianos descontentos y el pobre Savonarola.

Pero en tiempo de Cristo la *"minoría que da la tónica"* era, entre los fariseos, realmente farisaica. De ahí que Cristo al final de su vida pública se desata contra toda

la secta directamente, después de haber luchado incansablemente contra su deformación religiosa y su nacionalismo fanático con las explicaciones, las rectificaciones, la discusión, y sobre todo el ejemplo. Al final tuvo que echar mano del terrible vocabulario de su Precursor y de todos los profetas y de la amenaza profética. Sabía lo que hacía y a qué se exponía, ya había predicho su muerte a los discípulos.

Entonces habló Jesús a la masa
Y a los discípulos
Diciendo:
En el asiento de Moisés se sientan
Los Letrados y los Fariseos.
Todo pues cuanto os digan allí hacedlo;
Según las obras de ellos no hagáis:
Porque ellos dicen y no hacen.
Porque atan cargas pesadas insoportables
Y las asientan sobre los lomos de los hombres,
Y ellos ni con el dedo las quieren mover.
Todas las obras suyas hacen
Para ser vistos de los hombres:
Y así andan con filacterias más anchas
Y con vinchas sagradas más grandes.
Codician la presidencia en los banquetes,
Y el gran púlpito en las sinagogas.
Y las reverencias en las plazas,
Y ser llamado *"Dotor"* por los hombres.
Vosotros no andéis a que os llamen Doctor;
Uno solo es vuestro Doctor,
Vosotros sois hermanos.
Y "Padre" no llaméis sobre la tierra,
Porque uno solo es vuestro Padre,

Que está en los cielos.
Y "Conductor" no os queráis llamar;
Porque uno solo es vuestro Conductor,
Que es el Cristo.
El mayor que sea entre vosotros,
Ése será vuestro servidor.
Pues el que se exalta, será abatido;
El que se abata, será exaltado...

Pero entonces
¡Ay de vosotros, Letrados y Santones hipócritas!,
Que cerráis el Reino del Cielo a los hombres;
Pues vosotros no entráis,
Y a los que vienen no dejáis entrar.
¡Ay de vosotros!

¡Ay de vosotros Gramáticos y Observantes hipócritas!
Que os devoráis las casas de las viudas
Orando largas oraciones;
Por eso tendréis peor sentencia.
¡Ay de vosotros!

¡Ay de vosotros, Doctores y Devotos hipócritas!,
Que rodeáis el mar y la tierra para hacer un prosélito
Y cuando está hecho prosélito, lo hacéis
Hijo de infierno, el doble que vosotros.
¡Guay de vos!

¡Guay a vosotros, guías ciegos!
Que decís: El que jurare por el Templo, no es nada.
El que jurare por el oro del Templo, debe.
¡Estultos y ciegos!
¿Qué cosa es mayor, el oro del Templo

O el Templo, que santifica el oro?
Y el que jurare el altar, no es nada,
Mas el que jurare el don del altar, debe.
¡Ciegos!
¿Qué es mayor, el don que está sobre el altar
O el altar, que santifica el don?
Mas quien jura el altar jura por él
Y por todas las cosas que están sobre él,
Y el que jura el Templo, jura por él
Y por Aquél que habita en él.
Y el que invoca el cielo jura el trono de Dios
Y Aquél que se asienta en él.

¡Guay a vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!,
Que diezmáis la menta, el alpiste, el comino
Y habéis dejado lo más grave de la Ley:
El juicio, la misericordia y la fe.
Esto había que hacer,
Y lo otro no omitir.
¡Oh guías ciegos colando el mosquito
Y tragándose el camello!

¡Guay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!,
Que limpiáis lo de fuera del vaso y el jarro;
Y adentro estáis llenos de rapiña e inmundicia.
¡Fariseo ciego!,
Limpia antes adentro el vaso y el jarro,
Para que lo de fuera se haga limpio.

¡Guay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!,
Que os parecéis a sepulcros blanqueados,
Que de fuera parecen a los hombres hermosos,
Y de dentro llenos de huesos de muertos
Y toda porquería.

Así vosotros parecéis justos a los hombres;
Y dentro estáis llenos de falsedad e injusticia.

¡Guay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!,
Que edificáis sepulcros a los Profetas,
Y adornáis las tumbas de los Santos, diciendo:
Si viviéramos en tiempo de los antiguos,
No nos mancharíamos con ellos con sangre de Profetas.
De modo que vosotros mismos sois testigos
Que sois hijos de los que mataron a los Profetas
Y vosotros henchiréis la medida de vuestros padres.

¡Serpientes, estirpe de víboras!,
¿Cómo huiréis el juicio del infierno?
He aquí que yo os mando Profetas
Y Sabios, y Letrados,
Y de ellos mataréis y crucificaréis,
Y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas,
Y perseguiréis de ciudad en ciudad,
Para que caiga sobre vosotros toda sangre justa
Que se derramó sobre la tierra,
Desde la sangre de Abel el Justo
Hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías,
Que matasteis entre el templo y el altar.
Yo os aseguro que todo esto
Caerá sobre esta generación...

Sólo Cristo, el último y mayor de los profetas, podía pronunciar esta imprecación y esta amenaza. El destino inmediato de Jerusalén estaba patente a sus ojos. También el suyo propio. Añade Cristo la profecía final:

¡Jerusalén, Jerusalén!,

Que matas a los profetas,
Y lapidas a los que te son enviados.
¡Cuántas veces quise congregar tus hijos
Como la gallina congrega sus pollos
Bajo sus alas —y rehusaste!
He aquí que Vuestra Casa quedará desierta.

Este retrato moral del fariseo es tremendo. Él es eterno y no puede ser mejorado. Es el eco, ahora autorizado con las tres máximas autoridades de la poesía, la ciencia y la misión profética, de una imprecación acerba contra la congregación de los fariseos pronunciada por uno de ellos mismos unos 20 años antes y que se ha conservado en el apocalipsis judaico de *"La Asunción de Moisés"*.

Jesucristo sentía el veneno de esta gente, a cuyo parangón los saduceos sensuales y descreídos son casi perdonados en su predicación, desdeñados. No olvidemos que a ellos alude de "pecado contra el Espíritu Santo que no tiene perdón ni aquí ni allá arriba", las palabras más temibles que han salido de boca humana. Por lo demás, paladinamente les dijo que eran hijos del diablo y que el diablo era su padre

El padre de la mentira,
El que es homicida desde el principio.

Cómo de hombres observantes, celosos y dedicados al estudio de la Ley pudo salir este horror, es cosa difícil de precisar pero no imposible de concebir. Primero apareció la "casuística". Todo código completo postula una casuística, que es el ejercicio de aplicar los preceptos generales a los casos particulares. Nada malo hay en eso, al contrario. Pero la casuística dege-

nera fácilmente por exceso y por perversión: se hace demasiado frondosa, se corta de la ley y de su espíritu, se vacía por dentro, y entonces fácilmente entra dentro el demonio, que es "el espíritu de las cosas vacantes", y le gusta, como a las chinches, los baúles vacíos. En las "cisternas agrietadas que dejan salir el agua", como llamó Jeremías a los fariseos de su tiempo, se refugian toda clase de bichos. La casuística farisea, el Talmud, el comentario de la ley, la tradición de los doctores no dejaba de contener alguna fruta entre la hojarasca, como que está hecho coleccionando los "dichos" de los profetas y doctores; pero la hojarasca había crecido en inmenso y se había podrido: "mandatos de hombres" – "que legislan acerca del alpiste y la ruda", como les achacó Jesús; y sobre "los nidos", y "los vasos" y los "pedúnculos de las frutas" e interminablemente sobre el descanso del sábado, el pago de los diezmos y la pureza ritual: si podía celebrar el sacerdote al cual había tocado al pasar la sombra de una mujer, si podía exigirse el diezmo al hijo del hijo del hijo de un deudor, si era lícito comer una fruta caída de por sí del árbol un Sábado. Siendo así que los más capaces de estas "observancias" prolijas y sutiles son los caracteres pueriles o neuróticos, si se llega a la desgracia de reponer *la santidad* en la "observancia regular", como no deja de suceder, ayúdeme a pensar lo que pasa en una comunidad religiosa. Cualquier cosa puede pasar.

"Entre uno que no sabe la Thorah y un burro, el burro es mejor porque no habla." Se figura uno lo que sería aquello entrando en la Biblioteca de un convento decaído: montones de manuales, de libros de devoción inútiles, de sermonarios hechos de sermones sacados de otros sermones, cuando no de un cascabel huero y

ruidoso que es peor, comentarios del Código de Derecho Canónico, mamotretos de teología moral y pastoral, las obras de San Juan de la Cruz, de Ricardo León, del Padre Coloma y del P. Van Tricht en la sección cerrada con llave *"Literatura amena"*, Biblias descompletas con balumbas de vidas de Santos y de estudios históricos sobre su Fundador, todo confundido y entreverado, sin orden y cubierto de polvo. Se puede estudiar a veces las etapas de la decadencia en la Biblioteca como las edades de la tierra en los estratos de una "falla" geológica. *"De 1899 a 1905 pasó por aquí un superior inteligente* —me decía un perspicaz en uno de estos casos —*y basta." "¿Aquí enseñan filosofía?* —añadió después— *¡No hay las obras completas de un solo filósofo; solamente manuales y refutaciones!"*

En esta vaciedad de la casuística farisea entró primero el engreimiento religioso, después el ideal del mesianismo político, y después la soberbia, madre de la mentira y la crueldad [13].

Los únicos que podían cumplir toda la Ley eran los que la sabían; y para saberla había que estudiarla toda la vida; pero eso era lo mejor que existía en el mundo. "La Thorah es mayor que el sacerdocio y la realeza, porque el sacerdocio exige 24 requisitos y la realeza 30; pero la Thorah se gana con 48." Los sacerdotes abrumados por un ritual que se hacía de más en más complejo habían abandonado el estudio de la Ley a los

[13] «La crueldad en el corazón del sacerdote es la abominación de la desolación en donde no debe estar. Dicen los intérpretes que esa frase de Cristo se refiere a los 'ídolos'. Pues bien, cuando un sacerdote es cruel o simplemente duro de corazón es que el Dios viviente se ha hecho un ídolo en él, ha dejado su lugar a un ídolo.» (Castellani, *Diario,* 12-I-48).

laicos y se habían convertido, en general, en profesionales de la liturgia, es decir, vendedores afanosos de ceremonias mágicas. Éstas daban la prosperidad en esta vida, pero la Thorah daba la ciencia, la sabiduría, la santidad y la salvación eterna. Con razón rezaba el fariseo: *"Gracias te doy, Señor, porque no soy como los otros hombres... ni como ese publicano..."* Porque "el pagano que se acerque al estudio de la Thorah merece la muerte..." (Sanhedrín, 59 a. Citado por Ricciotti).

El engreimiento religioso trajo el mesianismo político, podemos colegir. Los fariseos necesitaban ser vengados de sus quemantes humillaciones, de sus revolcones y derrotas. La religión era humillada en ellos y el Mesías debía vindicar la religión. Y si el Mesías había de ser político, naturalmente había que preparar su venida haciendo política. Cien años antes de Cristo los fariseos sostuvieron contra el rey Alejandro Janneo una guerra de seis años que costó 50.000 víctimas; durante el reinado siguiente, de la reina Salomé, fueron los verdaderos gobernantes pues la Reina se sometió a su arbitrio, cuenta Josefo. Los saduceos fueron dominados sin piedad. - Se refugiaron en las grandes familias sacerdotales y en la adulación de los poderosos. Los fariseos tenían de su parte el pueblo, sobre todo las mujeres devotas, que formaban una tribu numerosa, entremetida y temible.

Cuando la política entra dentro de la religión se produce una corrupción extraña. En estas condiciones el poder se vuelve temible, porque puede obligar en conciencia. Con una abjuración religiosa obligó Caifás a Cristo a proferir la "blasfemia" que le costó la vida, a saber: que él era "el Hijo del Hombre" de Daniel. La corrupción llega al máximo cuando lo religioso se ha

reducido a mero instrumento y pretexto de lo político. "Amáis los primeros puestos en la Sinagoga... buscáis el vano honor que dan los hombres" —les imprecaba Cristo. La crueldad, cuya condición y primer grado es la dureza de corazón, es infalible en consecuencia de la soberbia religiosa. Ya es bastante cruel "devorar las casas de las viudas y los huérfanos con pretexto de largas oraciones"; pero la crueldad de los fariseos que hizo su ostentación en la pasión de Cristo, se ejercitaba habitualmente en desterrar y matar a sus enemigos, casi siempre por medio de intrigas solapadas. No querían aventurar el título de "*Sapientismo y Santismo Doctor*" que exigían se les diera. Cristo les canceló de un golpe este título cuando dijo: "Bueno hay uno solo, que es Dios. No llaméis a nadie santo porque santo hay uno solo, que es el Padre. No llaméis a nadie maestro, porque un solo maestro tenéis vosotros, que es el Cristo."

La política farisea se manifiesta enseguida. Al principio del segundo año de predicación, en el primer viaje a Jerusalén (cuentan acordes Mateo, Marcos y Lucas) "entraron en tratos los fariseos con los herodianos y empezar a conferir como harían *para perderlo.*" El eliminarlo estaba ya decidido, la cuestión era el cómo. ¿No eran enemigos los fariseos y los herodianos? Sí lo eran, pero eran enemigos "políticos", ésos que se ponen de acuerdo cuando surge un adversario no político, ésos que perturban el funcionamiento de los partidos, o "el libre juego de las instituciones democráticas"; como se dice ahora. El acuerdo tuvo éxito: eliminarlo de algún modo que no los dejara mal y no conmoviera al pueblo; y los encargados de hallarlo fueron los más religiosos, naturalmente: los fariseos.

Y ahí andaban ellos, haciendo fiesta y grandes discursos, prodigándose adulaciones y zalamerías unos a otros, excitando a todos a la defensa de la religión contra la impiedad saducea, es decir, a la defensa de ellos: retrancados, duros, implacables, cerrados de mollera, hostiles a la vida y a la belleza; metidos en todo, orgullosos, rencorosos, ilusos, astutos, tortuosos, solemnes, aparateros, floripóndicos, atrevidos, presuntuosos, caraduras, olvidados de Dios y temidos de los hombres como el Evangelio nos los muestra; llevando a un pueblo entero a la catástrofe, pueblo que había de caer con ellos por esa misteriosa solidaridad social, que hace que un pueblo tenga malos jefes solamente cuando puede tenerlos. Las gentes de los campos de Galilea y los pescadores y pequeños artesanos andaban como "ovejas que no tienen pastor"; pero las gentes de las ciudades y los que daban la "tónica social" en todas partes tenían malos pastores, lobos con piel de oveja, que los emborrachaban con palabrería sublime centrada en torno de un ideal halagüeño radicalmente falso. No se pudre el agua si no es estancada; los gusanos sólo prosperan en la carne muerta:

Cuando abrazó a los niños Jesucristo
Faltó a la regla del tacto.
La Magdalena y la Verónica
Faltaron a tres reglas del sumario
De las Constituciones, parte tercia,
Título tres y cuatro.
En lo cual las disculpa la ignorancia,
Pues las mujeres tienen huero el cráneo.
Lo que pasó en el Templo
Es por lo menos raro.

Es admirable pero no imitable,
Porque a Dios no podemos imitarlo
En todo, y el que tal pensar osare
Sería un verdadero temerario.
En suma, Él era nada menos
El Verbo colorado
Que tenía licencias
Por lo tanto,
Y permiso del Superior
Para algo y aun algos
Que en un buen religioso desdijeran
Y tendrían efectos —muy nefastos.
Porque Cristo ya estaba
Si vamos al decir, asegurado
Contra todo riesgo
De incendios y naufragios.
Es decir, no podía, ni queriendo
Incurrir en pecado...

Mas se debe saber que Él era Él
Y venerar sus actos,
Y no pensar que el Evangelio
Se puede *ad pedem littere* tomarlo,
Porque ninguno debe ir
Por caminos extraordinarios.
Y Jesucristo mismo, si hoy volviera,
Cambiaría su estilo literario
Y trataría de sociología
En serio y no en el género parábolo.

Él debía hacer eso porque iba
A morir por el género humano.
Ya desde que nació Cristo iba muerto
A la cruz para salvarnos.

Ya murió por nosotros ciertamente
El Santo de los Santos.
Mas ¿qué *Supérior Societatis nostrae*
Podría *potentiâ et actu*
Informar con *jurejurando*
Que Jesús *filius Dei vivi*
Era *aptus ad gubernandum?*

- VIII -

¿Con Qué Autoridad?

Es pecado cometido
El decir ciertas verdades.
(Martín Fierro)

El comienzo y el motivo del conflicto entre Jesús y los fariseos no es indicado claramente por los Evangelistas. Nos presentan a Jesús en lucha con la logia desde el principio. Más aun, la expulsión de los negociantes del Templo aparece como una agresión de parte de Cristo. San Juan narra al comienzo de la Predicación y los sinópticos al final. El estudio de los Evangelios parece rendir que, o bien hubo dos escenas similares separadas por unos tres años, o bien este acto de absoluta y violenta autoridad tuvo lugar al comenzar la vida pública del Mesías, después del testimonio de Juan y el milagro de Caná.

Parece una provocación.

¿No tenía Jesús que predicar y actuar de acuerdo con las autoridades religiosas de Israel y con la debida autorización? Eso se hace, actualmente en la Iglesia. Y dado caso que su suprema autoridad mesiánica, ya sellada por el milagro de Caná, no dependiese de la autoridad legal de Caifás ¿no era lo prudente y lo "cortés" haber obtenido el *placet* de los jefes religiosos de la nación o haberlo intentado al menos?

Un fariseo podía decir: "¿Cómo? ¿Aquí cualquiera predica la ley de Moisés y de la manera que quiere;

mueve movimientos religiosos en el pueblo y ejerce un acto de autoridad en el Templo, sin contar para nada con los sacerdotes, directores legales de la religión; ni con los doctores, que han pasado su vida estudiando la Ley?"

Pero NO LO DIJERON; y este hecho nos suministra la respuesta a esta dificultad. No lo dicen. Ante la enérgica irrupción del joven armado de un flagelo "piden un signo", es decir, un milagro. Estaban pues ya perfectamente impuestos de la respuesta que Cristo hubiese dado: "Tengo una misión directa de Dios", la cual en la teología judía debía ser confirmada por milagros.

A la petición de un milagro "ad hoc" Cristo responde como constantemente en el curso de su vida con una negativa; aquí una negativa condicionada que contiene una promesa y una amenaza. Contiene la promesa de un milagro, misterioso entonces, que es su propia resurrección; y una amenaza todavía más lejana, la mención de la destrucción del Templo, cuya "indestructibilidad" era uno de los fetiches del fariseísmo. A los oídos judíos la respuesta era un trueno. ¡Destruir el Templo! ¡Reedificarlo en tres días! ¡Qué manera de hablar!

La respuesta era obscura y genial, "pregnans". *"Destruid este Templo y lo levantaré en tres días"*, dice muchísimas cosas. Yo tengo el poder de hacer milagros y los haré cuando convenga. Este Templo puede ser destruido y de hecho lo estáis destruyendo vosotros con vuestros abusos al convertirlo en una lonja. Yo he recibido autoridad directa de Dios, MI Padre... Cuando incriminaron a Cristo esta frase en su proceso previniéronse bien de modificarla y dijeron: "Éste ha dicho: *'Yo destruiré el Templo'...*" donde Cristo dijera

"Destruid este Templo, o mejor dicho *"Seguid destruyéndolo"*: que eso indica el imperativo aoristo del verbo "lyo", según enseñan los gramáticos. Eso muestra que entendieron perfectamente la acusación de demoledores de la religión, que el Templo simbolizaba, contenida en la críptica e inesperada respuesta.

Si Cristo hubiese ido a solicitar permiso a Caifás para predicar habría puesto un acto falso y equívoco; netamente destructivo de su propia autoridad. Hubiese mentido, en una palabra, mostrado que no era el Mesías, haciendo depender su autoridad suprema de una autoridad legal y subordinada. Y eso mucho más después del testimonio público de Juan el Bautista, al cual se atenía y remitía implícita y más tarde explícitamente.

Y esta es la fuente de donde los fariseos conocían ya entonces perfectamente la autoridad que se atribuía Cristo. Juan el Profeta lo había designado indubitablemente como el Secularmente Esperado. Cristo había aceptado el testimonio y comenzado a obrar en consecuencia. Una especie de decencia sobrenatural y divina modestia resplandece en este proceso, en este misterioso comienzo de campaña.

Con Juan sí comenzaron los fariseos con el trámite obvio de mandar una comisión a inquirir con qué autoridad predicaba y bautizaba. No que el predicar estuviese entonces sujeto a "licencias" regulares como entre nosotros, pues cualquier israelita era dueño de exhortar a sus hermanos, circular por los pueblos como recitador ambulante de la Ley y sus comentarios, improvisar por su cuenta lo que hoy llamaríamos sermones, *recitados de estilo oral* —que no se parecen en nada a nuestros sermones— y finalmente interpretar a los

profetas en las reuniones sabáticas de la sinagoga. No. Eso era perfectamente libre y usual, simple actividad intelectual, comparable a la de nuestros poetas y pensadores.

Pero Juan había increpado duramente y con amenaza los abusos religiosos del tiempo. ¿Quién era esa "progenie de víboras que no podrán huir la ira del que viene"? ¿Y cuál esa "hacha que está puesta en la raíz del árbol"? La alusión a los fariseos y la alusión mesiánica era clara. Además Juan recibía la confesión de los pecados y bautizaba, ritos informes todavía que simbolizaban simplemente la "metánoia" o cambio de mente para obtener el perdón de Dios preparatorio a la recepción de las Magnas Palabras Nuevas.

Así, pues, inquieren del áspero profeta de Makerón si él era el Mesías, o bien Elías que lo había de preceder, o bien un profeta. No. Entonces, cuál es su autoridad. Su autoridad es un reflejo. Su autoridad viene de la Suprema Autoridad de otro que ha de venir de inmediato después de él, al cual él conocerá por un signo milagroso que le ha sido revelado, después de lo cual Lo designará a todos; y hecho esto, le convendrá "menguar para que el Otro crezca", desaparecer cumplida su misión por el camino sangriento del martirio.

¡Oh sangrienta cabeza en bandeja de plata entregada a la danzadera! El degénere vejete diademado es el responsable de su muerte y el motivo fue la reprensión de su escandalosa unión con su cuñada. Pero quién llevó el cuento y acució y animó al cobarde Rey —títere, muelle y supersticioso—, no es difícil de adivinar. Los fariseos no eran para perdonar y olvidar la fragorosa denuncia al pueblo de la raza de víboras abusadora de la religión

y ya enteramente limpia del temor al juicio divino. "Esta gente procede como si Dios no existiera", dijo Juan de la Cruz en su tiempo.

De modo que al comenzar Cristo su misión con el más dulce milagro, ya está bajo la mirada rencorosa, malévola y homicida. Para los santulones ya no es más que una réplica y un sucesor del otro aborrecido demagogo, más audaz y movible que éste y dotado de medios de atracción aun más seductores. Ni soñar en que iban a cumplir lo que era su estricto deber religioso y aun profesional, a saber, presentarse en el lugar de la escena, reconocer el milagro, y rogar humildemente al taumaturgo les dijera quién era y qué tenían que hacer ellos: lo que hicieron las pobres gentes con Juan, movidos solamente de su penitencia y su predicación, de su magnética facha de profeta. Al contrario, sigue inmediatamente contra Cristo la acusación de "hereje": enseña a quebrantar el Sábado, cosa claramente contra la Ley de Moisés. Ninguna acusación se eleva por lo hecho en el Templo; por violento y ruidoso que aquello hubiera sido. Naturalmente: la escena fue edificante para el pueblo, y ellos tenían sucia la conciencia en el asunto del tráfico y del tráfago que deshonraba el Atrio. Pero la otra acusación era especiosa. Cristo ignoraba tranquilamente la ridícula casuística farisea acerca del Sábado; y ellos habían asimilado de tal modo sus ociosas discusiones y tradiciones orales con la Thorah escrita e inspirada, que aquel follaje inmenso, fatigoso y desecante no sólo se había identificado con el tronco sino que lo había obliterado... *"¿No sacáis vosotros en Sábado del hoyo a una oveja o vaca que se os haya caído?"* Y curar a una mujer con una palabra o sin ninguna palabra era trabajar en Sábado.

Dondequiera hay un exceso de "reglamentismo", una proliferación de mandatos, reglas, costumbres, glosas, formalidades y trámites, no solamente hay peligro de olvidar el espíritu y el fin de la ley, sino señal clara de que ese espíritu ha claudicado. Y entonces son posibles y fáciles tres cosas: el necio aparecer perito, el hipócrita pasar por santo y ser condenado el inocente. Con razón Martín Fierro desconfía de la Ley —es decir, del "Procedimiento"— apenas un mundo de leguleyos sustituye al modo patriarcal y personal de la justicia del tiempo del "Restaurador de las Leyes": detrás de ese Procedimiento se esconde una intención que él intuye adversa, que lo mandará a él al contingente y a su hijo a la cárcel [14].

Desde que Cristo es juzgado hereje (o "samaritano") su suerte está sellada. Después vendrán sucesivamente, a medida que la ira y la envidia por sus éxitos crezcan, los apóstrofes de loco – mago - poseído del demonio – y después blasfemo, sedicioso y por último conspirador contra el César. Todo sirve. Es una acusación que va creciendo sola a medida que pasa el tiempo, sin que se pidan descargos o explicaciones al reo, al contrario, cada descargo que da éste se convier-

[14] «Lo que es en realidad una sociedad no se puede sacar de sus reglamentos, estatutos y constituciones; sino de los hombres vivos que la constituyen y sobre todo la dirigen; y del espíritu que los une, dependiente del fin; el cual de nuevo no se puede computar solamente por el 'fin escrito' o declarado, sino por el fin ejercido y vivido. Sociedades excelsas pueden existir sin leyes escritas, como la Iglesia primitiva; sociedades abominables con leyes sacratísimas, como la moribunda Sinagoga. La letra de la ley más santa puede ser instrumento de tortura o agenciamiento de muerte.» (Castellani, *Diario*, enero de 1948).

te en un nuevo cargo. El proceso es secreto. Cuando intervienen los jueces en público, ya no es una acusación sino con una sentencia. Afirman calumniosamente y tratan de atrapar al reo en un renuncio para hacer buena la calumnia.

Uno asiste a la fermentación lenta de la calumnia en el pueblo, refrenada y repelida por momentos por los golpes geniales del acusado; y a la formación de los dos partidos. El eje del conflicto: —*"Éste no puede ser el Mesías porque no tiene la pinta que nosotros creemos ha de tener el Mesías"*— no es puesto nunca en discusión; porque el ambicioso no puede nunca revelar el fondo de sus contiendas, es decir, desnudar su ambición. Tampoco podía Cristo hacerlo directamente sino con sus obras; pero sin embargo no cesa de decirles que si no lo reconocen es porque el Padre no los trae, porque su soberbia les ha cegado los ojos a la luz y cerrado las profecías; puesto lo cual, era inútil razonar con ellos. En efecto, si un muerto resucitase aposta para darles testimonio de la verdad, no lo creerían.

Contemplamos en suma una autoridad religiosa real que resiste a una autoridad religiosa superior; en este caso suprema, innegable y avasalladora; de modo que la frase "resistió al Espíritu Santo" no es exagerada. El choque entre sacerdotes y profetas no era desconocido en el Antiguo Testamento, pues lo registra por ejemplo el profeta Oseas y Malaquías; y que ese choque llegase hasta el homicidio del profeta lo sabemos por el mismo Cristo. Con razón recomienda tanto San Pablo que los que tienen "carismas" se respeten y conlleven mutuamente; mas sólo la caridad y la verdadera humildad son capaces de obtener esto. Los que tienen el carisma de "pastor", es decir, de directores u organizadores, si

creen que ellos lo ven todo, lo saben todo y lo pueden todo, eso los lleva a odiar al Profeta, que es el hombre que ve. Entonces se les añubla el rumbo y se convierten en "ciegos guías de ciegos".

Por eso dirá uno:

No matéis los profetas,
No neguéis los carismas, sacerdotes.
Ellos tienen baquetas
Y ven cosas y encima ponen motes.
Dios nos libre de burros y sus coces,
Y de los hombres que se sienten dioses.

- IX -

Las Mujeres

Los fariseos despreciaban a las mujeres; y sin embargo tenían gran partido en ellas.

Alguno dirá que es lo natural, sobre todo si han leído a Nietzsche: "¿Vas a tratar con mujeres? ¡No olvides el látigo!"

Es cosa poco sabida y no obstante del todo cierta que Nietzsche, siempre que trató con mujeres olvidó el látigo; más aun, que no lo tenía. Por eso justamente escribió así. Dime de qué presumes, te diré de qué careces.

En realidad los fariseos defendieron a las mujeres, aunque fuera indirectamente contra la brutalidad natural de las costumbres y la liviandad de los saduceos al defender (por lo menos los de la escuela de Hillel) la estabilidad al menos relativa del matrimonio.

Ésa debe ser la razón. Eran los defensores de la regularidad y las "conveniencias"; y las mujeres necesitan más que el varón de las conveniencias.

Los fariseos eran en religión los representantes de la ortodoxia y la observancia. Yo no sé si las mujeres son más religiosas que los hombres; pero es obvio que son más devotas.

Las mujeres devotas son siempre muchas; y en algunos casos son poderosas.

Eso debe ser la explicación de lo que dice Josefo, que el pueblo seguía los fariseos "y sobre todo las mujeres". Porque por otra parte consta, y más cierto que lo de Josefo, que la secta mostraba hacia la mujer un desprecio arrogante.

Consta por el Talmud que anota la disputa o cuestión talmúdica de si un sacerdote quedaba o no impuro legal (es decir, si podía oficiar o no) por haber pasado tan cerca de una mujer que su sombra lo hubiese tocado.

Consta mejor aun por las mujeres del Evangelio: la escena de la adúltera arrastrada como una bestia asustada a los pies de Jesucristo por energúmenos armados de piedras; el desprecio de Simón hacia "Éste que se llama profeta" por permitir que la Magdalena llorase a sus pies; y lo que quizá es más revelador todavía, el asombro de los Apóstoles (ellos mismos tocados por el "fermentum") al ver a Jesús hablando con una moza de cántaro cerca de la fuente de Siquem. *"Se asombraron pero no le dijeron nada."*

Sin embargo muchas mujeres comenzaron a seguir a Jesús con toda devoción, abnegación y modestia; aunque en algún caso, como la Magdalena, hacían lo que podían. Y aun esto puede haber sido causa de un aumento de odio. Como la experiencia enseña, no son imposibles los celos (aun entre hombres religiosos) por la clientela femenina. "Éste trata con publicanos y con prostitutas."

El decir "trata con prostitutas" es una evidente hipérbole o exageración exclusivista por *"trata con mujeres; con todas; con la que sea."*

Es infalible también el resentimiento de la "devota" al no ser distinguida por el profeta y ser tratada por él

como las otras; Cristo las trataba a todas como a hermanas. "¿Qué le pasa a este hombre? ¿Ha perdido la razón?" Esa escena en Nazareth en que tratan de impedirle que salga porque "está un poco delicado, indispuesto", tiene punta de chisme femenino y medida prudente de parentela.

- X -

Como Ovejas sin Pastor*

El hombre se sentó sobre una piedra bajo la sombra rala de una higuera y de la acequia que allí formaba codo comenzó a beber con las manos el agua sucia y fresca. Uno de los segadores que venía a beber también se quedó mirándolo y se sentó también, sin quitar los ojos de él. El hombre preguntó:

—¿Por qué ponéis siete haces en esa forma, con dos encima al sesgo?

Señaló una parva. El campo estaba cubierto como de soldados en formación.

El segador lo miró y se puso a reír toscamente. Preguntó a su vez:

—¿Por qué no te cortas la melena?

—Es el uso de mi tierra —dijo el hombre

—¿D'on ets tú?

—D' en Galeleé —respondió en dialecto

—Te lo he conocido en la manera de hablar —dijo el rústico. —¿No eres fariseo?

El hombre sonrió pesadamente.

—¿No eres doctor, ni escriba, ni levita, ni arcediano? ¿No nos vienes a reprender que estemos trabajando en Sábado?

---

* Castellani no puso título a esta parábola.

—Estas dos orejeras de mi turbante no significan doctor —dijo el hombre. Soy solamente targumán.

—¿Qué es eso?

—Predicante libre.

El segador cambió la conversación.

—¿Quieres decir que no ves por qué hay que poner así las gavillas?

—¿Será para que si llueve no las penetre el agua?

—Eso lo sabe cualquiera —dijo el rústico

—No es difícil tu oficio entonces —dijo el hombre.

El segador se encocoró.

—Eso dicen ustedes los bien comidos —dijo.

El hombre sonrió de nuevo. Otro segador llegó lerdamente y le hizo a su compañero un signo airado, que él respondió con otro. Los dos eran parecidos, pequeños y flacos, desmedrados, las canillas como dos cañas sobre las rotas almadreñas. El primero se levantó y bebió. Después dijo:

—¿Qué oficio tienes tú?

—Fui carpintero.

—Esos están bien comidos

—No siempre. Hoy no he comido todavía...

—¿Cuánto te pagan por predicar?

—Nada. Soy predicante libre.

—¿Cómo vives entonces?

El hombre señaló a los gorriones sobre la parva:

—¿Cómo viven esas aves del cielo?

—¡Toma! Pues de lo que apañan por ahí.

—Yo vivo de lo que me dan; de lo que cae.

—No pareces ayunar mucho.

El hombre se había levantado y avizoraba el camino. Otros tres segadores se unieron al grupo. Al llegar uno guiñó el ojo y los otros hicieron gestos convenidos. El

hombre era alto y bien formado, les llevaba una cabeza a todos. Uno dijo:

—¿Qué buscas?

El hombre respondió a la pregunta anterior:

—El Padre Celestial nos alimenta. Ayuno cuando es necesario.

—¡Mira! —dijo uno extendiendo el brazo. Era escuálido y huesudo. En el torso desnudo se le veían las costillas.

—¡El oficio nuestro no es difícil! —exclamó el primero. —Sí, para los bien comidos no es difícil. Para el Idumeo.

Los otros escupieron en el suelo.

—Comida tenemos pero no tenemos gana.

—¿Por qué?

—Demasiado trabajo.

El hombre dijo lentamente:

—Es un oficio sano. Como el de pescador. Al aire libre, al sol, en contacto con la tierra vivificante. Doblados sobre la tierra, sí, doblados como escuadras. Al venir hacia aquí os veía doblados sobre la tierra. Yo también me he doblado sobre los maderos, en el banco. Pero aquí está el cielo azul y el sol ardiente, los prados, las amapolas. Load a Dios.

—Demasiado trabajo —insistió el otro. Si fuésemos la docena o por lo menos los diez... Pero siete es poco. Trabajo de sol a sol, sin parar. Y en tiempo de la siega hay que trabajar el sábado —y de noche. Sin respiro todo el año. Recoge, ara, abona, siembra, escardilla, siega, trilla, ata, y empezar de nuevo. No se puede. Nos consumimos. Y el sacerdote a gritar porque trabajamos en sábado. ¿Por qué no le grita al Idumeo?

—Yo no piso más la Sinagoga —dijo uno, y escupió, haciendo muchas muecas. Éste era el único gordito. Cojeaba.

—¿Qué tienes en el pie? —preguntóle el hombre.

—Un macho. Una coz. Maldito sea. Me deshizo la rodilla. ¿Y esto es oficio? Esto es esclavitú.

- XI -

Un Galileo de la Psicología

Existe un Galileo de la Psicología. Un precursor de Pierre Janet que tuvo que retractarse delante de un Inquisidor de tener más talento que la Inquisición. Solamente que por haberse retractado enseguida (hizo bien) y por no tener sus obras el alcance universal del cascarrabias toscano, el Cardenal Pietro Petrucci es apenas conocido.

Su caso se puede leer "per longum" en las cédulas del Cardenal Casanata, Códex Casanata, Nº 310, sección manuscritos, Archivo del Vaticano. De rodillas delante del Cardenal Cybo (pronunciar "chivo") delegado del Papa Inocencio IX (el atrabiliario Doria que nos dejó divinamente caracterizado Velázquez) tuvo que confesar que había "errado gravemente en 54 proposiciones extraídas de sus obras impresas, las cuales, no por temor ni miedo movido (¡macana!), sino espontáneamente y libremente reconocía como falsas, malsonantes, temerarias, escandalosas, peligrosas, perniciosísimas, próximas a las de Molinos, tirantes a herejía, blasfemas, injuriosas a la Humanidad de Cristo y a la Providencia de Dios... y dignas de otras diversas censuras..."

Esto pasó el 7 de mayo de 1687. No sabemos lo que le aconteció después al manso obispo de Esina. Quizá quedó aplastado para toda la vida. Quizá se irguió con coraje y siguió trabajando más que antes.

Hoy día no es necesario ser "grand clerc" en Psicología para percatarse que el Cardenal Pedro Mateo, director de monjas, era un varón dotado de intuito psicológico, en tanto que su censor era un ignorante vulgar y silvestre y un mandón prepotente.

El Cardenal se puso a enseñar (quizá imprudentemente —no lo sé) la oración que llama Santa Teresa "de recogimiento" y pone en la Tercera Morada en cartas espirituales que después imprimió. Puede que haya sido imprudente en "imprimirlas". Pero ciertamente imprimió la verdad y no el error, como le impusieron decir sus jueces. Todas las proposiciones condenadas de esas cartas extraídas, si se interpretan con benignidad o al menos sin ojeriza, pueden atribuirse a Santa Teresa, al beato Suzón, a Taulero sin gran dificultad. Pero en esto no me hago fuerte, la mística no es mi fuerte. En todo caso, que aprenda por sonso a meterse a desasnar monjas. Quiero ocuparme de las proposiciones psicológicas. Sin embargo, ya que estamos aquí:

PROP. 23.- *"La regla de las reglas para vencer toda suerte de tentaciones, es el servirse con la ayuda de la divina gracia de la libertad de las potencias espirituales y especialmente de la voluntad, teniendo firme el albedrío en este punto: quiero amar a Dios."*

¿Qué hay de malo en esta aserción? A mí me parece santísima y exacta, Dios me perdone si soy herético; anoser la excesiva extensión de decir "toda suerte de tentaciones". Pero ¿por qué "temeraria, peligrosa y

perniciosa en la práctica"? —como dijeron todos los censores excepto Pérez. Pérez dijo lo mismo que yo diría : "non censurabilis". ¿Quién es Pérez?

Hay un censor español entre los cuatro teólogos que censuraron a Petrucci que honra la cordura de los españoles, y eso que éstos, respecto de los italianos, tienen más bien fama de fanáticos o arrebatados. Pérez disiente de los otros casi siempre, y casi siempre entiende indulgentemente y absuelve, o al menos nota con delicadeza y exactitud. Los otros —"céteri"— descargan andanadas de pez y azufre.

Por ejemplo, Pérez califica simplemente de "hiperbólica pero no digna de censura alguna" una proposición que llaman los otros "periculosíssima et perniciosissima". Es ésta:

11.- *"La nada es el modelo de la vida mística. ¿Cómo estaba ella antes que Dios crease el mundo? ¿Pensaba en sí misma y curaba de sí? ¿Apremiaba al Creador hacia su gran obra? ¿Exigía recabar, cuando fuese creada, esta o aquella condición? Ciertamente, no."*

Aplicado a los dones de la oración, esto lo dice San Juan de la Cruz. Esto está escrito mil veces, y con más hipérbole todavía, en los grandes místicos ortodoxos, desde San Bernardo hasta Santa Teresita.

Pero en fin, eran los tiempos de Molinos, la Curia estaba agitadísima, y el buen Cardenal Petrucci, meridional, exagera un poco al escribir. Sobre todo ¡ese Molinos!

Molinos Miguel, sacerdote español (1628 – 1696) fue un enfermo. Tuvo una neurastenia sexual. Antaño murió en las cárceles de la Inquisición. Hogaño sería Presidente Vitalicio de alguna Sociedad Teosófica. En realidad, lo indicado para él era una clínica. A falta de

clínicas psiquiátricas, la cárcel de la Inquisición sirvió para que al menos muriese confesado.

Molinos describe su enfermedad con precisión casi técnica en su *"Guía Espiritual"*, dándola, para su desgracia, como un alto efecto de la más sublime vida mística. "Ley de Compensación" llaman hoy eso. O producto de su enfermedad nerviosa, o engaño del demonio, debe haber tenido también estados místicos pasivos, veros o falsificados, como pasmos o "ausencias", o quizá esa languidez y apatía general que Santa Teresa, grande experta, trataba por medio de la alimentación intensiva. A menos que no sea mera mistificación y mimetismo de los místicos reales. No lo parece. Algo auténtico y sincero parece haber en el cuitado.

Junto a la masturbación involuntaria aunque consciente (neurastenia sexual), que él complicó inútilmente fornicando con algunas locas como él, persuadidas previamente que no había en ello mal alguno para los poseídos del divino amor —Molinos ostenta el otro fenómeno de la oración pasiva. Llegada a un grado evidentemente absurdo, y probablemente fingida, y mezclada con la sensualidad enferma; lo que llaman hoy "sentimiento mixto" y "aprovechamiento de la enfermedad".

Pudo hacer un mal enorme en su tiempo, y quizá en parte lo hizo. A falta de clínicas psiquiátricas, la cárcel era lo mejor para él y desde luego para la sociedad. Era un loco suelto con mimetismo de santo; en el fondo, un perverso.

Pero Petrucci, a juzgar por sus obras y por su vida, era una cosa diametralmente distinta. Fue arrastrado

en la estría de su túrbine por una semejanza lejana externa y aparente. Por ventura fue un buen director espiritual, désos a quienes les da un poco demasiado por la mística, mística que conocen más bien de memoria, como mi amigo el R.P........... Perdón. Casi cometo una indiscreción.

En todo caso, las proposiciones que más lo aproximan a Molinos, y que destiñeron sospecha sobre todas las otras "non censurabiles" (como dice Pérez) revelan simplemente un hombre con sentido común y penetración psicológica que se encontró delante de un caso (o varios) de obsesión psicasténica y que los resolvió bien. Eso sí, cometió la incautela de publicarlos, transformarlos en proposiciones abstractas. Pero es el verdadero descubridor histórico de la psicastenia. Casi todos los verdaderos descubridores la pagan caro. La patente de profeta es elevada. "El que tiene razón un día antes, durante 24 horas es loco."

No hay que hacer doctrina general de lo que es excepción. Pero Petrucci precorre a los actuales psicólogos patologistas.

Las proposiciones 30 a 37 (en el índice de las 54 que le enrostró el Cardenal Chivo) dicen que Petrucci se encontró con el caso de personas que sufren impulsos violentos a la blasfemia, a la coprolalia, o incluso a actos obscenos —que nunca o casi nunca cumplen— y son por otra parte rectas, honestas y buenísimas. Estos accidentes, que suceden en una especie de confusión y obnubilación del ánimo, las atormentan muchísimo. Acuden hechas una miseria a quien tenga piedad para escuchar y comprensión para facilitar la difícil confidencia. "Pasan vida triste", como dice Juan de Yepes.

Pero por lo mismo merecen piedad y necesitan especiales cuidados.

¿Qué dice hoy Pierre Janet a los tales? —Son síndromes psicasténicos, "obsesiones". Su mecanismo psicológico es simple, lo entiende un gandul del bachillerato. Su cura no es tan simple. Pero en fin, no hay que desesperarlos complicándolos con remordimientos o cuestiones morales, porque son síntomas más somáticos que morales. Haga este tratamiento y esté tranquilo se les dice hoy.

—¿Qué dijo Petrucci? —Lo mismo más o menos en su lenguaje.

Todo eso son tentaciones del diablo, el cual puede poseer parcialmente al hombre —si es de fe que puede poseerlo totalmente (31, 36). Pero no las anden contando a cualquiera (por ejemplo al Cardenal Cybo) porque no todos son capaces de comprender, y algunos se escandalizarán y otros les darán consejos desesperantes (32). No se aflijan demasiado, como si fuese un horror; si no consienten con ellas, no hay pecado, que es lo más importante (33). Incluso si llegan a blasfemar de hecho, no se espante demasiado el confesor de esas almas atribuladas (enfermas). Es una prueba de Nuestro Señor, que así purifica esa alma a martillazos para inserirla después en los muros de la celestial Jerusalén —dice Pettrucci.

Hasta aquí el buen Cardenal es la cordura misma. Después viene al caso mismo que él trató, de una "doncellita" (verginella) que parece cuando perdía el control se ponía hecha una harpía. Quizá el manso Cardenal la juzgó con demasiada benignidad, lo cual es soberanamente disculpable para una "verginella". Quizá lo tomó demasiado por lo espiritual y por la ley

general sin notar bastante lo patológico y excepcional. Ciertamente erró (aunque no gravemente) en creerlo una *"elección"* y una gracia (*"il Signore tremendamente la purifica per altamente coronarla"*) cuando en realidad es una desgracia.

Una desgracia que, bien llevada, es claro que puede convertirse en mérito; y quizá eso era el caso en este ejemplo particular. Pero una gracia que no hay que desear a nadie.

En todo caso, el director no se equivocó, observó bien, aconsejó cuerdamente. Pero el idiota del juez falló que la observación empírica del confesor era "temeraria, ofensiva a los oídos píos, escandalosa, perniciosa en la práctica, blasfema y ofensiva a la Providencia, Sapiencia y Bondad de Dios" (¡Idiota! Es una cosa que *de hecho* existe, venga a verla si no la ha visto. "A priori" no la puede Ud. negar). El único que imperturbable falló que "no merece censura" fue el admirable Pérez.

Los que son de veras blasfemos, perniciosos en la práctica y ofensores de la divinidad y sobre todo de la humanidad (es lo mismo) son esos badulaques prepotentes y abstractos que en nombre de dogmas mal entendidos quieren negar con la violencia hechos bien observados: los jueces de Galileo.

Según este juez tonto, que se sustituye a Dios y se hace Padre Eterno, como suelen los tontos con poder, habría que decirle a la desdichada esta enormidad: "Cada vez que blasfemas, pecas gravemente, aunque no quieras pecar y no puedas impedirlo. Lo contrario sería contrario a la Providencia y Bondad de Dios."

¿Qué cosa puede haber más contra Dios que esta enormidad de fanático mandón y obtuso?

Los representantes de Dios, cuando no son inteligentes, o en su defecto muy humildes, tienden a tomar el puesto de Dios y a identificarse con la Deidad. La Deidad es como ellos, piensa como ellos, y en realidad está en ellos, cuasi hipostáticamente. Confunden el dogma de la Iglesia Visible con el dogma de la Encarnación.

¿Qué hizo Petrucci? Se sometió, se puso de rodillas, pidió perdón, reconoció sus errores (siempre tenemos errores), retractó sus asertos, aceptó la penitencia y se mandó mudar. Bien hecho. Le tiene que haber costado muchísimo. Pero hizo bien.

Alguno dirá que fue falta de carácter, cobardía y vileza de ánimo. No lo crean. Hay situaciones que lo mejor es salir de ellas cuanto antes y a cualquier costo; y una de ellas es la de estar en las manos de tontos engreídos, de "Superiores briosos y sin letras", como decía el P. Mariana.

Si el Cardenal sospechoso de molinismo hubiese recalcitrado, si se hubiese defendido, si hubiera escrito largos memoriales justificando el recto sentido de sus escritos, si hubiese apelado al Papa, si se hubiese quejado amargamente de la *falta de corazón* de la Iglesia, si hubiese tratado de obtener de Inocencio IX una audiencia *por sorpresa* para explicarle su caso, estaba listo. Lo hacían polvo.

Las Curias son tremendas en la cuestión de la herejía. A las Curias se les escapan los herejes grandes, pero atrapan a los herejes chicos, sobre todo, a los herejes buenos; los cuales, a causa de su conciencia, no osan ni mistificar ni tomar el portante. Recordemos al pobre

San Juan de la Cruz en su cárcel de Toledo, tratado peor que el peor de los herejes; aunque éste, no siendo sonso, acabó por tomar el portante: medio muerto ya, es verdad. Huyó. Le salió bien la huida, aunque casi se mata. Él dijo que la Santísima Virgen se la había inspirado; y no hay por qué dudar de ello.

Lo mismo hizo Petrucci, huyó a su manera; "conociendo y confesando que he errado gravemente, personalmente arrodillado delante de Vos; Emmo. Señor Cardenal Cybo, porque 54 proposiciones *falsas*, malsonantes, temerarias, escandalosas, peligrosas y con otras más graves censuras respectivamente condenables por inadvertencia e ignorancia escribí y afirmé en mis libros ya impresos..." *¡Ignorancia!* Pobre Cardenal Petrucci. Como todo hombre de estudio, no gustaba ni de mandar ni de obedecer, y era inhábil por altura intelectual para los enredillos de la política. Porque podéis jurar que detrás de estos errores (no del reo sino de los jueces) —y yo apostaría cualquier cosa— había un enredillo político, un brote de fariseísmo. Siempre lo hay en esos casos. ¿No habrá habido la intención —seamos un poco maliciosos— de liquidarlo como *papable*? Detrás de estas garrafales metidas de pata siempre hay algo turbio.

El caso es que el cardenal napolitano hijo de Giambattista Petrucci fue más flexible aunque quizá menos digno que su contemporáneo el infeliz Arzobispo de Toledo Bartolomé Carranza, y menos cascarrabias que Galileo y se libró de las manos del Santo Oficio con una arrodillada y el gran sonrojo de declarar falso y pernicioso lo que en su fuero interno seguramente sentía que era la verdad, "eppur si muove".

Después de lo cual (si no me engaño, aunque aquí nada dice la historia) lió sus petates, sacudió sus zapatos con hebilla sobre la Reverendísima Curia, se volvió a su diócesis de Nápoles, y escribió el siguiente soneto —o lo que sea:

San Juan de la Cruz Yepes se fugó del convento,
Y eso que era un convento de Felipe Segundo.
Bartolomé Carranza murió como un jumento
Por creer que existía justicia en este mundo.

San Teresón fue cuatro veces excomulgada
Por los que hoy le levantan altares con "cepillo".
Santa Taís, mi santa, se murió emparedada
En un decoro de oro tintoretto amarillo.

Porque es riesgoso hoy día buscar resurrecciones.
Resucitar es cierto que será un gran consuelo,
Pero hay que pasar antes clavos y escupitones,
Y ser izado patas arriba para el cielo.

La Madre Iglesia tiene bien los pies en el suelo.

- XI -

La Cárcel de Oscar Wilde[15]

Dos años de cárcel en Reading aniquilaron a Oscar Wilde; y sin embargo, él se buscó esa cárcel. Hay aquí un doble misterio. ¿Por qué se expuso y (por decirlo así) se precipitó a la cárcel? ¿Cómo dos años de reclusión, tuvieron un poder tan excesivo sobre tan clara inteligencia? Se comprende que hubiesen arruinado el cuerpo. Pero ¿cómo aniquilaron también el talento? *La Balada de la Cárcel de Reading* es su canto de cisne. Después *no pudo* literalmente escribir más.

La respuesta vulgar que anda en las antologías no satisface a la inteligencia, antes la acucia... "Era un hombre refinado, delicado, afeminado, muelle; desafió por fanfarronería, por temeraria frivolidad la opinión pública y después no pudo mantener el golpe. En suma, fue un deschavetado que jugó con fuego, y naturalmente, se quemó... Todos los que adoptan la divisa de Nietzsche 'vivir peligrosamente', acaban mal."

El riesgo no se debe temer demasiado pero menos se debe buscar por gusto. Es cosa clara... Como le dijo el

15 El 11 de diciembre de 1948 Castellani anota en un cuaderno: "He acabado como Oscar Wilde con *La Balada de la Cárcel de Reading* y el *De Profundis*."

médico psiquiatra que lo visitó en la cárcel: "Ud. posee una enorme belicosidad, una fantástica propensión a la pelea, como buen irlandés; y no tiene fuerzas... Y además, es cicloide: cuando está en euforia se siente capaz de desafiar al mundo entero; cuando está en depresión, plañe como un niño enfermo..."

Todo eso es verdad, pero... "Muelle y delicado..." —"Oscar Wilde, lo compadecemos porque debe Ud. sufrir mucho más que nosotros..." — He aquí la explicación superficial en boca de uno de los presos que iba detrás de él en la fúnebre fila que paseaba en el patio horrible. El poeta contestó sin volverse: "Todos somos igualmente desgraciados." He aquí la respuesta profunda, la verdad fundamental a que había llegado el gran "dandy" a través del dolor, que expresó después en aquel lacerante poema. Estaba prohibido hablar en esos lúgubres paseos. Wilde no pensaba entonces más que en suicidarse. La muestra de misericordia de un miserable, y su súbita respuesta metafísica lo revulsionaron. "Desde aquel momento, ya no sentí la obsesiva impulsión a matarme", añade él al contar la anécdota preñada de sentidos.

Esta respuesta constituye el fondo del poema:

"Dear Christ! The very prison walls
Suddenly seemed to reel,
And the sky above my head became
Like a casque of scorching steel.
And though I was a soul in pain,
My pain I could not feel..."[16]

---

[16] Cf. Traducción en p. 124.

Este poema terrible es su obra más grande porque es un grito de su alma y no un juego de su imaginación solamente; es su única obra de arte, pudiéndose decir que todas las demás fueron obras de artificio.

Para escribir ese poema humano, en donde depuesta su *pose* de esteta, habla el hombre, el mísero mortal bajo el peso del dolor, que como Job, compone con las entrañas, buscó Wilde la cárcel, o bien otro desde el fondo de él la buscó por él. Ese contacto cauterizante con la verdad profunda quemó para siempre al otro artista que trabajaba con la mentira o por lo menos con la ficción. Lo volvió sinceramente religioso, y el artista que había en él era pagano. Pereció el artista, el artífice, el orfebre.

Pero Wilde, como Verlaine, no logró convertirse del todo, a semejanza de la antigua y ambigua conseja del fauno que fue bautizado. Cambia de nombre pero no puede cambiar su naturaleza. Disputan en él Wilde y Melmoth, sin poder reconstruir jamás al O'Flahartie de la infancia, "Wilde me mira en el espejo de tal modo que hay días en que llega a hacérseme insoportable y me tengo que afeitar sin mirarme, dándose Melmoth grandes tajos en la cara..."

Una cárcel inglesa para ese gran sensitivo, que había vivido en todas las blanduras del confort, todos los refinamientos del lujo, los halagos de la vanidad, y las ventoleras del capricho, el "rey de la vida" como amaba denominarse, es algo horroroso indudablemente. Pero él venció los dos años de cárcel físicamente, no lo mataron, no lo enfermaron gravemente. Lo que no pudo vencer su yo orgulloso y voluntarioso fue a Dios, con quien luchó como Jacob, quedando cojo para siempre; no pudo vencer las dos veces dos mil años de

Purgatorio que comenzaron entonces, conforme él decía: "desde el año 2.000 antes de Cristo hasta el año 1897 después de Cristo"; es decir no pudo dominar ya nunca más la deyección que le produjo el ver en el ídolo a quien había servido la asquerosidad que él había sospechado.

Cuando sale de la cárcel Melmoth y Wilde a la vez buscan a Francia, el país católico y el país artista, Bretaña y París, las capillitas de la Virgen sembradas sobre las dunas de Calais y los cafés bohemios y ajenjosos de la ciudad–lumbre, donde como en otro tiempo se había encontrado con Verlaine y ahora se emborracha con Rubén Darío.

Pero ahora, él es Verlaine, el lamentable desterrado de este mundo, el herido para siempre por una palabra de Ángel. Dios para salvarlo lo había sumido en la noche oscura del sentido, destrozándole toda su armadura y dejándolo en cueros vivos y en carnes vivas. ¿En pago de qué? En pago de haber tenido el coraje de enfrentarse al fariseísmo. ¿De dónde nació ese coraje? De su sangre irlandesa, atávicamente católica.

Baudelaire, Leon Bloy y Oscar Wilde desembocan en la fe a través del pecado; y son aplastados por el fariseísmo, por no otra razón que la de rehusarse a servirle, en virtud del privilegio de libertad del artista, del cual privilegio natural se erigieron en dolorosos defensores, siendo así que no tenían nervios para campeonatos.

La aristocracia inglesa de fines del siglo XIX tiene todas las morbideces y la esplendidez de un crepúsculo. En medio de ella surge un muchachito irlandés educado en Oxford, hijo de una ricahembra literata y politiquera de impulsos libertarios y de gustos refina-

dos y mórbidos. El muchacho tiene un ingenio portentoso y un plante principesco, que parece descaro e impertinencia y es en el fondo mera defensa. Triunfa.

¿Triunfa? Eso se verá.

He aquí un artista en medio de una sociedad puritana. El arte es la libertad, el "juego" de la inteligencia. El puritanismo es la convención, la podredumbre del corazón bajo el antifaz de fórmulas morales y devotas[17].

El puritanismo rico pide al artista que lo divierta por dinero y aplauso. El artista lo divierte para vivir, burlándose de él a sotabarba; porque su inteligencia se desahoga en paradojas e ironías donde afirma insolentemente su libertad, el derecho de su nacimiento. Escribe comedias victorianas, donde la virtud de Lady Windermere sale triunfante y esplendece detrás de su abanico; pero esas comedias chisporrotean de aforismos desenfadados, de paradojas brillantes que

---

17 «Moral cerrada es la que pone todo o el mayor peso en lo exterior y descuida lo interior. El ejemplo típico es el de los Fariseos, a los cuales dijo Cristo: *'No lo que entra en el hombre mancha al hombre* (refiriéndose a los alimentos prohibidos de los judíos) *sino lo que sale del hombre; porque del corazón del hombre salen los malos pensamientos, los odios, las mentiras, los adulterios, las venganzas. ¿Por qué ponéis tanto empeño en limpiar las afueras del vaso cuando lo interior está lleno de inmundicia? Limpiad primero lo interior y después lo exterior se limpiará solo.'*

«No penséis que eso se ha acabado: la moral puritana en Inglaterra, la moral jansenista en Francia, la moral de Kant y la moral laica, fueron (y son) morales cerradas; y eso existe también entre católicos; existen gentes de moral cerrada, cuyas normas tiran más a lo correcto, a lo irreprochable, a los convencionalismos incluso, que a la caridad y a la verdad. O sea, es la Moral de la Ley, que decía San Pablo, no la moral de la pureza de corazón y la caridad.» (Castellani, *Domingueras Prédicas II,* Epifanía).

rozan el cinismo. Escribe *El retrato de Dorian Gray* que es calificado hoy por la A.C. como "novela inmoral" y es una gran parábola católica de un gran moralista excéntrico.

"La esfera del arte y la esfera de la moral son absolutamente distintas e independientes."

"El fin del arte no es la verdad simple, sino la belleza compleja."

"Ningún buen artista es enfermizo. El buen artista puede expresarlo todo."

"Para el artista vicio y virtud son instrumentos, el fin es la belleza."

"Más de la mitad de la cultura moderna viene de lo que no debería leerse."

"Lo que el público llama una novela insalubre, es siempre una obra de arte sana."

"El hecho de que un hombre sea un asesino no dice nada contra su prosa: las virtudes domésticas no son las bases del arte."

"Las personas verdaderamente religiosas se resignan a todo, hasta a la poesía mediocre."

"Los malos Papas amaron la belleza casi tan vivamente com los buenos Papas odiaron el pensamiento."

Su ingenio y su dandismo triunfan. Su comedia es representada en tres teatros a la vez. Él las posa de rey, y realmente se cree "el rey de la vida". Lo llama el público a escena para ovacionarlo y él dice negligentemente. "Estimado público: veo que mi comedia les gusta. A mí también me gusta." Va a Norteamérica a dar conferencias y dice lo que se le antoja. Va a París a vincularse con la *highlife* de la literatura *universal* (en el tiempo en que el pobre Hernández escribía en Montevideo el *Martín Fierro*) y escribe expresamente para

Sarah Bernhardt un drama en francés *Salomé*, eufuista, alquitarado —y aparentemente "tarado". Pero por más que pose de "amoral" e inmoral su pensamiento, como el de Baudelaire, es fondalmente sano, es decir, tiene una "buena teología"; en suma, es inteligente y es irlandés, ¡no va a escribir la *Santa Teresa* de su amigo Catulle Mendès, ciertamente! Se casa y tiene dos hijos; pero aunque idolatra a su mujer, dice que no cree en el matrimonio. Un Bernard Shaw antes de tiempo, con la diferencia básica de que Wilde sigue la corriente del siglo en la superficie y la resiste en el fondo, mientras que su sucesor la sigue en el fondo y la zahiere en la superficie; uno es ortodoxo con cara de hereje y el otro es hereje del todo.

El instinto puritano de la sociedad inglesa no se engaña: a Bernard Shaw lo festeja y le perdona todo, a Wilde se le revuelve como una víbora. Eligieron bien el punto de mordedura: ¡sodomita! Si lo fue o no lo fue "el hombre del clavel verde", poco importa. Dios solo lo sabe. Para el caso es igual. Constitucionalmente no lo fue, por cierto; aunque todos podemos ser cualquier cosa, si se tercia, pues dice Freud que de nacimiento somos los mortales "perversos polimorfos". En la obra diletantesca de Wilde era fácil encontrar un soneto que hablaba del

"Amor que no ha de osar decir su nombre",

y en su conducta una amistad ambigua, insolente y despreocupada con un joven lord. Lo provocan sabiamente: escriben en un vidrio del Albemarle Club con un diamante un "graffito" digno de una letrina. El marqués de Queensberry, padre de lord Douglas, deja a la vista en el Club una tarjeta que dice: "A Oscar

Wilde, que posa de sodomita." El guante estaba echado. El orgulloso artista podía despreciar el insulto y proceder con más cautela. Pudo dos veces marcharse a Francia, antes y después de la sentencia, en el yate del americano Frank Harris que así se lo aconsejaba y se lo rogaba y era lo prudente; aunque no "lo místico". Wilde conforme a su singular temperamento toma el toro por los cuernos, y establece contra el magnate agresor una demanda por difamación en los Tribunales. Eso; diría Sócrates, que tampoco quiso huir de la cárcel, se lo inspiró su *demonio.*

Estaba perdido. Había caído en la "trampa del tonto". El viejo lord "está alegre como un cazador", dice Gómez de la Serna. ¿Cuándo no?

Hay momentos en la vida en que uno se siente en una posición falsa y hay que ir avante y dar un manotón en la cortina a ver qué hay detrás, aunque haya lo peor; supuesto que nada hay peor que vivir en una situación de ficción, que es como habitar sobre arena movediza. El hastío es el indicador de esos momentos, el tedio, esa profunda inapetencia y parálisis del alma que se siente cansada de todo. El autor de *El arte de hacer enemigos* estaba en uno de esos momentos. Es un, es *dandy* decir, un falso gran señor; pero es un dandy en serio. No es tímido sino acerbo: "Mi deber es divertirme terriblemente. Sobre todo, nada de dicha. Hay que desear siempre lo más trágico."

En la vista de la causa se comporta como Sócrates; que también fue acusado de sodomita: hace ironía, que es lo mejor que se puede aconsejar para irritar a los santulones... ¡Esos jueces ingleses, terriblemente solemnes! ¡Cómo que están salvando nada menos que la moral...!

"—¿Bebe Ud. Champagne?
—Me lo prohíbe mi médico.
—Dejemos ahora al médico.
—Siempre lo he dejado.

Asistimos a la lucha entre dos idólatras y dos ídolos, el ídolo de la Moral y el ídolo de la Belleza. Por supuesto que hablamos de la "moral social", Wilde era en la realidad más moral que sus jueces probablemente. El ídolo de la Moral lo puede al ídolo de la Belleza. En la guerra de Troya la virago Minerva golpea a la chiquilla Venus como a una gallina.

En los clubs de May Fair se frotan las manos: "Ha caído en la trampa del tonto." Pero el irlandés permanece fiel a su ídolo: en el banquillo de los acusados hace arte, representa su mejor comedia: "Mi tragedia es que he puesto mi ingenio en mis obras, mi genio en mi vida." Pobre Wilde. No era un genio. Era un gran ingenio. No había puesto nada en su vida, hasta entonces al menos. Pero instintivamente quería ponerlo todo.

"—¿Qué piensa Ud. de Dios y del mundo?

—*Pienso que el mundo está para acabarse, porque la mitad de la humanidad no cree en Dios y la otra mitad no me cree a mí.*"

"—¿Qué se puede hacer con un hombre que responde así sino condenarlo? —como decía Melitto de Sócrates. —¿Y qué necesidad tenemos de testigos?"

Pero Wilde no sabía que el último acto de la comedia era inllevable para él: no hay dandismo que aguante una cárcel inglesa, ni siquiera sostenido por la tozudez irlandesa. Campanella aguantó 26 años de cárcel, y siete torturas, escribió 40 libros y salió más obstinado que antes; pero eran otros tiempos y otros hombres, Campanella no era un *dandy* sino un monje.

Su ídolo lo había de abandonar en la cárcel de Reading. Todos los ídolos abandonan.

Su ídolo le había inculcado el dogma de que el Artista debe tener toda clase de experiencias, pues todas pueden convertirse en Arte. La verdad es que sólo las experiencias que están en la línea de la Providencia y dentro de nuestra misión personal son rectamente convertibles en cosa útil.

Pero toda experiencia es convertible por la gracia de Dios en instrumento de salvación personal.

"God bless you, poor little lamb!"

Esta larga dura y excéntrica meditación sobre la Providencia y la tristeza y la maldad que "constituye" (diría Wilde) el fondo del hombre cuentan que enterneció a las solteronas inglesas y por medio de ellas contribuyó a lenificar la dureza medieval de las cárceles británicas. Puede ser. Lo dudo: las solteronas odiaron al "inmundo" con toda la fuerza de sus profundos corazones. Una de ellas le escupió en la cara.

La balada de la Cárcel de Reading es su obra maestra, la pieza más dura de la poesía religiosa moderna.

El artificiosísimo retórico de *Salomé* escribe ahora con el alma y con palabras tan directas como gritos y tan monótonas como el musitar vedado de los presos sin abrir la boca y sus pasos lóbregos girando en rueda por el patio de asfalto "para hacer ejercicio físico".

"Todos somos igualmente desdichados." Al mísero tahur o rufián que le musitó en la rueda girante de condenados la misericordiosa palabra que lo salvó del suicidio: "Wilde, sabemos quién es y lo compadecemos porque sufre más que nosotros" lo llevaron con Wilde al alcaide por hablar en tiempo de silencio. Como

el que iniciaba la conversación tenía mayor castigo, los dos dijeron que la habían iniciado, sin mentir ninguno de ellos: todo el aspecto de Wilde era una palabra. El alcaide impuso a los dos la pena máxima. En lo cual fue también lógico.

"El pobre carecía de imaginación —comentó el poeta.

Esa frase "todos somos igualmente desdichados" es el fondo de esa gran elegía, que el poeta tituló *Balada,* el canto de las fiestas en Francia... Es un balido.

Pues todo hombre mata lo que ama,
Y esto que lo escuchen todos.
Uno con una mirada acerba,
Otro con un tierno apodo,
El cobarde con un beso,
El valiente de otro modo.

El poema se abre con un planteo de su tema (o de la "ocasión" de su tema, la imagen del condenado a muerte) digna de Dante y José Hernández. Lástima que todo gran poema sea intraducible:

No llevaba él su cota roja
Porque rojo es sangre y es vino,
Y sangre y vino como había en sus manos
Junto a la muerta cuando vino.
La pobre muerta a quien amaba
Y en su lecho fue su asesino.

Marchaba en medio de los custodios
En mameluco sucio gris,
Un gorro sportsman en la testa
Y un paso ligero y feliz.
Mas nunca vi un hombre mirando
Más socarrón el sol de Abril.

Y nunca vi a nadie mirar
Con ojo más tunante
Arriba a la tiendita azul
Que llama cielo el chironante
Y con velas con bordes de plata
A cada nube navegante.

Yo andaba con las otras almas
En pena en otro barreño
Y cavilaba si habría el hombre
Hecho algo gordo o pequeño.
Atrás una voz musitó bajo:
"Este tipo va al dulce leño."

¡Jesucristo! Las mismas murallas
Se bambolearon de repente,
Y el cielo se volvió en mi testa
Un casco de acero candente,
Y aunque yo era un alma en pena
¡Ay!, mi pena ya no se siente...

El sutilísimo retórico que se gloriaba de no haber repetido ningún adjetivo en un cuento acude aquí a la repetición de palabras, imágenes, versos y estrofas enteras, como un doblar de campanas, a las frases rudas y gruesas del pueblo, a las rimas internas, al metro popular, monótono e insistente de antes de Shakespeare, Milton y Ricardo Crashaw. Es que esto ya no es un cuento, sino una pura visión intelectual que se traduce ella sola en imágenes. Su antigua retórica ha quedado atrás; pero no ha desaparecido: la paradoja, el dicho agudo y la metáfora exquisita de extraño gusto inglés, fuerte como el "gin".

Es el infierno del presidiario lo que se levanta ante nosotros, pintado con luces de pesadilla. El purgatorio del presidiario nos lo dio a los argentinos solos, viril y tierno, el hijo mayor de Martín Fierro.

Es el infierno del remordimiento y de la pena sin remisión, la "última pena", repicada con el doble enloquecedor de insistentes y ásperas campanas. Pero Wilde hace descender a Cristo a los infiernos. Él solo podía hacerlo. Él sentía el horror de todos más que todos juntos, como afirmó con verdad el otro rufián. Como poeta en su alma de cristal se reflejaba el dolor de todos, el dolor del hombre.

> And the wild regrets, and the bloody sweats
> None knew so well as I,
> For he who lives more lives than one,
> *More deaths than one must die...*

El "rey de la vida" se había convertido en el rey de la muerte y él sabía que era justo.

> La vida de poeta es de cristal
> Porque se ve todo al través, y suele
> Romperse porque es un cristal que duele,
> Vibrátil como un vímen[18] y vital.
>
> Diafragmada película de esquema,
> Abierta a las imágenes del orbe,
> Todo lo trasparenta lo que absorbe,
> Púrpura retiniana que se quema...

Como dijo uno; y a propósito de la "prudencia" del irlandés se podría añadir:

---

[18] Mimbre.

Y en la época nuestra deliciosa
El mal oficio tiene menos baza,
Es lo mejor para él quedarse en casa
Y resistir los vuelos de la diosa.

Aunque ya sé que este experimentado
Consejo mío no será seguido,
Y alondra frágil al primer silbido
Seguirá su señuelo iluminado.

La descripción de la Penitenciaría por el hijo de Martín Fierro, tan profundamente sentida, es un rosario de la aurora al lado del cuadro de Wilde. Ni Dante ha conseguido pintar el Horror con esta luz de azufre, el horror interno, la trituración del alma. Pero el poeta triunfa de su horror tomando la mano de Cristo; de otro modo no hubiese podido describirlo sino solamente sufrirlo, o sea sucumbir a él. Solamente con el dolor "superado" es posible hacer poesía.

Pues ¿quién sabrá por qué camino
Extraño Cristo lo alumbró?...

Decir a los que el patio pisan
Que el Dios Hombre murió por todos

De modo que la palabra final es un peán:

Yet all is well![19]

Wilde no cede ni al desespero ni al maniqueísmo: una fe loca en el crucificado lo arranca del abismo. Consiguió ver en el horror de la cárcel y a través de él el horror del pecado y de la conciencia manchada, el

---

19 Y sin embargo todo está bien.

tema de su *Dorian Gray;* y el que alcanza a ver el pecado *como* pecado, está salvo:

Yo no sé si las leyes están bien
O si las leyes están mal.
Lo que sabemos los del calabozo
Es que el murallón es fatal
Y que cada día es como un año
Con largos días sin final

Yo sólo sé que cada ley
Que el hombre contra el hombre crea
Des que el primer hombre a su hermano
Mató y abrió la patulea,
Guarda la paja y tira el grano
Como una trilladora fea.

Y también sé y era cordura
Lo supiera todo el que piensa
Que cada cárcel que hace el hombre
La hace con piedras de vergüenza
Y tranca porque Cristo no vea
Cómo el hombre a su hermano prensa.

La guerra del artista y el puritanismo británico ha continuado, como es sabido; David H. Lawrence, James Joyce, Shaw, para recordar sólo a los herejes; pero es una guerra infructuosa de ambas partes.[20] Al fariseísmo sólo puede desafiar el mártir.

---

[20] En *Wodehouse (Nueva Crítiva Literaria),* Castellani opina que el intento de mandar a la horca al gran escritor P. G. Wodehouse fue un nuevo episodio de la guerra del artista y el puritanismo británico.

Wilde no fue un santo, pero quizá haya sido una especie de proyecto de mártir. Lo cierto es que a él lo liquidaron los fariseos y que no lo hubiesen hecho si no hubieran olido en el fondo de su obra diletantesca una *mística;* y no la mística calvinista.

La gracia de Dios que hoy día, cortados sus cauces naturales, funciona según dicen en forma subterránea y de una manera medio salvaje —según dijo Jesús que "funciona" el Espíritu que *Ubi–Vult–Spirat*[21] – puede ser que haya insuflado al poeta un gran odio al fariseísmo, que siendo él irlandés tenía que volverse pelea.

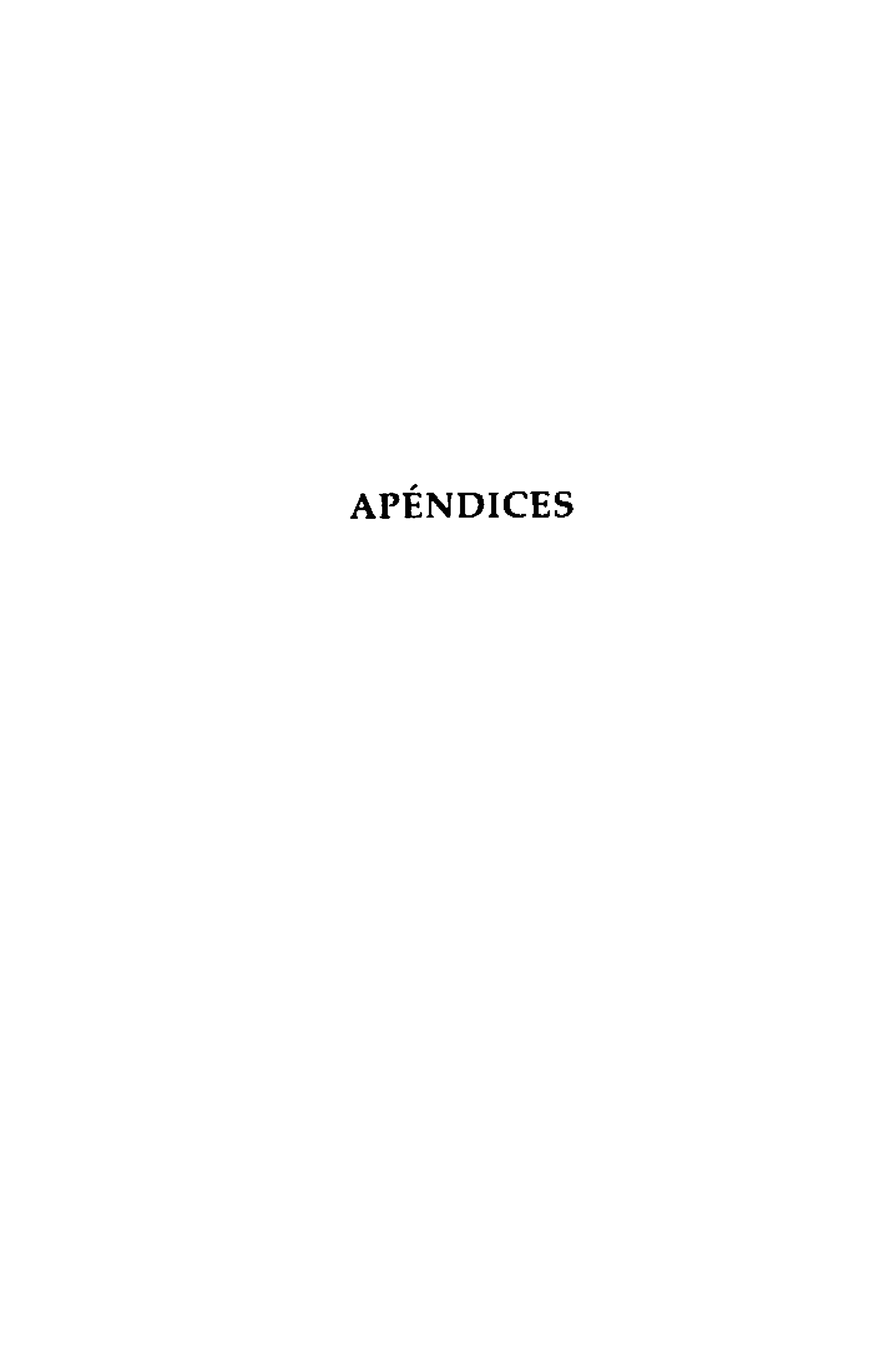
Y en esa pelea, según podemos píamente presumir, Oscar O'Flahartie Wills Wilde Melmoth finó como artista y comenzó como hombre, es decir, como alma — como "alma en pena".

A su muerte solamente puso él su genio en su vida, quiero decir en su muerte: realizó su última paradoja, que hacia espeluznar al Cardenal Verde, la paradoja del Sodomita Santo.

El clavel verde se cerró y explotó después definitivamente en rosa roja.

---

[21] Sopla donde quiere (*Juan* 3, 8).



APÉNDICES

- I -

Parábola del Fariseo y el Publicano[22]

Fariseo. —¡Hola! ¡Zamarriel! ¿Tú por aquí? Tanto bueno...

Raquela. —Te olvidaste que le habías dado hora para ahora. Te estamos esperando hace una hora. La pobre Carmela está cada vez peor.

Fariseo. —No es nada. Fui a rezar al Templo. La obligación con el Señor es lo primero de todo. ¿Cómo esperaríamos la justificación de Jahwé si descuidáramos nuestras oraciones obligatorias? He vuelto justificado, con una extraña paz en el corazón. La obligación es antes que la devoción.

Raquela. —Te olvidaste de la consulta de los médicos; Iatricós y Benjamín se fueron, porque no quisieron hacer nada sin estar pagados; y éste ya se iba.

Fariseo. —Bueno, querida, ya te dije la razón. He sido nombrado Velador del Sanedrín esta semana, y bueno fuera que no me viesen orando en mi lugar a la hora del «quashim». Hombre, no. Mañana se puede tener la consulta. Tu hermana no está mal. No seas...

Raquela. —Está peor. (Se va enojada.)

---

22 *Doce Parábolas Cimarronas.*

Zamarriel. —Bueno, pelillos a la mar, por mí no hay que pelear. Volveré cuando sea. De modo que orando ¿eh?

Fariseo. —¡Orando al Santo de los Santos! ¡En aquella quietud que da devoción! ¡En medio de aquellas doraduras y plateaduras! ¡En mi propio lugar, en voz alta, solemne y devota! ¡Cerca del Tabernáculo! ¡Casi tocando el Arca de la Alianza! ¡Con la conciencia tranquila, digan lo que digan! ¡Cumplidos todos mis deberes religiosos! ¡«Impecable», como dijo Barhizimal al proponerme para Velador! Sesenta y ocho denarios de diezmos he pagado este año, sin contar los sacrificios, y creo que no me corresponde tanto, pero por no discutir... con ese Eliphaz...

Zamarriel. —Hombre, ahora que recuerdo, días pasados estaba yo orando también, y vi a la viuda esa, Abisail, que fue a oblar, y obló (a que no adivinas) ¡una dracma al Templo! Hombre, no hay derecho. Nosotros tenemos que soportar todo el culto. ¿Y sabes lo que dijo después un Rabbí ambulante, de ésos que andan ahora? ¡Que esa mujer había oblado más que nadie!

Fariseo. —¿Quién? ¿Jesús de Nazareth?

Zamarriel. —¿Lo conoces?

Fariseo. —Así, así. De vista. Lo vi al salir del Templo hablando con un Publicano.

Zamarriel. —¡Con un Publicano! Bien, está en sus costumbres. ¿Y qué le decía?

Fariseo. —¡Qué sé yo! Ni acercarme quiero a esa gentuza. Ese Publicano estaba en un rincón al entrar yo al Templo, déle darse golpes de pecho, y susurrando sin cesar, que esto lo oí: «Señor, ten piedad de este pecador.» Con eso lo arreglan todo muy fácil esos traidores a Israel. ¡Tenía una cara de bandido! ¡Golpes de

pecho, ya te daré yo! ¡Otros golpes se necesitan! Estafadores, ladrones, adúlteros, doy gracias a Dios de estar muy lejos de ser como ellos...

Zamarriel. —Exacto. Y hablando de todo, ¿qué hay de política, Zaburrón? ¿Cómo ves la situación? Los Publicanos están ensoberbecidos.

Fariseo. —Todo esto se va al tacho si no lo paramos a tiempo. Los Romanos han echado un nuevo impuesto para edificar algo que llaman Kiliseo o Karroseo; y Pilatos hizo pasar a cuchillo a dieciséis galileos que protestaron. ¡Yo no sé cómo el pueblo no se subleva! ¡Qué pueblo tenemos!

Zamarriel. —Éste no es pueblo, es plebe, esa plebe inmunda que no conoce la Ley, ese aluvión zoológico, chusmaje, como dice siempre nuestro gran Eliphaz. Detrás de esos se van, detrás de ese Jeshoua, o del otro Bautizador, que Herodes, por suerte... ¡Demagogos! ¡Comunistas! —como dice el gran Eliphaz.

Fariseo. —Sí, ese Jeshoua es peligroso. Es increíble lo que se atreve a decir, según cuentan. No está con nosotros. El Publicano criminal le hablaba con grandes gestos a solas, sus discípulos aparte, y él levantó lentamente la mano más alta que los ojos, y le oí... «¡Nuestro Padre de los Cielos!» ¡El Padre de él... y mío! ¡Nuestro! ¡El Padre mío y de ese Publicano, todo junto! ¡Vergüenza! Yo pasé sin mirar y recogiendo mis fimbrias como cuando hay basura, como dice la Ley. Entonces me miró, y dijo a sus discípulos algo; y todos me miraron. Yo no me digné mirar.

Zamarriel. —Pero viste todo.

Fariseo. —Así hay que hacer en política. Como te iba diciendo, la situación está en un «tris»; los Romanos son odiados; el pueblo se levantará a su tiempo, cuan-

do ya no pueda más; por eso conviene que Pilatos haga atrocidades; y Caifás se las hará hacer, pierde cuidado. Por eso hay que andar bien con Pilatos. Ya lo hemos hecho pelearse con Herodes. También hay que andar bien con Herodes. Hay que andar bien con todos, pedirles puestos y embajadas, y minarlos por debajo. Eso es genuino Nacionalismo. Eso es política realista y moderada. Te digo, Zamarriel, que jamás ha habido en Israel tanta política y tan gran política como ahora. Nuestro Caifás es grande, aunque no estoy de acuerdo con lo que dijiste del «gran Eliphaz», su cuñado. ¡Eliphaz es un gato! Pero Caifás es un zorro, y Anás, que está detrás, es un lince montaraz, y Butor, su yerno, es un fenómeno, vamos, una fiera. Pero ¡no me hables de Eliphaz! ¿Ves este vaso de pórfido que está allá?

Zamarriel. —Eximio. Con tantas cosas que hay aquí, uno no se fija. Eximio. ¡Qué sala tienes!

Fariseo. —Pues es regalo de Butor, a cambio de unas informaciones; que se lo sacó al capitán romano de la Antonia por nada; es decir, por otras pocas informaciones. Así hay que hacer... hasta que llegue la hora, ¡la gran hora!

Raquela. —(Entrando.) El té.

Zamarriel. —Caro amigo, tienes una sala que te la envidio. ¡Qué esplendidez! Demasiadas cosas, quizás, para mi gusto, ¡pero de gustos no hay nada escrito! Y demasiado gusto griego, yo prefiero generalmente el gusto sirio: es más «congénito» al nuestro; pero me gusta aquella estatuita de Venus... Moisés prohibió las estatuas, pero claro que se puede interpretar... Éstas son para ornamento, no para culto. Tomaré otro panqueque, con permiso, doña Raquela.

Fariseo. —¿Por qué has tardado tanto?

Raquela. —Fui a vendar a la Carmela, que estaba en un grito.

Fariseo. —Ya serán ganas de gritar.

Raquela. —Te aseguro que sufre. Es culebrilla. Pierde sangre. No se cura.

Fariseo. —Eso tiene remedio. Ahora estamos aquí con Zamarriel hablando de nuestra Ley que los Romanos han profanado; pero eso acabará, vaya si acabará, y muy pronto; y nuestra Ley no acabará jamás, pues tenemos las promesas de Jahwé... pese a todos esos Jesús de Nazareth (¡de Nazareth, no me haga reír!) y esos Juanes Bautistas... ¡Demagogos! ¡Comunistas! Ése que te dije va a acabar mal, lo mismo que el otro Bautizador, ése de Nazareth. ¡Te lo digo yo!

Zamarriel. —¿Piensas que está cerca el Mesías?

Fariseo. —Según la profecía de Daniel, no puede estar lejos. Pero no se ve ninguna figura prominente... No se ve a nadie...

Raquela. —¿Y Caifás?

Fariseo. —Hombre, calla, mujer. Digo figura prominente en el otro sentido. Un caudillo, un capitán, un hombre que haga prodigios como Josué... ¡Cómo estoy de ansioso de verlo! Y él se hará ver, ¡mecachis! En cuanto lo veamos, cataplúm, levantamos al pueblo, armamos a las masas, nos encerramos en el Templo y ¡vrrac! Ustedes me entienden, toma aquí y echa allá; pim, pum, estacazo y tente tieso, ¡rrrrumpa! Abajo Roma, viva Caifás, ¡trúmtrúmtrúm! Ustedes me entienden. ¡Paf!, un rayo en la fortaleza Antonia, muera Pilatos, ¡crajjjjj!

Raquela. —Has roto un pocillo...

Fariseo. —Mujer, ¿quién te mandó ponerlos al borde mismo? Siempre serás la misma. Pues como te iba

diciendo, todo eso yo lo he de ver... Tomaré una tacita más y unas cuantas masas, pero no mermelada, ¡ojo! mujer, quita allá, que hoy es día de ayuno; y la mermelada se considera alimento sólido; ¡por el Templo y el Altar! ¡Después de haber orado una hora! Yo ayuno dos veces por semana, por las dudas.

Zamarriel. —Ahora que recuerdo, te quería decir: ¿no te estaría espiando el Publicano ese?

Fariseo. —Bien puede ser, ahora que lo dices. Son traidores. ¡Que un hijo de Israel se preste a cobrar los impuestos de los Romanos y recibiendo paga por eso! No lo puedo concebir. Son criminales, peor que los mismos Saduceos, que al fin sólo reciben regalos. Son estafadores, ladrones, adúlteros. La otra semana no más uno de ellos fue sorprendido ¡con una mujer casada! en circunstancias bastante sospechosas...

Zamarriel. —¿Y qué pasó?

Fariseo. —¿Y qué va a pasar? ¡La Ley! Pedrea que te crió.

Zamarriel. —¿Y él?

Fariseo. —Ella. Él se apretó la gorra, tomó el portante y agarró las de Villadiego, más que ligero...

Zamarriel. —¿Y ella? ¿Qué tal? ¿Era bonita?

Fariseo. —Yo no vi. La apresaron los Hermanos y la llevaron a la plazoleta para apedrearla. Como yo estaba en casa de la Rubena, para explicarle un paso del Deuteronomio, y hay tantos calumniadores... me escabullí. Y no pude ver la pedrea.

Raquela. —No la apedrearon...

Fariseo y Zamarriel. —¿Cómo?

Raquela. —Yo lo vi todo. Pasó algo grande. Estaba sentado en un relieve de la plazoleta ese Jesús de Nazareth, con tres de sus discípulos. Cuando lo vieron,

quisieron penerle un caso; y les salió al revés. Se aproximaron con precaución, con la mujer a los tirones, entre Barjudá y Ibrahim. Le dijeron: «Rabbí, sabemos que eres justo y observante de la Ley. Esta desgraciada ha sido sorprendida en adulterio. La Ley de Moisés dice que a las tales hay que apedrearlas, «pena cápitis, pena cápitis», Misdrahím, cápite séptimo. El Sanedrín no se reunirá hasta pasado mañana. Ahora, tú dirás qué se ha de hacer.» Y él no dijo nada.

Fariseo. —¿Y tú qué hacías allí, Raquelita?

Raquela. —Pues... para decir la verdad.. . no estaba explicando un paso del Deuteronomio a Rubén... Había ido a ver si lo traía a curar a Carmela. Dicen que cura. Mi hermana pierde sangre que es un horror... y los médicos...

Zamarriel. —No le han hecho el remedio que yo dije: la bosta de mulo blanco[23]. No se lo han hecho. Juraría. Ahora, si no hacen las cosas como uno las dice...

Raquela. —Hemos hecho todo; pero si los médicos se ponen en contra entre ellos...

---

[23] Por el *Talmud* conocemos que un remedio indicado por los médicos para curar el flujo de sangre «era buscar granos de avena en la bosta de un mulo blanco; comiendo uno, el flujo debía cesar por dos días; comiendo dos, por tres días; y comiendo uno durante tres días, debía cesar para siempre. Otro remedio, y éste decisivo: azotarse los muslos con ortigas a la media noche un día sí y otro no durante un mes de Kislew (que corresponde a nuestro Noviembre-Diciembre) y la enfermedad debía desaparecer. Otros remedios que seguían hacían desaparecer las ganas de sanarse. La medicina era ejercida por los Escribas, y consistía en un poco de emprrirismo y mucha superstición. En la *Mishna* (*Talmud*) existe esta sentencia: *'El mejor de los médicos merece el Infierno'*.» (Castellani, *«El Evangelio de Jesucristo»*, Domingo Vigesimotercero después de Pentecostés).

Fariseo. —Basta, que quiero saber lo que pasó. Soy Velador del Sacro Velamen. Carmela puede esperar. ¿Qué pasó?

Raquela. —Pues, pasó esto: él no dijo nada; y se puso a escribir con el dedo en la arena. Ellos más y más le insistían y decían que si no contestaba, quedaba reo de improlijación, o algo así. Entonces él levantó aquella cabeza —jamás me olvidaré de esto— y los miró muy despacio: a mí también me miró. Y dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra.» La mujer se había acurrucado junto a él como una paloma... con su cabeza en los pies desnudos de Él, llorando. Jamás me olvidaré.

Fariseo. —¡Apedrearlos a los dos, hombre!

Zamarriel. —¡Miren qué gracioso! ¿Y la Ley?

Raquela. —Ellos se quedaron fríos, se miraron unos a otros y al suelo, que estaba lleno de palabras hebreas, que no comprendo... dejaron caer las piedras y... empezando por el viejo Ibrahim (que sabemos lo que se dice de él) y el viejo Barjudá, desfilaron uno tras otro como ovejitas. Hasta yo me fui; pero antes oí una cosa estupenda. ¡El Rabbí de Nazareth le perdonó los pecados! Yo me fui porque tenía vergüenza de mis pecados.

Fariseo. —¡No es posible! ¡No es posible! ¡Eso sería espantoso! Me voy ahora mismo a... ¡Oh! ¿Qué es aquello? ¿Allí en la ventana?

Raquela. —¿Aquello? Es él, que pasa.

Fariseo. —¡Y va con él el odioso Publicano!

Zamarriel. —¡Y los rengos, y los ciegos, y los mendigos lo siguen! ¡Y sus odiosos discípulos, esos galileos brutos!

Raquela. —¡Zaburrón! ¡Esposo mío! ¡Llámalo que cure a Carmela!

Fariseo. —No grites, mujer, que nos oyen. La verdad es que tengo ganas de llamarlo. Una, que soy Velador del Sacro Velo, y tengo que informar pasado mañana, y debo saber lo que ha pasado. Otra, que me gustaría conocerlo a este tipo. Otra más, que a lo mejor hace un milagro, y me ahorra una cantidad de plata...

Raquela. —¡Y otra que mi hermana está enferma!

Fariseo. —No grites, burra, te digo. Manda al criado que le diga que venga. ¡Rápido! ¡De parte del Maestro Zaburrón!

Zamarriel. —¿El Publicano es el que va a su lado? Creo que lo conozco.

Fariseo. —Sí. Y se ha despojado de la insignia, la caperuza y esclavina verde. Y ahí hay una notoria prostituta, al final. ¡Y un soldado romano!

Zamarriel. —¡Y uno de los nuestros, Zaburrón, mira! ¡Nicodemos! ¡Nicodemos el Escriba!

Fariseo. —¡Nicodemos! Se paran todos. Miran hacia aquí. Me miran. Vuelve el criado.

Raquela. —¡Hermana, el único que te puede salvar es este hombre! ¡Y a mí también!

Fariseo. —¡Fuera de aquí! ¡Te vas inmediatamente adentro! Tengo que hablar con él en serio. Dios está conmigo y no temo a nadie. Hoy oré en el Templo, y descendí justificado, lo siento en mi corazón. Si ese hombre es Dios, ahora lo veremos.

Criado (Entrando.) —Se niega a entrar aquí, Patrón.

Raquela. (Adentro gritando.) —¡Carmela, tienes que salir, tienes que salir y tocarle al menos la fimbria de su manto! ¡Él puede curarte! ¡Él puede curarte!

- II -

Parábola del Sepulcro y las Víboras[24]

El llamado "elenco contra fariseos", donde se halla la semejanza del sepulcro y las víboras, fue proferido dos veces, como se ve claro cotejando los lugares paralelos de Mateo XXIII y Lucas XI: la primera proferición, en una comida donde había fariseos presentes, es mansa, no contiene la contumelia directa de "hipócritas" aunque sí la de "bobos" (stulti), no termina con la amenaza del infierno, y es más bien un "argumento" (como dicen los ingleses) y una prevención. La segunda es el "élenjos" más terrible que se ha pronunciado en este mundo: es una maldición y una sentencia de muerte.

La primera fue proferida más o menos en la mitad de la vida pública, la segunda el Martes de Pasión, ante la muerte; una en una comida privada, la otra ante el pueblo y los discípulos, quizás en el Templo; la una provocó simplemente una mayor obsesión de entramparlo con preguntas capciosas, la otra, la decisión de apresurar el asesinato legal; la una terminó en avisos a sus discípulos acerca de la persecución, la segunda, en sentencia de muerte para Jerusalén y sus

---

[24] *Las Parábolas de Cristo.*

Jefes (muerte eterna), envuelta en profunda tristeza, con una profecía esjatológica. Los lectores superficiales y también los exégetas antiguos las identifican o acoyuntan, y eso hoy día induce a grave error. Finalmente, en la segunda y más terrible, no hay réplica alguna y en la primera, un Escriba interrumpe para decir: "Maestro, nos estás haciendo contumelia."

Hay que responder a este Escriba (Cristo no respondió, prosiguió simplemente su requisitoria) porque de ella viene el grave error actual, expresado por muchos escritores, que enunciaremos así: "Cristo insultó a los fariseos, ¿qué mucho que ellos lo quisieran mal?" El clérigo protestante y Profesor de Escritura Rvdo. George Herbert Box M.A. nada menos que en la acreditada Enciclopedia Británica (artículo Pharisee) lo trae en forma pulcra: describe a los fariseos como gente honorable, muy piadosa, rígida en moral, un poco estrecha y antipática pero honrada (más o menos como los "victorianos" ingleses a quienes los asimila), que al fin cumplían con su deber al "investigar" a Cristo y celar la Ley de Moisés; de donde Cristo viene a quedar como una especie de demagogo anárquico, perturbador de la moral común.[25]

El filósofo Santayana en un libro nada feliz (sobre un tema para el cual no tiene bastante preparación) La Idea de Cristo en los Evangelios, que han editado aquí como tantos otros bodrios, dice con candidez que: al fin y al cabo nada le habían hecho a Cristo (pág. 139), ¿por qué se irrita Él "sin que parezca que ellos hayan hecho

---

[25] (En la edición 1953 este artículo ha sido corregido; la eulogía del fariseísmo, retirada; y el artículo es solamente histórico; y correcto. Me refiero, pues, a las ediciones anteriores a 1940. La *Enciclopedia Británica* existe desde 1768. L. C.)

nada para provocarlo" (sic), si al fin y al cabo no había esperanza de cambiarlos? Más allá van Wellhausen y el "célebre" santón protestante Albert Schweitzer, que se extrañan de que la policía lo haya aguantado tanto tiempo (cinco semanas según él) a Cristo; y en el fondo, por ende aprueban (nefandum dictu) su asesinato legal. Algunos católicos, como Daniel-Rops (Jésus en son Temps, Fayard, 1949), tienden a atenuar y disculpar al fariseísmo, recordando a Hillel y Gamaliel, excelentes personas; y San Pablo, Nicodemos, José de Aritmatea, santos; olvidando que si fueron santos, fue porque "se dieron vuelta" a odiar al fariseísmo. No digamos nada de Sholem Asch (El Nazareno) y Ludwig (Vida de Jesús), para los cuales los fariseos son lo mejor de lo mejor del mundo; y Cristo amigo de ellos ¡y fariseo también!

Cristo no comenzó su carrera insultando a los fariseos ni a nadie, como ni tampoco Juan Bautista: terminaron ambos por la imprecación, probado primero inútilmente todo lo demás. Cristo hubiese podido lícitamente comenzar por la maldición, pues allí había llegado ya Juan el Precursor, cuya prédica Él continuaba; pero no lo hizo. Volvió a fojas uno; aceptaba las invitaciones a comer de los fariseos y respondía a sus preguntas, mansamente al principio, aun cuando esas invitaciones no significaran hospitalidad, ni siquiera curiosidad, sino (después se vio) trampas odiosas. No predicó contra su ociosa casuística, sino cuando ella escombraba la Ley de Dios. Cumplió incluso sus necios mandatos, mientras no fueran contra la misericordia y la justicia o el sentido común. No los desacreditó públicamente como sacerdotes o como "catedráticos", mientras leían la Ley de Moisés: "Haced pues todo lo que os dijeren...", lo cual era difícil, porque el ejemplo de ellos

era al revés y "exempla trahunt, verba dictant."[26] El "mansísimo" Jesús fue mansísimo incluso en este tremendo "élenjos" que estamos considerando, créase o no.

"Élenjos" llamaban los griegos a la parte de la oración jurídica en que el fiscal precisa los cargos y da las pruebas; o sea, en lenguaje moderno, la "requisitoria". Cumplió Cristo con su misión; hizo, con tristeza aquí, su deber. Su requisitoria enumeró en ocho acápites los hechos que eran públicos; definidos, juzgados y valorados con dureza y diafanidad de cristal de roca. La expresión "sepulcros blanqueados" es hoy término del lenguaje común del mundo entero, a causa de su certeridad. Las ochos acusaciones de Cristo, que definen para in aeternum un tipo, son menos violentas aunque no menos graves que las otras coincidentes que nos trae la literatura rabínica de ese tiempo; como la clasificación de los Siete Fariseos que hace el Talmud (Sotah, 22 b, Bar.), la maldición a las "familias sacerdotales" indignas, del Menahoth, XIII, 21, o las incriminaciones a los Altos Sacerdotes de Flavio Josefo en Antigüedades Judaicas, XXI, 179.

Los fariseos traían a la mente de Cristo imágenes de muerte: sepulcros y víboras. ¿Qué mucho, si estaba ya condenado irremediablemente por ellos a muerte y viperinamente calumniado? Nadie lo podía ya sustraer a la muerte, ni su Padre mismo, oso decir. Contesta aquí con otra sentencia de muerte a la suya ya fijada; y hace con sus asesinos, anticipándoles su futuro, la última posible (inútil) obra de misericordia.

---

[26] Los ejemplos arrastran, las palabras exhortan.

Cristo NO "tiene dos estilos", como cree Santayana Jorge. Lo mismo que la imagen que Él nos trazó de su Padre (en realidad, Él fue por excelencia la imagen terrestre del Padre), Cristo es el mismo cuando increpa y cuando perdona, igual que la figura de Dios que Él nos diseñó, por un lado Padre magnánimo y buen pastor, y por otro lado sultán absoluto e irritable, no son sino las dos faces de la misericordia y la justicia de Dios, ambas inmensurables a medidas humanas, que no hacen sino una sola cara, la cara de Dios, la cual de suyo es inefable, y sólo se puede expresar humanamente así, con dos exageraciones que se equilibran. Cuando Cristo tenía que hacer de juez, hizo de juez sin dejar de ser el buen pastor, que da la vida por sus ovejas. La persona que sabía que un día habría de juzgar a esos hombres ciegos y condenarlos ¿es mucho que les gritara, cuando aún estaban a tiempo de salvarse? Fue ese griterío el último instrumento de salvación: el martillo para los corazones hechos piedra. Dadme un padre recto y justo, y comprenderá lo que digo. Mas un padre que increpa a su hijo que ya ve perdido, hasta lo último, suele generalmente conseguir su causa; aquí nones. Un padre romano, es decir, no argentino: un varón bueno como Lucius Brutus, quien, llorando, tuvo que condenar a muerte a un hijo.

La prueba es que la imprecación de los ochos "Vae" (que propiamente en griego "ouaí" no expresan ira sino más bien tristeza) se resuelve en ternísima tristeza: "Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces quise cobijar a tus hijos como la gallina bajo sus alas a sus pollitos, y no quisiste!" Sigue la sentencia porque darla es el deber de Cristo: infierno para los malévolos y empedernidos asesinos —no tanto y no sólo de Su cuerpo y el de los

Profetas "que yo os enviaré", sino sobre todo asesinos de las almas, de sus "ovejas" —y la ruina para Jerusalén. Pero no podía detenerse allí Cristo; y añade a la sentencia del Juez la promesa del Padre, la única que podía hacer, la lejana promesa y profecía de la conversión parusíaca de los judíos; algún día, perdido allí en las brumas de lo desconocido. Matadme, pues, para llenar la medida de vuestros padres y desbordarla, oh herederos de Caín y de todos los matadores de justos y profetas...

Os aseguro que "ya no me veréis más hasta el día en que digáis: 'Bendito el que viene en nombre del Señor'." Así termina el "elenco contra fariseos".

¿Quería decir su entrada triunfal en Jerusalén el Domingo de Ramos? No, eso había pasado ya; y los que dijeron "Bendito el que viene en el Nombre" no fueron los deicidas, sino los Discípulos, el pueblo chico, los niños. Se refería a la conversión de los Judíos en el fin del mundo. Aludía al Domingo pasado, sí; haciendo a ese efímero reconocimiento del Hijo de David por una mínima Jerusalén, figura y "typo" del futuro reconocimiento total y definitivo. Su corazón fue a descansar allá, no teniendo ya en otra parte "donde reclinar la cabeza" —pero terminó con una bendición. Porque aunque la Justicia y la Misericordia de Dios son infinitas, la Misericordia es mayor —dice Santo Tomás: que yo no sé cómo puede ser. Que lo explique otro.

He hablado mucho en El Evangelio de Jesucristo[27] del fariseísmo y los fariseos: y es demasiado poco. Dije allí que los fariseos eran malísimos, y eso hay que decir, y lo dijo al máximo Cristo; que el fariseísmo es el

---

[27] Domingo X después de Pentecostés.

famoso pecado contra el Espíritu Santo, "que no tiene perdón ni en esta ni en la otra vida"; y que toda la vida de Cristo se puede resumir en esta palabra: "luchó contra el fariseísmo", pues, en efecto, ésa fue la "empresa" de Jesucristo como hombre, desde su nacimiento a su muerte, así como todas sus acciones de "reformador religioso" incluso milagros, profecías y fundación de la Iglesia; y ella llena el Evangelio, de modo que se podría escribir un libro, que no se ha escrito; y se debería escribir, habiendo hoy día un repunte del fariseísmo; el cual es eterno más que los imperios y las pirámides de Egipto. Diré también ahora que "la abominación de la desolación en el lugar donde no debe estar" es también el fariseísmo. Y dirán que es manía. Y no lo es.

Sobre esta palabra de Daniel[28] repetida por Cristo[29], qué significa en concreto, se dividen desesperadamente los exégetas. Es un modismo hebreo que dice "el colmo del desastre", o "el colmo de los colmos", que decimos nosotros. Opinamos que esa "abominación" que Cristo dio como señal de huir de Jerusalén y de la Sinagoga, es la misma muerte injusta y sacrílega de Cristo patrada por la "Religión (por los hombres oficialmente religiosos) de Israel" siguiendo en esto que diré una leve y vaga indicación de Maldonado. Todas las diversas opiniones de los Santos Padres, caen a prima consideración; por ejemplo: "Fue el entrar el ejército romano en la ciudad santa" (Orígenes): ya no había entonces lugar de huir. "Fueron las águilas romanas, que eran ídolos,

[28] 9, 27.

[29] *Mateo* 24, 15.

en el Templo de Jerusalén": lo mismo y más. "Fue la estatua de Adriano colocada en el Templo" (San Jerónimo): fue colocada después de la destrucción del Templo. "Fue el retrato del César que Pilatos introdujo en el Templo" (íd.). No lo introdujo sino en la ciudad, de noche y clandestinamente ... "Fue la sedición de los Zelotes en el tiempo de Floro, los cuales profanaron el Templo..." "Fue el mismo cerco de Jerusalén por las Legiones..." (San Agustín). Dejo otras por no aburrir. Ninguna tienen atadero con el ser un "signo" de dejar la ciudad deicida, y "huir a las montañas", pues no quedaba lugar ya de "huir a las montañas". ¿Qué más abominación de la desolación que el Monte Calvario, el cuerpo desangrado del Justo de los Justos colgado de tres clavos; y el rasgón del velo del Tabernáculo[30], acontecido milagrosamente al mismo tiempo? Cuenta el judío Josefo que al quedar eventrado el Tabernáculo, como cosa que ya no contenía a Dios ni a nada, se oyeron en el Templo voces aéreas que decían: "Huid, huid, salgamos de aquí." No. La abominación máxima y bien patente fue el fariseísmo deicida. Y la señal perspicua fue el partirse en dos el velo del Santísimo al fenecer Cristo, símbolo portentoso del acabamiento de la Sinagoga como casa de Dios.

Me dirán que eso no fue "señal" de fuga de Jerusalén por los neófitos. Pues sí señor lo fue. Empezaron a desfilar (a filer doux, como dice el francés) desde la Crucifixión, empezando por los Apóstoles, exceptuando Santiago el Mayor, Obispo de Jerusalén. Instarás: pero la fuga en masa de los cristianos a la aldea mon-

---

30 *Mateo* 27, 51; *Marcos* 15, 38; *Lucas* 23, 45.

tañosa de Pella en la Transjordania ¿no fue unos 30 años después de la Crucifixión? Concedo; pero para esa fuga última y urgente, Cristo dio otra señal: "Cuando veáis la ciudad sitiada aunque no del todo"[31]; y eso entendieron bien los neófitos. Pues el primer sitio de Jerusalén por Vespasiano fue flojo y daba lugar a huir; el segundo, seis meses después por Tito (nombrado su padre Emperador de Roma), fue cerradísimo, incluso por una enorme muralla, el Romanum Vallum, contra el cual se estrellaban los míseros fugitivos y eran reenviados a la urbe "condenada por Dios" (palabras del Príncipe Tito), las mujeres con las manos o los pechos amputados, los varones eventrados para buscar oro o joyas, tragados para ocultarlos —es decir, cadáveres, si hemos de creer al historiador Josefo. Todos los otros "signos" de los Santos Padres —poco o nada cuidadosos de las fechas— acontecieron después del cerco de Tito: cuando ya no había caso de huir.

Y esta opinión o presunción mía (que no doy sin pruebas) se confirma con el hecho de que este "signo" de la desolación abominable, serálo también del fin del mundo, pues al fin del mundo lo aplica Daniel; y también Cristo, como "antitypo". A los dos finales debe pues convenir el signo, a los dos desastres, al typo y al antitypo; y San Pablo cuando habla del Anticristo, da como señal el sacrílegio religioso, y no otra cosa: "Se sentará en el Templo de Dios haciéndose dios"[32], es decir, se apoderará de la religión para sus fines, como habían hecho los fariseos; en forma aún más nefanda el

---

[31] *Lucas* 21, 20.

[32] *II Tesalonicenses* 2, 4.

Anticristo. Interpretación de la "abominación" por San Pablo.

Si creemos a San Pablo y a Cristo (que en los últimos tiempos habrá una "gran apostasía"[33] y que no habrá ya [casi] fe en la tierra[34]), sólo el fariseísmo es capaz de producir ese fenómeno. Cuando los judíos digan: "Bendito sea el que viene en el Nombre", será cuando los cristianos hayamos flaqueado y decaído, cuando "el Devastador esté a su vez devastado", dice Daniel; cuando Roma, el Orden Romano haya desaparecido, como a osadas está hoy desapareciendo. Sólo el fariseísmo puede devastar a la Iglesia por dentro; sin lo cual ninguna persecución externa le haría mella, como vemos por su historia, pues "la sangre de los mártires es semilla de cristianos." Si la Iglesia está pura y limpia, es hermosa, y atrae, no repele: atrae prodigiosamente, como se vio ya en su asombrosa propagación entre dificultades sin cuento, muertes y martirios.

Me detengo un momento para resollar: tengo miedo...

Solamente cuando la Iglesia tenga la apariencia de un sepulcro blanqueado, y los que mandan en ella tengan la apariencia de víboras, y lo sean, el mundo entero se asqueará de Ella y serán poquísimos los que puedan mantener no obstante su fe firme, un puñado heroico de "escogidos" que "si no se abreviara el tiempo, ni ellos resistirían."[35] Entonces se producirá "el gran receso" y a causa de él, "el Hombre de Pecado, el Hijo de

---

33 *II Tesalonicenses* 2, 3.

34 *Lucas* 18, 8.

35 *Mateo* 24, 22.

la Perdición" tendrá cancha para hacer su satánica voluntad en el mundo —por muy poco tiempo.

Con todas las promesas divinas encima (hay que decirlo),

Si la Iglesia no practica la honradez, está perdida;

Si la Iglesia atropella la persona humana, está perdida;

Si la Iglesia suplanta con la Ley, la norma, la rutina, la juridicidad y la "política"... a la Justicia y a la Caridad, está lista.

Porque entonces entrará en ella "la abominación de la desolación en el lugar donde no debe estar" que predijo Daniel Profeta, es decir, el fariseísmo.

Por culpa del fariseísmo —"sepulcro que no se ve, por lo cual los hombres caminando lo tocan y se manchan" (Lucas 11, 44) según la Ley de Moisés (Números 19, 16: mancha legal "si alguien tocara un muerto... o un sepulcro, quedará inmundo por siete días"), por lo cual los judíos "blanqueaban" los sepulcros un mes antes de Pascua —las Puertas del Infierno CASI prevalecerán contra Ella, y sobre ese CASI de desesperación, volverá Cristo.

Velad, pues. Y no toquéis los sepulcros ni las víboras.

- III -

Sobre Tres Modos Católicos de ver la Guerra Española[36]

When doctors disagree,
what deuce would people feel?[37]
(Proverbio inglés)

Por modos de ver lícitos, no se debería disputar entre católicos, ni menos insultarse. Una de las ventajas de ser católicos es justamente ésa: haberse puesto de acuerdo de una vez y para siempre acerca de 14 puntos, para tener la libertad de discordar en todos los demás. Parece mentira, pero la fe (verdadera) da libertad intelectual: una vez que uno se afirmó indestructiblemente en fiarse de lo que dice Dios, todo lo que disputan los hombres se le vuelve de golpe disputas de hombres. Tienen su importancia propia, pero con altura se las ve —decía mi tío el cura.

Y es dañino cuando la disputa por modos de ver surge entre Doctores: la escuela se desconcierta. Y lo peor es cuando el modo de ver lícito inferior insurge contra el modo de ver lícito superior: entonces es verdadera falta de jerarquía, y es desorden puro[38].

---

[36] En *Las Ideas de mi Tío el Cura,* Excálibur, Bs. As., 1984, p. 155 ss.

[37] Cuando los doctos disputan, ¿qué puede pensar la gente?

[38] "Todo error nace de pensar o de obrar según determinaciones (demasiado) particulares", Hegel, *Logik,* I, 24, II. (L.C.)

Se me ocurre que hay tres modos posibles a un católico de ver la guerra española: un modo humano, un modo filosófico y un modo teológico.

El modo humano consiste en desear que venza Franco pronto —lo mejor, cuando Dios quiera. No digo humano en voz peyorativa sino en voz general, que según por donde tire, puede agarrar bien o puede agarrar mal —o puede agarrar mezcla. La pura y simple humanidad del hombre le impone que al ver dos riñendo desee que uno gane, aunque no sea sino por amor de la paz o de las situaciones claras; y que no gane el peor.

Yo deseo con toda el alma que gane Franco, que en este caso, no es el peor. Para saber que no es el peor, mis razones no son complicadas ni difíciles ni teológicas: ¡humanas! Del otro lado está la bestialidad, la inhumanidad. De este lado está al menos la disciplina, aunque sea la disciplina de un "militarote", como dicen los yrigoyenistas. Del otro lado se desataron los satanes bajos, Behemot la hiena, Astaroth el cerdo, Moloch devoraniños. La disciplina es una necesidad social, aunque no sea el supremo bien social; con ella se puede ir más adelante, sin ella a ninguna parte. Y que gane cuanto antes, aunque más no sea por toda esa sangre derramada y ese espectro rojo de la guerra devastando reliquias milenarias sacras y humanas, segando hombres, segando mujeres y niños.

Si no sintiese así; si me sintiese frío e inconcernido en esta contienda que divide no sólo la Madre Patria sino mi cara patria-mamá —lejos de creerme por eso un superhombre, me sentiría infrahumano y hasta inhumano. Si en la Gran Guerra fui francófilo, con más razón ahora seré "franquífilo". Si no me paro ante las cartele-

ras, discuto a gritos en el tranvía o me paso dos horas al día leyendo diarios, o clavando banderitas, es simplemente porque me parece inútil y no tengo tiempo. Pero no soy incapaz de comprender a los que tal hacen, y si no los admiro, por lo menos los tolero; como los tolera el Gobierno, poniéndoles un chafle al lado de las pizarras, en vez de mandarlos a estudiar a sus casas. El poder motor específico de las imágenes, que dicen los sabios, hace creer a estos excelentes ciudadanos que hacen algo por la causa justa haciendo esas cosas y otras parecidas: es una ley psicológica. Escribiendo por ejemplo que Franco es el mayor estratega de Europa, que España se confunde con la esencia del Catolicismo, que ésta es la guerra más santa de la historia, ayudan a Franco como pueden, o por lo menos desahogan su buena voluntad. En tiempo de la Gran Guerra supe tener un amigo argentino —porque aquí estoy hablando con los argentinos, los españoles son dueños de hacer lo que quieran, yo respetaré su sentir— tuve un amigo argentino y francófilo —murió ya el pobre— que tenía en el "hall" un busto del Kaiser, al cual preguntando yo cierto día: "¿Cómo con ser aliado tenía un busto del Kaiser?" me respondió el honesto muchacho: —"Lo tengo aquí paradito y cada vez que viene una victoria alemana ¡lo derribo a trompis!" Y yo comprendí a mi amigo. No sería argentino si fuese incapaz de comprender esa cualidad argentina de penar por meterse en todo, sobre todo si son peleas.

El segundo modo sería (incluyendo el primero) considerar también lo que hubo antes y lo que vendrá después; y con esto, sacar consecuencias y enseñanzas. Yo opino que el filósofo francés Jacques Maritain está colo-

cado en este modo. Filósofo es aquél que profesa solemnemente el principio metafísico que no hay cría sin madre ("nulla sine matre proles"), y cuyo oficio en este mundo es buscar la madre de todos los corderos. Este cordero degollado parece tener más madres que chivo de muchas madres; cuantimenos parece tener dos madres, y una coja. Quiero decir que esta guerra tiene también una raíz social, tiene por lo menos una de sus raíces en la injusticia social; y ¿creen voarcedes que la raíz ya se secó o acabada la guerra se secará solita? Yo abrigo inmensa esperanza que tanta sangre de mártires, troncos de virtud y flores de sacrificio como Dios se ha dignado florecer en aquella admirable tierra de España no pueden quedar sin fruto; pero eso es una esperanza, no una certeza: no hay primavera que no pueda helarse. Y la sangre de esos mártires se derramó por Dios y no por Juan March.

Pero yo tengo también una certeza: que toda esa sangre de cristianas venas (porque también marxistas españoles tienen sangre —y quizá algunos alma— de bautizados) ha sido reclamada ante Dios por una gran pirámide de pecados previos contra el pobre —de pecados contra el hermano, de pecados contra el débil, de pecados contra el niño, de pecados contra Dios. De pecados ésos que dice la Escritura claman al cielo. Y no me parece imposible que en esa mole de pecados que ahora se lava en sangre estuviesen también representados algunos de los que hora más vociferan: "¡Guerra santa, guerra santa, guerra santa!" Los israelitas se postraron a adorar el becerro de oro (véase el libro del Éxodo), bajó Moisés hecho una furia, y ser armó una gran guerra civil y santa en que murieron 23.000 hom-

bres. Entre los culpables estaba también el sacerdote Aarón, hermano de Moisés, el cual salvó la vida: no había idolatrado, pero había disimulado; no había sido sacrílego, pero sí débil, o por lo menos tonto.

¿Qué dice entonces la filosofía? Porque esto es historia sagrada.

Lo que dice la filosofía es esto: primero, que no hay revoluciones benéficas; y segundo, que las grandes corrientes sociales que subtienden la historia no se desvían con lindas palabras, ni siquiera con buenas intenciones.

Revolución que de veras lo sea, no hay "per se" ninguna benéfica, aunque alguna pueda ser inevitable. No es la revolución entonces la que cura, sino el contragolpe della; y es quirúrgica y dura cura. Revolución es subversión violenta del orden (o pseudo-orden) existente, como una fiebre infecciosa o una septicemia es subversión violenta del equilibrio fisiológico. Revolución es una enfermedad y nada más. Una enfermedad tiene una causa peor que ella, y ella tira a la salud, pero no es la salud. Esa gran crisis del sistema orgánico, esa lucha de cuyos posibles éxitos uno es siempre la muerte, jamás puede ser deseable por sí. De aquí sigue que el Marxismo, que tiene la lucha de clases llevada a términos violentos por cosa natural (por ende buena y deseable en sí), y preconiza la revolución como medio normal y "único" de solución social, es filosóficamente perverso. Pero también sigue que una esperanza puesta de primo intento (y no como un último extremo; indeseable, aunque quizá previsible) en revoluciones de derecha, es utópica. Opino personalmente que la revolución de Franco fue en efecto ese último extremo por ende justa y legitimable,

aunque no sacralmente santa [39]. ¡Pero no se buscan, vive el cielo, se soportan solamente los últimos extremos! Esto podría ir para ciertos nacionalistas impacientes o irritables en demasía, que parecen (por lo menos en las palabras) no vislumbrar más útiles de acción política para tratar los (graves) problemas de nuestro país que el palo, la escoba, el rebenque, la espada y otros parecidos medios de persuasión y cura. Este modo de hablar no es bueno, aunque pudiesen hacerlo, que tampoco pueden. Y mucho más si recubre el mismo modo de pensar, o mejor dicho de no pensar.

Otra cosa que la filosofía sabe (o al menos supo en mi tiempo) es que con palabras no se sacan muelas; y mu-

---

[39] Si la quieren llamar santa, las palabras son elásticas. Si la quieren llamar Cruzada, las palabras soportan todo. Sólo que la historia no va para atrás, y las otras Cruzadas las proclamaban los Papas en vez de Queipo del Llano. Yo creo que Franco y Mussolini son católicos; pero de católico a santo hay que morirse primero, después hacer cuatro milagros y después ser canonizado ¡por el Papa Legítimo! No basta un sacerdote, ni siquiera unos cuantos. Ésta es la doctrina y lo demás son palabras.

Yo por mí preferiría respetar las palabras. (Una buena mujer decía un día: "Mi marido es un santo." Después añadió: "Lo único que un poquito le da por la bebida, ¡y cuando se toma es capaz de todo!") Las palabras son sirvientitas indefensas, mucamitas de la Verdad. Pero hay que respetarlas. Mons. Franceschi ha escrito aquí un excelente ensayo sobre el abuso déllas. El que no respeta mucho las palabras no respeta mucho las ideas. El que no respeta mucho las ideas, no ama enormemente la Verdad. Y el que no ama enormemente la Verdad, simplemente, se queda sin ella. No hay peor castigo.

A un hombre que se quiere engañar
¿qué castigo le hemos de dar?
Pues dejar que se engañe, amigo.
No hay peor castigo.

(L.C.)

cho menos las muelas de molino que según Jesucristo Nuestro Señor están colgadas al cuello de los que escandalizan pequeños. Miren que Cristo no hablaba en broma. El problema social es un hecho, la división en clases (opulenta y mísera) es un hecho, la injusticia social legalizada es un hecho, la apostasía creciente de las masas es un hecho, el Marxismo crudo en la Argentina es un hecho y también, voto a Cristo, la hipocresía y el espíritu de clase de muchos sedicentes católicos opulentos. ¿Qué prueba si no el enorme auge del Marxismo en un siglo; y su triunfo, aunque sea provisorio y precario, en muchas regiones?

Muchas de las previsiones de Karl Marx se han cumplido, como lo prueba el eco actual de sus doctrinas. Bizco para ver en alto, Karl Marx veía bien de cerca; equivocado en la "mayor" de su sistema, acertaba en muchas "menores"[40]. El Materialismo Histórico es falso como ley general de la historia; pero es un hecho histórico como ley de nuestra época desquijarrada, con su hipertrofia de lo económico. La economía podrá no ser de suyo la forma total especificante de todo el proceso histórico; pero es de él la causa material; y la locura de nuestra época fue elevarla con el Liberalismo Económico a causa directriz subvirtiendo las humanas jerarquías, y pecando contra la naturaleza[41]. Que lo que es por naturaleza inferior sea sobrepuesto y rija a lo que

---

[40] La primera parte (Cap. I) del Manifiesto de 1874 está repleta de medias verdades "de hecho". (L.C.)

[41] "La burguesía ha despojado de su aureola a todas las funciones hasta entonces reputadas venerables y en efecto veneradas. Del médico, del jurista, del sacerdote, del poeta, del sabio ha hecho (o tendido a hacer) trabajadores asalariados" (Marx, *Manif.*, Cap. I). (L.C.)

es naturalmente superior (un necio hecho presidente, un ciego hecho piloto, el comerciante mandando al pensador o al guerrero) dice Sto. Tomás que es "peccatum in móribus et monstrum in natura"[42], en lo moral constituye el pecado, en lo natural algo monstruoso. Esas monstruosidades se pagan caras. Y los efectos de esas monstruosidades, encarnados en vastas marejadas colectivas, que tienen algo de ciego determinismo de las fuerzas cósmicas, no se atajan con "Bridges de caridad en pro de las Obras de las Hijas de María Inmaculada" o con "Ballets de Beneficencia de las exquisitas damas de nuestra aristocracia (des)vestidas de negro en honor y pro del Patronato de Leprosos". No, no se atajan así, no se atajan así precisamente. Ni siquiera se atajan con gobernantes cortos y caducos que sean excelentes personas privadas, incapaces de matar una mosca. El buen gobernante, que no es igual que el gobernante bueno, debe ser capaz de matar un hombre, solía decir mi tío. Según Aristóteles los supremos actos del principado son la guerra y el "judicium cápitis". Mas para dar bien una sentencia de muerte precisa ser todo un hombre; y además, gracia de Dios, que en rigor es Él el único que puede matar. El tirano tiene casi siempre un precursor, que es el gobernante alcanzálamona. No hay vicio más irreformable que el hacer el mal por tontería.

---

[42] S. Th. In Arist. *De Anima* III, 16. "Si autem e converso accidit, quod appetitus superior transmoveatur ab inferiori, hoc est praeter ordinem naturalem. Unde et hoc facit peccatum in moribus, sicut peccata sunt monstra in natura ..." "Si por el contrario sucede que el apetito superior sea movido por el inferior, esto es contra el orden natural y de ello se sigue pecado en lo moral, así como los pecados son algo monstruoso en lo natural." (L.C.)

La visión teológica de la guerra española: ésa es la que no tengo yo, porque para tenerla habría que ser un santo[43]. Teólogo es aquél que profesa solemnemente ver con Dios, ver por todo a Dios. Habría que poder ver desde aquí (y es imposible) por qué una parte del admirable pueblo español (que se confunde con la esencia del Catolicismo, según un escritor español), por qué una parte grande del pueblo pobre de España se puso de golpe a odiar a Dios, sañudamente a querer destruir a Dios, es decir los sacerdotes, monjas, templos, cálices, crucifijos, imágenes; las imágenes terrenas de Dios.

Dicen: —Los rusos que se lo enseñaron.

Digo: —¿Y a los rusos quién les enseñó?

Dicen: —Satán.

Digo: —¿Y a Satán quién lo soltó? ¿Quién soltó los criminales de las cárceles madrileñas sino los millones de votos del Frente Popular, los votos de gente humilde que no quería saber más "con los curas"?

Por eso digo que precisaría ser Santo para hablar de esto, habría que hablar del fariseísmo, de esa sutil enfermedad del instinto religioso llamada fariseísmo. En cualquier manual de Psicología encontrarás que hay dos "aberraciones del sentimiento o del instinto religioso" (no están de acuerdo si es un instinto o un sentimiento, aunque yo creo que en el fino fin de todo es un conocimiento): una la superstición, otra el fariseísmo.

---

[43] Ésta es una guerra social-política, que tira a guerra de religión. A todo tirar, ésta sería una guerra de religión, como las guerras de la Contra-Reforma. Y las guerras de Felipe II y Richelieu, aunque los Papas las miraron con simpatía y aun cual Soberanos Temporales las ayudaron, jamás consintieron en comprometer la fe cristiana con los otros intereses profanos —muy respetables a veces— en ellas implicados, canonizándolas. (L.C.)

Los psicólogos se ponen a describirlo: no es la muerte, es como una esclerotización de lo religioso en uno. Es un complejo proceso, tiene muchas formas y grados: desde la imperceptible desecación y vuelta a lo exterior que es su comienzo, ese sobrepeso del cuerpo (social) sobre el alma (mística) de la Iglesia que llaman "religión estática" o "traspaso de una mística en política" (Peguy) hasta la odiosa y criminosa hipocresía —mezcla de orgullo, ambición, avaricia, mentira, impiedad, dureza— contra quien tuvo que luchar Cristo y ha quedado burilada en acero para siempre en las páginas del Evangelio. Entre aquello y esto hay infinidad de grados medios: aulicismo, curialismo, clericalismo o pretensión del clero a regir lo civil, eclesiasticismo rutinario, fanatismo ciego, estoicismo, ritualismo, fachadismo o religión de aparato, ambicioncilla, intriguilla eclesiástica, beatería, frailonería o repugnancia al trabajo y al riesgo, etc. Ver los libros de Psicología Religiosa.

¿Cómo hizo Rusia, la Santa Rusia, la Tierra-de-Dios para llegar a ser la sede de los Sin-Dios? Es imposible imaginarse el fenómeno del odio colectivo a Dios y la aparición del primer estado anti-teo[44], sin contar con el estado de la religión rusa, desvirtuada por diez siglos de Cisma, hundiéndose en el proceso degenerativo de la superstición y el fariseísmo, tal como fue dello testigo alucinado Dostoievsky[45]. Una plebe inculta y pasional de religiosidad profunda pero miope y turbulenta detrás de extraños monjes de turbia y vehemente mística como Zósima (cuando no de bestial superstición como

---

[44] San Pablo, II Tesalonicenses 2, 3-7.

[45] Ver por ejemplo los dos grandes frescos del "Staréts Zósima" (*Hermanos Karamazov,* libro II) y de la Comunión Pascual de los presos (*Casa de Muertos,* cap. X). (L.C.)

Rasputín), mientras allá arriba en las altas esferas los Popes de una iglesia de Estado montaban su guardia de policía espiritual en torno a los intereses de las clases pudientes. Caro mío, estos son hechos. No hay corrupción más pésima que la de las cosas óptimas.

El sacerdote debe odiar el fariseísmo en todos sus grados; es el primer deber de su ministerio celar la pureza de la virtud de la religión, la primera entre las virtudes morales; y debe discernirlo en todos sus repliegues con los ojos penetrantes del saber y del odio. Así lo odió Cristo. Le costó la vida. Jesucristo parece haber tomado el fariseísmo como empresa de su vida, como empresa personal de su poderosa personalidad viva. Jesucristo bajó a evangelizar todos los pueblos de la tierra, él con sus discípulos; pero él personalmente se reservó el pueblo de Israel y dejó los demás a sus discípulos. Bajó a predicar toda la ley de Dios, él con sus discípulos; pero él personalmente se reservó la prédica del mandato: "Amor a Dios y al prójimo", y dejó los demás a sus discípulos. Vino a luchar contra todos los vicios, maldades y pecados; pero él personalmente luchó contra el fariseísmo. Lo tomó por su cuenta. Ver los santos Evangelios.

Empezó a quebrantar el farisaico Sábado, a olvidarse de las cuartas o quintas abluciones, a tratar con los publicanos, perdonar a las prostitutas arrepentidas; a curar en día de fiesta, a decir que escuchasen a los maestros legales pero no los imitasen, a distinguir entre preceptos de Dios y preceptos de hombres de Dios, a poner la misericordia y la justicia por encima de las ceremonias, aun de las ceremonias del culto, y no del culto samaritano sino del verdadero; empezó a describir en parábolas más hermosas que la aurora el hondo

corazón vivo de la religiosidad, del reino de Dios que está dentro de nosotros, y es espíritu, verdad, y vida.

Lo contradijeron, por supuesto; lo denigraron, calumniaron, acusaron, tergiversaron, persiguieron, espiaron, reprendieron. Y entonces el sereno recitador y magnífico poeta se irguió, y vieron que era todo un hombre. Recusó las acusaciones, respondió a los reproches, confundió a los sofisticantes con cinglantes réplicas. Y haciéndose la polémica más viva cada vez, con unos enemigos que contra él lo podían todo, se agigantó el joven Rabbí magníficamente hasta el cuerpo-a-cuerpo, la imprecación y la fusta. Dos veces por lo menos, al principio y al fin de su heroica campaña, hizo manifestación de violencia, no se detuvo ante las vías de hecho. "Hijos de víbora", "sepulcros blanqueados", "raza adúltera", y el fulgurante recitado de las siete maldiciones (Mt., 23); "¡Ay a vos, escriba y fariseo hipócrita!" repetidas con fuerza inconmensurable. "Vae vobis, hipocritae!" ¿Está eso en el Evangelio canónico? ¡Está incluso en el Sermón de la Montaña, en el "dulce", en el "místico", en el "poético" Sermón de la Montaña (como dicen los que no lo han leído) aunque Tolstoi lo ignore y no acaben jamás de encontrarlo muchos católicos "bien"! Son los siete arbotantes de piedra de las Ocho Bienaventuranzas, el esqueleto férreo sin el cual el Cristianismo se vuelve gelatinoso, y el león de Judá deviene una especie de molusco, de esos que como las ostras y los pulpos pueden tomar todas las formas que quieran.

Si Cristo hubiese sido ostra, no lo hubieran matado. Lo mataron por eso y nada más: lo mató el fariseísmo. Mas Él parece haber seguido reservándose ese enemigo personalmente. Donde-quiera el fariseísmo ha empezado a mellar su Iglesia, la historia muestra que ha habido efusión de sangre y cosas divinalmente terribles.

Mueren inocentes y culpados —o se salvan a veces los más culpados, reservados quizá para la otra vuelta. Murió Cristo y Jacobo Menor y Esteban; y perecieron después los triunfantes fariseos a filo de espada romana. "Cabeza de Jacques de Molay en el Temple de París, cenizas de Savonarola en el Ponte d'Arno, cuerpo de Juana de Arco en Ruán, cárcel dura de San Juan de la Cruz y amenaza de muerte y veneno, vosotros sabéis cuan diabólicamente dañino y duro es el fariseísmo. Las corrupciones del espíritu son peores que las corrpciones de la carne"...[46]

El tío que había empezado bromeando acababa trágico: la gruesa vena de sus sienes se hinchaba. Conocedor del daño que le irrogaban las violencias de su genio, yo lo interrumpí para cambiarle el tema y echarlo todo a barato:

—Tío, párese. No sea el diablo que acabemos en una especie de Varrompisa...[47]

[46] No creo que mi tío igualase todos esos nombres al respecto de su personal mérito o demérito. Savonarola fue justamente condenado, Juana de Arco lo fue injustamente. Pero sus jueces eran todos fariseos. (L.C.)

[47] Alusión a *Raúl Barón Biza*, inquieto varón de licenciosa vida y cuantiosa fortuna, merced a la cual pudo dar a algunos de sus dislates forma de libros, tales como *Punto Final* y *El derecho de matar*. En el ambiente menos destapista de mediados de siglo, sus audacias en orden a los principios morales y algunas poses pseudo anarco-revolucionarias en materia sociopolítica, causaron escozor y justificado escandalete —y no pocas delicias de los aburridos cronistas de sociales. Hoy día, sus libelos serían considerados devocionarios por el patoterismo cultural vigente. Casado el susodicho Barón Biaza (o Varrompisa, vaya uno a saber) con Clotilde Sabattini, presidenta que fue del Consejo Nacional de Educación y mujer de notable belleza, hace unos diez años, atentó contra ella arrojándole ácido en el rostro, lo que prueba su catadura y estilo. Falleció hace un par de años (N. del E.).

—¿Qué es eso?

—Ese tipo del otro día, que dicen le ha escrito una carta de reprensión y desafío al Papa publicándola junto con una especie de hemorragia sexual-patológica en verso ("coprolalia" en el nombre médico) a modo de vómito de borracho, que un juez de Buenos Aires ha fallado judicialmente ser una obra de arte y pertenecer a la literatura.

—¡Dios nos libre! —exclamó mi tío agarrándose la cabeza. ¡Ahora me acuerdo! Pero sin embargo, si yo soy un católico fariseo, ¿y quién puede pararse limpio ante Dios?, si yo soy un fariseo, delante de Dios estoy debajo de ese Varrompisa que dices (que al fin será un pobre enfermo) y hasta estoy por debajo —si no intelectualmente, al menos moralmente— del mismo juez que aprobó el libro. Moralmente debajo del juez mismo.

—Intelectualmente debajo dese juez es casi imposible estar —dijo mi tío el cura.

Y añadió pensativo:

—En Madrid había jueces así en 1931, cuando empezó la tarantela —según me contó el cónsul español de Toulouse, había habido por mucho tiempo jueces y gobernantes dese tono. Cuando esto pasa, cualquier desastre que se prediga de una Nación no es improbable.

- IV -

La Última Parábola[48]

Yo sabia que no podía acabar bien; pero nunca soñé que fuera a sucumbir de un modo tan espantoso.

Mi consejo no le faltó. Fue más o menos éste:

«Hay que partir de este principio: es forzoso contemplar a los poderosos. Y no es difícil hacerlo si uno se pone a ello. Es algo indispensable. Hay que tomar a los hombres como ellos son y no como queremos que sean. Con el que tiene el poder, es inútil querer hacerse el tremendo. Hay que ponerse en razón.»

«Tu estilo de escribir es magnífico. Hay solamente las frasecitas. Son una frase aquí, otra allá, a veces ninguna, a veces dos o tres, que irritan a muchos y que suprimidas no perjudican para nada la belleza literaria del conjunto. También hay que resignarse a no tocar algunos temas demasiado candentes, que de cualquier modo que uno trate, descontentan a alguno inevitablemente.»

«Después de esto hay que ganar a Caifás. Caifás, en el fondo te aprecia. Por más que está ocupado en otros asuntos, no es hombre desprovisto de gusto literario. Un día dijo de vos: 'Compone espléndidamente. La

---

48 *Cabildo,* 25-X-44.

cadencia es perfecta, las metáforas son abundantes, los tropos son originales, lástima esas demasías que echan a perder todo. Si este hombre entrase de una buena vez con toda el alma por el camino que le señalan la ley y la voz de sus buenos superiores, podría hacer un bien inmenso, sin dejar de ser un escritor genial'.»

«Tus parábolas son muy buenas; algunas son pequeñas obras maestras del género. Eres un verdadero genio, te aseguro que eres genial. El Hijo Pródigo es una cosa intachable, lo mismo que la de los Talentos, aunque aquí ya la doctrina es un poco rara. La del Rico en el Infierno ya es bastante fuerte, un poco violenta, los ricos se pueden ofender de ella. La del Mayordomo Infiel, yo la entiendo bien, pero creo que es más bien para hombres muy inteligentes. Ahora, la de los Operarios en la Viña ya son palabras mayores, creo hubiese sido mejor suprimirla. Decididamente. Una parábola de menos no puede perjudicar la fama de un escritor ya reconocido como vos. Hay mucha gente a quienes ha caído muy mal, que la ha tomado muy a mal.»

«No estamos en Nazareth, ya no somos criaturas. En una gran ciudad como ésta, hay que enterarse que además de la Naturaleza hay una gran realidad: la política. El lirio de los campos, las aves del cielo, el sembrador, ¡muy bien! Allá en el dulce ambiente pastoril, el Reino de los Cielos, el Padre Celeste, la Causa de la Verdad está tan cerca de uno, tan a mano, que uno parecería los toca, toca el cielo con las manos... Aquí hay que contar con los mecanismos interpósitos, toda la organización oficial con los cuales también se va hacia Dios, aunque menos directamente. Que ese organismo tiene fallas, evidente: se trata de hombres no de ángeles. Que tienen puntos podridos, suponiendo que así

sea, no los podemos curar nosotros por ahora. No tenemos los instrumentos.»

Desde el cerro de Arcalón veíamos la sinagoga de Cesarea, el gran edificio chato entre sus andamios como un animal dormido. Yo le dije:

«Te repito que Caifás en el fondo no es inaccesible. Lo has disgustado mucho, lo has molestado mucho (sin querer, desde luego), lo has ofendido mucho, creo que está enflaqueciendo por causa tuya; pero en el fondo es un pontífice, es un hombre consagrado a Dios ante todo. El trabajo enorme que le inflige el manejo de los caudales del templo, ¿qué ser humano podría soportarlo a no ser por Dios? No ha tomado mujer a causa de eso. Caifás es accesible. No se trata exactamente de prohibirte la predicación. Se trata solamente de encauzar tu predicación de acuerdo a las normas. Al fin y al cabo son superiores tuyos y todo lo que hay en ti les debe estar ciegamente sometido; si se equivocan, ellos darán cuenta a Dios, es una gran tranquilidad de conciencia eso de poder resignar en otro la propia conciencia.»

«Hay que agarrar con fuerza esta idea: la Verdad debe ser administrada. La Verdad pura no es potable al hombre. La verdad necesita filtro, necesita paliativos y necesita administración. ¿Y quién debe administrarla sino el que oficialmente ha sido nombrado para eso?»

«Tienes que darte cuenta de cuán gran florecimiento religioso representa ese gran edificio, y todas las capillas, leccionarios y adoratorios repartidos por toda esta gran ciudad paganizada y turbulenta. Adorar a Dios en espíritu y en verdad está muy bien, pero ¡eh! no es espíritu sólo el hombre. La plata es necesaria para todo, incluso para la religión. No te imaginas la masa

de bien espiritual en almácigo que representa ese gran edificio que ahora se construye, el bien que se podrá hacer a los fieles en esa casa de Dios, que dirige tan acertadamente el arquitecto Jonatás: pero eso va a costar tres millones de sextercios y vos sos un hombre que nunca ha sabido lo que es ganar la plata. Es muy lindo abrir el Libro y decir: El profeta Isaías dijo: El espíritu de Dios me ha mandado a evangelizar la aridez; venid y yo os mostraré brotar la fuente de aguas vivas. Pero para decir eso hay que tener un techo, sobre todo si llueve. Para tener un techo hay que tener un gran salón. Para tener gran salón se precisa plata, mucha plata. Y la plata hay que administrarla bien. Cualidad en que nuestro gran Caifás, como no me negarás, no le cede la palma a ninguno. ¡Eh, eh!, es fácil despreciar a los que no tienen facilidad de palabra; pero la predicación ¿por ventura es todo? La administración es lo más necesario que hay en cualquier sociedad humana.»

«Ellos están en el medio de la política; yo y vos, nazarenos humildes, poetas de pueblo, escritores de tres al cuarto, ¿qué necesidad tenemos de tocar temas candentes, habiendo tantos temas sobre qué escribir con gusto y satisfacción de todos? Me dices que el predicador tiene ante todo que hacerse oír, porque un predicador que no le atienden, y nada, es la misma cosa. Y para hacerse oír hay que hablar del Reino, pues todo el mundo hoy día está embalado con el famoso Reino. Muy bien. Una cosa es hablar del Reino en general, como se debe hablar; otra cosa es descender al pormenor, hasta llegar a aludir a los herodianos, a los hilleitas, a los saduceos, y lo que es más grave, a los romanos. ¡Ay, ay, ay! La religión no tiene nada que ver con esas cosas, y a nosotros lo que nos interesa sola-

mente es la religión. El religioso debe respirar religión, debe comer religión, debe hablar religión y debe vivir religión en todos sus momentos; como hicieron aquellos grandes padres nuestros los profetas, que eran pura religión ambulante. Nada más que religión pura. Eso no ofende a nadie.»

«Ahora, si es verdad lo que me han contado, que has comenzado a aplicarte a Ti mismo las profecías y (lo que es muy propio de tu ingenuidad) a tomar las palabras de los Libros Santos ¡literalmente!, entonces, qué quieres que te diga, francamente, hemos sido amigos desde la niñez, y por mí, yo no deseo repudiar tu amistad, pero hay cosas que pasan los límites y que yo, sinceramente, te lo digo con toda la franqueza de la amistad, ¡yo no las entiendo!»

Así mismo se lo dije; y que Dios me mate si miento.

* * *

¡Pobre Jesús! Yo veía que por ese camino no podía acabar bien; pero nunca jamás soñé,

¡Dios mío!, que debía acabar ¡crucificado! ¡Gran Dios! ¡Crucificado!

- V -

EL RETIRO DE LA IGLESIA[49]

—¿Creen ustedes que antes del fin vendrá una gran apostasía?[50]

—Eso es de fe —intervino Mungué—. San Pablo lo dice y Nuestro Señor mismo afirmó: "Cuando Yo vuelva, ¿creéis que hallaré fe en la tierra?"[51]

—¿Creen ustedes que una apostasía general sería posible si la Iglesia estuviera vigente, llena de pureza, de justicia, de caridad y de luz? Es imposible. La gran apostasía hace concebible la gran persecución; pero la gran apostasía no es concebible sin una contaminación...

—Siempre ha existido contaminación —dijo la señora— y existirá, según la parábola de la cizaña: "hasta el tiempo de la siega..."

—Justamente —dijo el viejo— y hacia el tiempo de la siega es cuando el lolio, que esa planta y no la cizaña ni el abrojo indicó el Divino Maestro, es cuando el lolio se parece más al trigo...

—¡Ojo! —dijo Mungué— la Iglesia siempre se distinguirá de las sectas por sus cuatro notas: una, santa, católica y apostólica.

---

[49] *Los Papeles de Benjamín Benavides,* Parte III, Capítulo VI.

[50] Sobre la Gran Apostasía, ver *II Tesalonicenses* 2, 3-11.

[51] *Lucas* 18, 8.

—Ni los faros se ven bien en tiempo de niebla —pronunció sibilinamente el rabino...

—¡Eso es herejía protestante! —acusó Fulgencio— ¡El error de la Iglesia invisible!

El viejo lo miró en silencio un instante, y prosiguió:

—La condición del mundo cuando vuelva Cristo será análoga a la que tenía cuando lo dejó. El Rey de los Profetas para ver al mundo futuro, desde aquel montículo de Jerusalén desde el cual se veía el Templo, y ¡ay! el Calvario, no tuvo más que mirar su propia situación presente, ponderarla con amargura, y ampliarla en todas direcciones [...]

—¿De modo que entrará a reinar el fariseísmo en la Iglesia, como antaño en la Sinagoga? —dije yo alarmado—. La promesa de Cristo de asistencia perenne a su Iglesia y su conducción por el Paráclito... eso parece destruirla de raíz.

—Y la destruye —dijo el Mónaco

—¿Por qué? —dijo el rabino—. Las mismas promesas o parecidas fueron hechas a la Sinagoga por los profetas; y justamente en el punto en que esas promesas estaban por fallar, envió Dios a su Hijo para mantenerlas; el cual dijo: "En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos; haced pues todo lo que os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obras."[52] Pues la doctrina no faltó nunca; faltó el ejemplo.

—Pero eso es sumamente peligroso de predicar —dijo Mungué—, porque el pueblo perderá la confianza en la Jerarquía.

—Yo no lo predico: solamente lo temo —dijo mansamente el judío.

---

[52] *Mateo* 23, 2-3.

—Es que no lo debe decir siquiera, ni pensar, ni soñar —dijo Fulgencio.

—En nombre propio, no —dijo él—. Pero soñarlo ¿y quién pondrá puertas al soñar? Ya lo soñó Juan en el Apokalypsis, según creo.

—¿Dónde? —desafió Mungué.

—En cuatro lugares: la Iglesia de Laodicea[53], la Segunda Bestia[54], la Medición del Templo[55] y la Gran Ramera[56].

—¡Pamplinas! —dijo Fulgencio—. "Clara non sunt explicanda cum oscuris." Esos lugares son oscuros; la promesa de Cristo es clara.

El judío dejó caer los brazos con desaliento y se puso con aire cansado a hojear su Biblia.

—¿Qué demonios es propiamente el fariseísmo? —dije yo.

—¿Pues no lo conoce usted? —dijo el judío, cansado—. Está en los Evangelios.

—En el *Elenchus* contra fariseos, Mateo, Capítulo 23 —dijo el teólogo.

—En todo el Evangelio —bramó el viejo— Cristo no hizo más que luchar contra el fariseísmo. "Non sum missus nisi ad oves quae perierunt domus Israel." Fui mandado para las ovejas de Israel que perecieron.

—¡Qué exageración! —gritó Flor de Lino—. ¿Y los milagros? ¿Y la doctrina? ¡Eso es lo principal de la vida de Cristo!

—¿Cuál fue la empresa personal de Cristo como hombre, su hazaña y su trabajo, lo que unifica toda su

---

53 3, 14-22.

54 13, 11-18.

55 11, 1-2.

56 17 pass.

acción? ¿Cuál fue el corazón de Cristo, si él fue un hombre de corazón? Ciertamente no fue una dulzura blandengue, un sentimentalismo melancólico, blanducho y llorón hacia los hombres, y aun hacia los animales, como lo pintan hoy, incluso las estatuas de los templos, d'après Renan o d'après Tolstoi —dijo el viejo—. Ésa no fue la personalidad de Cristo, no fue su corazón.

—Nosotros somos devotos del Corazón de Jesús —dijo el monje— como el que más.

—¿Cuál fue pues su personalidad? —interrogó el teólogo Mungué...

—La lucha contra el fariseísmo, ese "pecado contra el Espíritu Santo" que le impedía su manifestación mesiánica y hería terriblemente su amor a los hombres y a los pobres y a los débiles... sin contar su amor al Padre —y a la Verdad. Ésa es la clave de su carácter, quizá la principal, la que engloba todos los rasgos de su espléndida personalidad humana —declaró Benya—. Yo sé lo que es el fariseísmo, aunque no lo sepa definir —añadió—. Lo he probado en mi carne.

—¡Pamplinas! El fariseísmo se acabó.

—Nunca —asestó Benya—. Ni se acabará. ¿Qué es lo que puede producir la Magna Tribulación, la peor prueba, si no el Magno Pecado, el peccatum ad mortem[57] que efectivamente infirió la muerte al que era la Resurrección y la Vida?

"Si eres deveras Hijo de Dios, baja de la cruz y creeremos en Ti"[58] —dije yo con un vago temblor.

—En efecto, ésa es la esencia del fariseísmo —Benya se volvió hacia mí con una sonrisa aprobatoria—. Crueldad, soberbia religiosa y resistencia a la Fe. Pero Cristo desde la cruz pudiera responderles: "Creed en Mí y

[57] *I Juan* 5, 16.

[58] *Mateo* 27, 40-42.

bajaré de la cruz." En efecto, cuando los judíos crean en Él, y los gentiles hayan caído en el pecado de muerte, bajará Cristo de su larga Cruz, que es toda la historia de la Iglesia.

—Ésta conversación no me interesa —dijo Fulgencio.

—El fariseísmo viene a ser como... los fariseos son "religiosos profesionales"... como el profesionalismo de la religión —dije—, recordando una frase de Gustavo Thibon.

—Ése es solamente el primer grado del fariseísmo, en todo caso —reflexionó el viejo—. A ver si podemos describirlo por sus grados:

El primero: la religión se vuelve meramente exterior...

El segundo: la religión se vuelve profesión, métier, gagne—pain.

El tercero: la religión se vuelve instrumento de ganancia, de honores, poder o dinero.

—¡Es como una esclerotización de lo religioso, un endurecimiento o decaimiento progresivo! —saltó el teólogo.[59]

---

[59] "Si Bertrand Russell dice que la fe es un acto de voluntad o de sentimiento y no un saber, está un poco justificado: *en muchos que profesan tener fe, puede no haber verdadera fe.* Yo estoy convencido que hay mucha gente que practica una religión, incluso *sacerdotes,* que no tienen fe verdadera. Es terrible en el sacerdote ese proceso por el cual la afirmación vital que es la fe se transforma en *oficio,* se va convirtiendo insensiblemente en hojarasca, palabrería y conceptos, sostenido todo por un interés. Bernanos ha descrito ese proceso en su novela *La Impostura,* los místicos le llaman 'tibieza' y el Apóstol 'fe muerta': *fe sin martirio, sin sufrimiento, sin incomodidad.* Y así, con multitudes de 'almas muertas' se ha formado en el mundo una gran supercherìa, la mística ha descendido a política, y la Iglesia parece a muchos un imperialismo más, un partido político o una gran sociedad anónima para la exportación del Cristianismo en latas." (Castellani, *Psicología Humana,* Capít. XI - Las Ideas, Jauja, Mendoza, 1997, p. 296).

—Y después una falsificación, hipocresía, dureza hasta la crueldad... —dije yo.

—Jesucristo en el Evangelio condenó a los fariseos —machacó fray Florecita— y con eso basta.

El judío se había quedado como absorto. Después prosiguió con una voz hueca y ronca...

—Yo tiemblo de decir lo que oso apenas pensar... Mi corazón tiembla delante de Dios como una hoja de árbol al pensar en el misterio del fariseísmo. Yo no puedo indignarme como el Divino Maestro; yo, miserable gusano, le tengo miedo —y de hecho se estremeció bruscamente todo su cuerpo, y dos lágrimas asomaron a sus ojos.

—Los otros grados —prosiguió— ya son diabólicos. El corazón del fariseo primero se vuelve corcho, después piedra, después se vacía por dentro, después lo ocupa el demonio. "Y el demonio entró en él", dice Juan de Judas.

El cuarto: la religión se vuelve pasivamente dura; insensible, desencarnada.

El quinto: la religión se vuelve hipocresía: el "santo" hipócrita empieza a despreciar y aborrecer a los que tienen religión verdadera.

El sexto: el corazón de piedra se vuelve cruel, activamente duro.

El séptimo: el falso creyente persigue de muerte a los veros creyentes, con saña ciega, con fanatismo implacable... y no se calma ni siquiera ante la cruz ni después de la cruz... "Este impostor dijo que al tercer día iría a resucitar"; de modo que, oh Excelso Procurador de Judea... Guardias al sepulcro.[60]

---

[60] En *El Evangelio de Jesucristo* (Homilía del domingo décimo después de Pentecostés), Castellani da estos siete grados: 1) La

—Bien, eso pasó una vez y no volverá más... —dijo Fulgencio—. La hipocresía no prospera hoy día en la Iglesia de Cristo. ¡Está la gracia de Dios!

—Dios lo quiera! —dijo Benya—. Pero ésta no es hipocresía vulgar: es diabólica, profunda, inconsciente casi. "Corruptio optimi pessima", es la corrupción de lo mejor, de la religiosidad, cosa que no tiene remedio. como la sal que pierde su salinez. La hipocresía somera que pintó Molière, por ejemplo, es casi inofensiva. Tartufo es un vulgar estúpido. Lo otro es mortífero. Cuando en la Iglesia ha salido un ramo de fariseísmo, Dios lo ha curado, pero alguien lo ha pagado con su sangre, desde Cristo hasta Juana de Arco, y hasta nuestros días. ¡El proceso de Bartolomé Carranza! ¡Y el caso de Jacinto Verdaguer! No digo que estos últimos no tuviesen sus defectos y faltas, los tenían y aun grandes, como Savonarola; pero dieron la vida en el fondo por repugnar al fariseísmo. Se entabla una lucha trágica entre la moral viva y la moral desecada, entre la mística real y las "mística convertida en política", que el hebreo alemán Max Scheler ha estudiado bastante bien en una monografía bastante buena... cuyo título he olvidado... ¡ah, sí! El Conflicto Trágico en la Moral. Justamente Max Scheler lo estudia en Cristo. Vence la moral viva —hasta ahora— y siempre; pero sucumbe el que la lleva en sí como una vida y una pasión.

---

religión se vuelve exterior y ostentatoria. 2) La religión se vuelve rutina y oficio. 3) La religión se vuelve negocio o "granjería". 4) La religión se vuelve poder o influencia, medio de dominar al prójimo. 5) Aversión a los que son auténticamente religiosos. 6) Persecución a los que son religiosos de veras. 7) Sacrilegio y homicidio.

SEGUNDA PARTE

Cartas a los Religiosos[61]

Sobre la Obediencia

A mis HH. los Profesos de la Prov. Argentina.
Amados hermanos en Xto. Jesús:

Entre los "medios para conservar la Compañía", nuestras Constituciones (X, 9) recomiendan "crebra communicatio rerumque mutua notitia", el frecuente y sincero trato epistolar de unos con otros. Este mandato de N. S. Padre no se satisface del todo con las corrientes Noticias de la Provincia que son secas, incompletas y aun a veces parciales o fútiles.

No quiero creer lo que me dicen que algún Rector ha parado estas cartas mías escritas con el corazón en la mano en homenaje y amor a la verdad; si así fuera, algún día dará cuenta de su conocimiento del Epítome, cánon 849, N° 6°. Yo digo: si a mí no me contestan de Roma, si a mí el Provincial no me oye, y si no puedo tampoco hablar con mis Hermanos acerca de nuestra Provincia tal como la tengo en el corazón, ¿qué clase de Sociedad sería ésta? El que destruye estas cartas tendrá que destruir también, si puede, el canon 849 y muchos otros del Epítome, incluso el 3°. Y es un hombre que tiende a destruirme a mí. Veremos si puede.

Yo de mí sé decir que quisiera hablar con cada uno de los NN. A ninguno le tengo rencor, malquerencia ni antipatía, al contrario. De todos aprendo algo: si dicen cosas originales, aprendo cosas nuevas; si dicen cosas comunes, me confirmo en lo que ya sé. Hasta de las pláticas del P. Rosanas saco fruto. A ninguno niego la palabra ni dejo de contestar las cartas; y considero que estas dos cosas, que por permisión de Dios he tenido que sufrir en carne propia, no son lícitas entre hermanos.

N.M.R.P. General me dijo una vez: "No se meta a reformar donde no tenga autoridad. Limítese a defenderse." El calamar y el periodista se parecen en esto, que se defienden con su tinta. Ahora que Dios N. Señor me concede algún vagar, y tengo que abandonar el periodismo "ad extra", me dedicaré un poco al periodismo epistolar "ad intra", porque no es justo que sólo para los de fuera haya yo aprendido este arte; pidiendo a Dios quiera darme algo útil a decir sin ofensa. Somos hombres, AA.HH., para no ofendernos de la verdad: hombres y soldados. Mas si alguna ofensa o defecto en estas cartas apresuradas se deslizare, con la multiplicación de ellas irán disminuyendo y con vuestra benigna indulgencia serán atenuados y subsanados. Para eso, las pongo bajo la alta protección de San Pedro Canisio, patrón de los periodistas.

Esta carta versará sobre la virtud de la obediencia. Uds. pueden saber más que yo acerca de ella, y la Carta de N P a los de Coimbra es un tratado completo. Pero puede no ser superfluo refrescar algunos conceptos de ella, basándose en la doctrina de Santo Tomás y la Escritura.

Estos conceptos son: la obediencia religiosa está enderezada a la perfección evangélica; sólo puede produ-

cirse en el clima de la caridad; y el abuso de la autoridad no solamente la hace imposible sino que constituye una especie de profanación o sacrilegio.

I

La definición de "obediencia" de Santo Tomás es "oblación razonable firmada por voto de sujetar la propia voluntad a otro por sujetarla a Dios y en orden a la perfección."

Esta definición contiene claramente los límites de la obediencia porque no hay que creer, A. H., que la obediencia es ilimitada. Todo lo ilimitado es imperfecto. La obediencia religiosa es ciega, pero no es idiota. Es ciega y es iluminada a la vez, como la fe, que es su raíz y fuente. Sus dos límites son la recta razón y la Ley Moral.

Ambos límites están también fijados por San Ignacio al afirmar a una mano que físicamente es imposible asentir a algo absurdo, y a otra, que no hay que obedecer cosa en que se viese pecado, no ya mortal solamente, sino de cualquier clase. No se puede ejecutar virtuosamente ninguna cosa donde exista la más mínima porquería, relajamiento, vileza o claudicación moral.

Esto significa simplemente que ningún hombre puede abdicar su propia conciencia moral, como nota el Angélico en De Ver. 17, 5, Ad 4m. "Unusquisque enim tenetur actus suos examinare ad scientiam quam a Deo habet, sive sit naturalis, sive acquisita, sive infusa: omnis enim homo debet secundum rationem ágere."[62] ¡No

[62] Cada uno está obligado a examinar sus actos según la ciencia que ha recibido de Dios, ya sea natural, ya adquirida, ya infusa: pues todo hombre debe actuar según la razón.

podemos salvarnos al tenor de la conciencia de otro! ¡No podemos eximirnos de discriminar exactamente con nuestra razón el bien y el mal moral, uno para tomarlo y otro para lanzarlo! ¡No puede ser nuestro guía interior la razón ajena: los actos morales son inmanentes y su "forma" es la racionalidad! Si bastara para salvarse hacer literal y automáticamente lo que otro nos dice ¿cuál sería entonces la función de la fe, de la oración, de la meditación, de la dirección espiritual, del examen y del estudio?

Nuestro Padre Ignacio recogió de los antiguos Padres dos expresiones metafóricas que si se tomaran literalmente engendrarían una monstruosidad. Como bastón de hombre viejo hay que obedecer y a manera de cadáver hay que obedecer: sí señor, pero no antes que la conciencia moral haya asimilado el mandato, colocándolo en la línea de su conocimiento de Dios y haciéndolo escalón de fe y de caridad divina. Es evidente que esto no se puede hacer con una cosa torpe, absurda o ridícula. El "ir a tomar la leona y traerla al superior suyo" podrá haber sucedido en la prehistoria del Cristianismo, aunque por cierto a mí no me consta; pero ningún teólogo sensato lo tendrá por lícito en casos normales.

El obediente verdadero obedece al Superior menor a la luz de la voluntad conocida y amada del Superior mediano; y al Superior mediano a la luz conocida, entendida y amada del Superior Sumo; y la de éste a la luz de las Reglas; y éstas a la luz del Evangelio; y éste a la luz interior que el Espíritu Santo imprime en los corazones y con la cual el Verbo ilumina a todo hombre venido a este mundo; de manera a formar una escala luminosa por la cual cualquier voluntad contingente o

ínfima haga actos muy excelentes, superiores a su propia habitualidad tomada separadamente, por su unión con otras voluntades mejores, y en definitiva con la de Dios. Y la voluntad de Dios, no es de derogar el orden natural sino de coronarlo y sobreelevarlo.

Con esto queda dicho que la obediencia no se inventó para que en la vida religiosa se hagan cosas raras, feas o disparatadas; para que el orden natural se vuelva del revés y los necios presuman guiar a los entendidos y "llevarlos al hoyo", como previno N. Señor en la Parábola de los Ciegos. No se inventó la obediencia para substituir en el gobierno de los hombres la inteligencia por el antojo de los ambiciosos o agitados; ni para pretender que el que no sabe un oficio se entrometa a corregir al que lo sabe; ni para destruir en los hombres la conciencia profesional ni la honradez intelectual; ni para permitir que ocupen los comandos los mediocres engreídos, esos "superiores briosos y sin letras" a los cuales la cordura de Mariana atribuía la causa de los desórdenes sociales en la Provincia Española bajo Acquaviva. Si para tales cosas dijera Cristo: "Qui vos audit, me audit"[63] y para eso reglamentara la Iglesia la vida religiosa; pensarlo es blasfemia, porque entonces más valiera que Cristo no hubiera venido.

Los que llevados de cualquier pasión, o por ignorancia o por malicia, sabiéndolo o no sabiéndolo, quieren hacer un "cadáver" literal de sus súbditos; o bien se sujetan al Superior con el servilismo inerte de estólidos "bastones"; pecan, abusan del don de Dios, desacreditan a Cristo. Como toda virtud marcha en medio de dos vicios, así la obediencia camina entre la insumisión

---

[63] Quien a vosotros escucha, a mí me escucha (*Lucas* 10, 16).

por un lado y por otro la sujeción servil, el espíritu de esclavo, la obsecuencia muerta, la dependencia al hombre como hombre, la ignavia[64], la pereza de pensar y la cobardía de ser persona, cosas todas que son abominables a Dios y al varón Cristo y que impiden al hombre ser dueño de sí, tomar el timón y ser el capitán de su propia alma.

Lo cual es el principio de toda vida que no sea infrahumana y mucho más de una vida sobrenatural.

II

La verdadera obediencia pertenece a la virtud de la religión, la primera de las morales; y por tanto sólo puede producirse en el clima teologal de la caridad. Sin caridad es informe. Una virtud informe es a veces más peligrosa que un vicio, "por ser grande el peligro de la vía espiritual cuando sin freno de discreción se corre por ella". Ésas son las "virtudes locas", que a semejanza de las "verdades locas" de Chesterton, son dinamita.

El P. Genicot pone el caso de un súbdito que notase en el Superior señales inequívocas y habituales de hostilidad o enemistad; y preguntándose si en este caso estaría obligado a obedecerle, responde que no, incluso en los mandatos donde no se vea formidolosidad[65]; pues un enemigo nos desea de suyo la destrucción aun sin saberlo. Cesa la obligación de la obediencia, por incumplimiento por parte de uno de los "contratantes".

Aristóteles enseña (Eth. Nic. IX, 6) que una sociedad cesa de serlo si se deseca en ella la "concordia", que es la amistad social; entre religiosos llamada "caridad".

---

64 Apatía, flojedad.

65 Temor.

En ese caso hipotético, el mecanismo de la obediencia se convertiría en un esqueleto sin carne, en una máquina monstruosa que parece humana pero puede ser ocupada de hecho por el demonio: máquina que no puedo considerar sin horror. En efecto, en tal caso, aquel inmenso poder que presta a un mortal la atadura omnímoda y total con que otro se le ha sujetado como si fuese al mismo Dios, moviéndose desordenadamente y sin el control del amor divino y el lubricante del afecto humano, puede producir estragos, puede torturar de una manera increíble; y yo no dudo que puede, permitiéndolo Dios, llegar al homicidio indirecto poco menos. La historia parece confirmarlo. Omnis, qui odit fratrem, homicida est[66].

En efecto, se produce el caso de la madre desnaturalizada, que es, dice Aristóteles, la bestia más cruel que existe:

¿Puede darse este caso? ¿Es posible esta desaparición de la caridad y la consiguiente aberración del poder en lo religioso? Hélas, todo es posible al hombre corruptible y el mortal puede abusar de todo, incluso de la Eucaristía, como vemos en la Primera a los Corintios, XI. Esto, hablando en tesis. Hablando en concreto, me parece difícil que acaezca en nuestra Compañía, que parece conservar de San Ignacio una herencia persistente de nobleza y dignidad independiente de la eventual baja cuna o plebeyismo de tales o cuales superiores, y una de las contingencias más temibles de la ambición y el nimio apego al mando.

Sin embargo nuestros enemigos nos han descrito muchas veces con esa figura de máquinas inhumanas,

---

[66] Todo el que aborrece a su hermano es un asesino (*I Juan* 3,15).

autómatas inertes, conciencias mutiladas. No solamente poetastros delirantes como Eugenio Sué, sino hombres de talento, aunque adversos a nosotros, como Michelet, Quinet, Eduardo Estauniée, Boyd Barret, Aldous Huxley, se han aplicado minuciosamente a hacer grandes retratos odiosos de la Compañía como máquina destructora de la personalidad humana y fabricadora de horrendos "robots" con sotana. ¿Qué veían en ella para poder hacerlos? Veían las reglas sin el interior espíritu de amor y caridad. Veían lo que sería la Compañía si se violase en ella la Regla Primera. Veían lo que puede ser la Compañía de Jesús sin gobierno o con mal gobierno; y lo que tiene el deber gravísimo de evitar la Congregación Provincial y la Congregación General.

A las cuales asisto por medio de esta carta. Porque a mí, la voz pasiva me la podrá quitar el Provincial, pero la voz activa me la dio Dios. El que tiene boca, a Roma va, —dice el proverbio.

III

De la misma definición puesta arriba, se deduce la tercera de las propiedades de la obediencia, a saber: que ella ata al Superior lo mismo que al súbdito de tal modo que a causa de ella un mandón indiscreto, un inepto para dirigir, un superior sin luz puede cometer como una especie de profanación o sacrilegio. En efecto, los votos hacen al religioso, según Santo Tomás, "res sacra"[67] a manera de los antiguos sacrificios. Dios mató a los profanos que comieron los panes de la pro-

[67] Una cosa sagrada.

posición, que eran panes no consagrados, sino meramente ofrecidos a Dios por el pueblo.

Mi buen amigo el P. Prato O.M.R.C. desenvolvió discretamente esta doctrina de Santo Tomás en el retiro que dio a los PP reunidos para el Capítulo Provincial: probó que un religioso era más sacro que un cáliz, una patena o una custodia, con los cuales consta que se puede pecar aun gravemente por irreverencia o profanación. Es una custodia viviente: para él se han hecho todas las custodias de la tierra. Para el hombre se hizo el sábado.

Si a algo creado se puede comparar, sería a las mismísimas especies sacramentales, depositarias de Cristo. Porque por la gracia no solamente en él vivimos nos movemos y somos, sino que veramente "vivit vero in me Christus"[68]; y por la profesión religiosa, somos simpliciter cosa e impersonación suya. Por eso es sacrilegio matar a un clérigo o poner en él violentas manos. Por eso también es profanación tratarlo como animal o planta.

Ahora bien, el cordón umbilical (si licet) de esta transvitalización no es otro que el voto de obediencia; el cual por consiguiente agarrar con torpeza, manejar con descuido o izar con violencia es cosa gravísima. Usar del mandato bajo santa obediencia de cualquier manera, para cosas absurdas, irrazonables, fútiles, inútiles, inconsideradas o simplemente menores en volumen o ridículas en importancia, es pecado grave según todos los teólogos. Es pecado de irreverencia y desecración.

---

[68] Es Cristo quien vive en mí (*Gálatas* 2,20).

En la Primera a los Corintios San Pablo explica las frecuentes enfermedades y muertes prematuras de los fieles por las irreverencias y abusos vigentes hacia la Sagrada Eucaristía. De donde arguyen los teólogos que Dios castiga esta especie de pecados con flagelos corporales. "Ideo inter vos multi infirmi et imbecilles et dormiunt multi."[69]

Habiendo pues una analogía perfecta entre el Sacramento y el sacro hombre que es el religioso, bien se puede temer en pura fe que un bajón en la pureza, la verdad y la caridad en el modo de mandar, la falta de justicia distributiva en el gobierno, y la flojera e impotencia en reparar las injusticias y las iniquidades, no atraigan el peso del brazo airado de Dios sobre las comunidades religiosas.

He de decirlo aunque sea grave: el terrible destino del Padre Abel Montes, el lento naufragio de esa fina y delicada personalidad —de la salud en la neurosis, de la neurosis a la demencia, de la demencia en la muerte trágica y desolada— pudo muy bien tener como causa las fallas de la caridad en la Provincia y el uso inconsiderable del mandato ciego.

No me consta. Pero tengo suficientes datos para creer, delante de Dios Nuestro Señor, que no es imposible. Y eso ya es bastantemente grave.

Si no me consta, ¿por qué lo digo? Porque debo decirlo. Para que no se me pudra dentro.

Sea ello como quiera, Deus scit, el caso es, AA. HH. míos, que estas consideraciones son verdaderas y no pertenecen al mundo de la estratósfera ni al planeta

[69] Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles, y mueren no pocos (*I Corintios* 11,30).

Marte; y me ha parecido expediente in Dómino hacerlas para mí primero y luego para quien quiera recibirlas.

Si nadie quisiera recibirlas: si la afición al ocultismo y el "tapujismo" vigentes en la Provincia echara tierra encima de esta luz que por el más indigno de sus hijos se hace patente, si los Rectores prudentes se creen con derecho e impedirme la "communicatio crebra" con mis carísimos Hermanos y Padres, después que se me ha excluido de la Congregación Provincial y se me ha difamado por nuestras casas, ¿creen que voy a morir por eso? Ni siquiera me van a parar, juro al cielo. Será peor para todos.

Invenciblemente non sine númine[70] me siento obligado a decir mi verdad, por la vía que me queda abierta, en el momento en que nuestra amada Provincia, como la Compañía toda y la Iglesia por entero se preparan, como dijo su Santidad Pío XII, AL FUTURO PRÓXIMO ENCUENTRO DE CRISTO CON EL MUNDO.

En unión de oraciones sinceramente

Professus Mínimus

---

70 No sin inspiración divina.

Sobre la Pobreza

Amados hermanos en el Rey Cristo:

Estoy seguro que estas cartas llegarán de algún modo a vosotros, aunque sea en forma de herencia póstuma. Tengo ahora la impresión de que los días que me restan por vivir son pocos, y siento como si no hubiese hecho en mi vida nada que valga la pena, un sentimiento de frustración o desencanto. El "cupio dissolvi et esse cum Christo"[71] no tiene en mí ciertamente mucho mérito. Yo no he tenido juventud. Mi disolución comenzó pronto.

He sufrido la pobreza efectiva en forma mucho mayor que la mayoría de los hombres: ha habido días en mi vida que he sido invisiblemente más pobre que Lázaro y que Job. Y por medio de ello, he venido a concebir un gran sentimiento y aprecio de la pobreza virtud, o por mejor decir, basamento de las virtudes, que es necesaria para la vida interior y que en su grado supremo se confunde pura y simplemente con el Reino. En el vacío total de todas las cosas, el alma toca en la oscuridad a Dios.

[71] Tengo deseo de morir y estar con Cristo (*Filipenses* 1, 23).

La pobreza es una gran desconocida. Hay quienes parecen pobres y son ricos, y hay quienes parecen ricos y son pobres. La pobreza consiste en el desapego interior hacia los bienes de la tierra, en un desprecio iluminado de todo lo que no es Dios. ¿Y qué es eso sino conocer de hecho "in actu exercito" a Dios?

La pobreza es muro, la pobreza es madre. San Francisco la llamaba su Esposa. Aquí hay misterio: porque a prima faz parecería la pobreza una condición negativa de la vida virtuosa, que elimina una cantidad de peligros y aleja los pecados por el hecho de hacerlos imposibles; pero también imposibilita una cantidad de actos buenos, sustrae al hombre a la grandeza, y, como notó Aristóteles, le hace impracticables las virtudes señoriales de la largueza, la magnificencia y la magnanimidad. Por eso en el Psalmo se alaba al hombre "que pudo transgredir y no transgredió, hacer el mal y no lo hizo." Pero el Profeta, más profundo que Aristóteles, notó que la raíz de la gloria de este varón estaba en que "no puso su confianza en el dinero y los tesoros", señalando de ese modo la raíz verdadera de la pobreza evangélica, que es el desapego interior, hijo de la fe en Dios.

La pobreza esencial es el desapego y renunciamiento permanente y gozoso de los bienes de este mundo, los cuales están representados por el dinero, pero no son solamente el dinero. La falta de dinero del fraile pobre corta de raíz el acceso a las grandes concupiscencias de la carne y el poderío, haciéndolas imposibles en el efecto; pero aun con falta de dinero se puede (como sabéis) no ser evangélicamente pobre: se puede tener atado el corazón a fruslerías, se puede estar apegado a vanidades, se puede manejar el dinero común como propio, se puede considerar a súbditos y hermanos

como rebaños, que deben rendir su lana y su trabajo. En suma, existe el tipo humano que los ascetas llaman "el religioso propietario".[72]

El desapego permanente y gozoso lo puede concluir solamente el amor de Dios, el cual no se halla nunca en verdad sin el amor al prójimo, el cual a su vez no puede existir válidamente sino injertado en ese noble afecto de la amistad humana, que Aristóteles llama no solamente una "virtud" sino campo de todas las virtudes. No cede nunca el hombre ningún bien sino por un bien mayor, pues "tender al bien" es lo que llamamos en él voluntad. Lo que decíamos de la obediencia, que no puede existir sino en un clima de caridad, se debe decir de la pobreza. El amor de Dios es en ello no solamente su "forma" sino también su "causa eficiente", lo cual no os parecerá imposible, si consideráis las leyes de la causalidad recíproca[73].

Mas el hecho de haber pronunciado el voto y renunciado a sus bienes no pone ipso facto al religioso en posesión de ese desapego activo y gozoso. El desprendimiento es una disposición positiva del alma y no una mera negación; es un continuo preferir a Dios tan real y tangible como el batir de alas en un pájaro, un senti-

---

[72] En un cuaderno de notas personales, y con fecha 30-III-58, Castellani transcribe un pensamiento de Berdiaef: "Para no dar razón a los marxistas, que achacan a la religión el ser un *instrumento de explotar*, es menester que sus ministros se abstengan rigurosamente de usarla para sus fines utilitarios." (*El Cristianismo y la Lucha de Clases*, p. 140).

[73] La caridad es causa de toda la bondad de nuestra alma; es superior a todas las otras virtudes como causa motriz, como fin y también como forma, pues al lanzar hacia a Dios la voluntad inflamada de amor sobrenatural, arrastra todos los actos virtuosos y les impone así su propio sello.

miento a veces levemente doloroso y vertigoso de soledad y de vacío. Hay religiosos que tienen un gran miedo a las mujeres y ningún miedo a los cargos y dignidades; que se atufarían de estar a solas con una mujer, pero no temen manejar en el mayor secreto, escondiéndolos a todos, los recursos de la casa; que se confesarían de haber tocado con los dedos un cuerpo femenino pero que zambullen los brazos con gozo en negocios y traficaciones, que por lo demás, por justo juicio de Dios, casi siempre les salen mal. Conciben la pobreza como una virtud negativa, o quizá como una virtud para los súbditos, de la cual ellos están dispensados. Parecerían creer que los bienes terrenales son peligrosos en el mundo, pero pierden toda su peligrosidad adentro de la clausura. Adentro de la clausura es justamente donde son más sutilmente peligrosos. Aquí es donde el diablo hace sus mejores carambolas.

Hay religiosos a quienes el voto de pobreza ha frutado el ciento por uno en esta vida, haciéndolos granjeros, gerentes o financistas, cuando su capacidad real los hubiera hecho en el mundo horteras o empleados públicos. La vida frugal y el trabajo continuo de cantidad de religiosos puede producir naturalmente grandes entradas de dinero, el cual no es del Superior absolutamente, sino de los pobres de Cristo, que es como decir del mismo Cristo. Mas el terrible afecto del "apego", que es natural al hombre, y en el no-espiritual es inevitable, colándose a hurtadillas en el Superior, puede convertir a los conventos en verdaderas empresas de oculta explotación del hombre: colmenas sórdidas donde muchos se desentrañan para que unos cuantos, en medio del mayor "ocultismo", gasten sumas cuantiosas en cosas inútiles, cuando no en formidables

equivocaciones, como por ejemplo en construcciones estultas, feas a los ojos de Dios y de los hombres. Si en tiempos de la Reforma llegaron a escandalizar los Papas que hacían hacer estatuas hermosas, ¿qué será hoy día los Superiores religiosos que convierten el pan de los hambrientos en capillitas de Colegio, en cuadros atroces o en libros idiotas?

Una de las señales más claras de la decadencia de una Orden es el malbaratar de sus bienes, que tiene tres grados: uno es el descuido en administrarlos; otro, el despilfarro en gastarlos; y el tercero, la producción de cosas inútiles, torpes o feas. Tomemos por ejemplo los libros, producto tan propio de la Compañía. Las ediciones costosas de libros pertenecientes a cierta "literatura de propaganda de la Orden" causan desprecio en los seglares y molestia en los NN. sensatos. Resulta que mientras el adulador tiene Mecenas, el buen escritor no halla editores, desorden máximo en un tiempo en que el libro, la revista y el diario tienen esencial importancia para la religión, como notó el P. General Ledochowski en su Alocución a los Procuradores en 1921. El escribir es un asunto personal, el asociarse con otros poco puede ayudar a conseguirlo, es más bien un don doloroso de Dios que otra cosa; pero el conseguir que lo bien escrito se edite convenientemente, se difunda aptamente, y obtenga el máximum de efecto, eso sí es una obra social, y se concibe que se reúnan en sociedad los hombres para procurarlo. ¿Qué sería, pues, una sociedad que con todo el peso inmenso de su organización tendiera al efecto contrario, a sepultar y aniquilar al buen escritor para dar paso franco al escritor inepto, mistificador o engreído?

En su libro Historic Thames, el gran Hilaire Belloc describe cómo la orden de San Benito salvó la cultura europea y con ella la religión de Cristo "proporcionando en sus monasterios vagar para el esfuerzo literario a los capaces, en tanto que dedicaba a los demás a una regla de trabajo asiduo y perseverante." Si la Compañía de Jesús no fuera capaz de lo mismo; si al contrario, a los hombres que Dios gratuitamente le mandara capaces del trabajo y vida intelectual los hiciera pedazos o los castigara por el hecho de tener talento, ¿qué duda cabe que se hubiera convertido en un instrumento del diablo? Dios nos libre de semejante maldición.

El dinero empleado en la tan abundosa en nuestra Provincia "literatura de propaganda", debería según la voluntad de Dios Nuestro Señor darse a los pobres, en el caso de que por falta de visión y consejo intelectual no pudiera emplearse en la suscitación de libros gloriosos a la Iglesia y a Dios, útiles a la Patria: obra ésta máximamente propia de la Compañía, y mínimamente floreciente en nuestra desdichada Provincia. Esa "literatura de propaganda" es indecorosa y contraproducente; recordemos la cómica aventura de la Historia del Seminario del P. Isern: de la cual un centenar o más de ejemplares regalados pomposamente a un "Congreso de Historia" que se reuniera en 1936 (si no me engaño) fueron vendidos pocos días después a $0,20 el ejemplar por el portero del Congreso a una librería de viejo, y encontrados por mí en lo de Palumbo [74].

---

[74] «Estamos inundando el mundo de literatura ascética mala, sosteniendo revistillas insignificantes y aun oprobiosas, honrando a malos escritores y oprimiendo a los buenos. He aquí los hechos. (Castellani, *Diario*, 9-I-48).

Si la alabanza en propios labios envilece, no se exceptúa de esta vileza la alabanza colectiva, la autoalabanza indirecta trompeteada a modo de propaganda comercial con estilo de "affiche" en la exhumación inoportuna e iliteraria de glorias pasadas, que piden más bien imitación que trompeteo. En la vida del Patriarca de Asís léese que se indignaba con sus frailes cuando hacían ditirambos de los antiguos santos y mártires, diciendo con razón el gran Francisco que los santos querían más ser imitados que alabados; y que honraba al mártir no el que parlaba de él, sino el que se le parecía. Una cosa es San Ignacio de Loyola y otra cosa los que escriben vidas de San Ignacio de Loyola.

Así que el gastar mal el dinero común es falta de pobreza, y no pequeña; y una presunción de esa falta existe dondequiera que el dinero común se maneja con demasiado "ocultismo". El que no maneja el dinero como suyo sino como de todos, no tiene dificultad en consultar con todos, al contrario, se siente como obligado a ello; y muchos ojos viendo más que dos, muchos errores se evitarán, que ahora se han hecho, y son irreparables. Cosas enteramente equivocadas como el Colegio de Santa Fe, grandes sumas de dinero tragadas por crasos tropiezos de mal contador, la venta apresurada y secreta del Parque Martínez que fue a enriquecer a un dueño de burdeles, la compra de nuevas y nuevas casas de campo para Colegios que a veces están ya en el campo, el error inicial de esa "Universidad" campiriña y pampeana, productora de flores de estufa; en suma, el panorama entero de las finanzas de la Provincia manejadas en el más alto secreto y con la más evidente crasitud y puerilidad, son para mí actualmente objeto de contemplación maguer amargo: veo en él

la mano de la Providencia escarmentando no sin ironía a los falsos pobres que somos.

Huysmanns notó con horror en Lourdes que la Iglesia se estaba convirtiendo en creadora de fealdad, habiendo sido o debiendo ser productora de belleza; y vio en este hecho la huella del paso del Bajísimo. No es necesario ir a Lourdes para experimentar ese horror religioso. La Iglesia Argentina se ha aplebeyado: no se ve en ella más la virtud de la magnanimidad, pareciera por momentos reinar en ella un verdadero odio a la inteligencia, un resentimiento contra la belleza y la vida. No hay cosa donde ponga la mano que no deje con el sello de lo charro. Nuestra Provincia no se ha exentado de ese plebeyismo, resentimiento o lo que sea. Cuando llegué de Europa, el P. Isern había hecho una "Exposición del Libro Jesuítico" que era una verdadera exposición de vergüenzas. Las obras de arte que de vez en cuando encarga algún colegio nuestro son bodrios abominables. Del libro ya he hablado: basta que un libro sea vulgar, tonto, alabancioso o inútil, producto del ocio, de la vanidad o de la necesidad y no del trabajo, para que la Provincia lo prohije. La Censura en ella parece funcionar perversamente al revés, contra naturam, dando que reír al diablo. ¿Qué más quiere el diablo sino que se desperdicie el dinero de los pobres de Cristo y sea empleado en hacer aparecer a la Iglesia ridícula, fea o despreciable? El Judas hizo un trabajo más fino: sus treinta dineros se emplearon en algo útil.

Así que, hermanos carísimos, hay pobreza efectiva y hay pobreza afectiva; y se puede pecar contra la pobreza cerca de los bienes particulares y también cerca de los bienes comunes. En monasterios de monjas he visto cosas enormes en materia de apropiarse una Superiora

la casa y hacerse la dueña, convirtiendo a sus hermanas en sirvientas: cosa que en las mujeres resalta más, por ser ellas más espontáneamente mandonas; y lo curioso es que parece esta tentación atacar principalmente a las de más humilde extracción y baja cuna[75]. El hecho de mantener a los Superiores perpetuamente o largo tiempo en sus cargos contra el espíritu y la letra del Derecho, contribuye grandemente a esta tentación en hombres de poco espíritu. ¿Y qué diremos de los que una vez nombrados Superiores, careciendo de otra superioridad que la titular, se aferran de tal manera a sus cargos que no dudan en mistificar a Roma acerca de sus gobiernos, con el fin de mantenerse en ellos, deformando la verdad, produciendo informaciones parciales, tomando ojeriza a los súbditos en quienes temen vista clara o lengua ingenua y aun por ventura calumniándolos y desprestigiándolos a tiempo para que no lleguen a hacerles sombra o a descubrirlos?

---

[75] Es cosa de gran peligro
Un plebeyo en alto estrao.
El que no está acostumbrao
A mandar y a gastar plata,
Si se encumbra, desbarata
Y es casi pior que un malvao.

Como se cuenta en el cuento
Del pavo que hicieron Rey,
Que se le partió la grey
Y murió de pesadumbre.
Hay que ser ave de cumbre
Para saber hacer Ley.

Hay que estar cerca de Dios,
Que es Orden y Jerarquía.
Siempre mi padre decía:
Si estamos en mal estao,
Es que falló el Patriciao
Y se entronizó otra cría.

Estamos aplebeyaos,
Y lo digo sin encono.
Y aunque la cuna no abono,
Cuando ella es pura fortuna,
Quien viene de baja cuna
Peligra mucho en un trono.

Nobleza se necesita
Para no ser mal mandón.
Y nobles dos solos son,
Según yo lo esperimento:
O noble de entendimiento,
O noble de educación.

(*La Muerte de Martín Fierro*, Canto Nono)

Este estado de cosas arruina de tal modo la pobreza virtud, que a veces la vuelve imposible a los mismos súbditos, tentándolos el ejemplo del Superior propietario; y aun quizá forzándolos la misma necesidad a tener peculios o reservas precaucionales para proveer a sus necesidades, que el Superior egoísta ni remedia ni conoce ni le interesa conocer. Tampoco incita mucho a nuestros Operarios a traer limosnas a nuestras casas el ver de qué manera ellas son empleadas; y la idea amarga de que el trabajo de uno está siendo explotado por otros que no trabajan efectivamente ni producen nada útil, sino que solamente se agitan y consumen, no puede por menos de producir en los religiosos el mismo efecto que el Capitalismo actual produce en las masas proletarias. Se disuelve el vínculo social, perece la concordia y hace su aparición la llamada "lucha de clases".

Ningún Superior tiene derecho en la Compañía a retener los instrumentos de trabajo fuera del alcance de los hombres de trabajo, porque eso ofende la ley natural. Pongamos por ejemplo que en una casa hubiese un Nuevo Testamento en etiópico y un profesor de Escritura que supiese etiópico; y el Provincial retuviese el libro en un aposento sin querer prestarlo a nadie porque el libro está lujosamente encuadernado, con bordes de oro miniados al buril, y hace una linda vista sobre su mesa. Ese Provincial faltaría (según Santo Tomás) a la justicia conmutativa, cuyo es dar a cada cual lo suyo, en tal forma que, en caso de grave necesidad, el Profesor estaría autorizado incluso a ROBÁRSELO.

Este ejemplo grotesco ilumina muchos casos reales de retención de los instrumentos de trabajo en manos de ineptos, los cuales no son ya grotescos sino trágicos. Dado que nadie tiene derecho a condenar a un hombre

de trabajo a la inacción, después de haberlo formado, el caso real que se plantearía, en la emergencia de que le quitaran los utensilios para dárselos a un idiota que se divierta, sería el siguiente: "Mi Madre la Compañía no me da instrumentos de trabajo, Dios quiere que los busque." Y una vez buscados y hallados, si un Superior bizco quisiera quitárselos de nuevo, la respuesta debería ser: "No debo entregarlos: no son míos."

Éstas son las consecuencias, mis amados hermanos, de la brecha abierta en el muro de la Santa Pobreza por hombres que estuviesen tocados del tizne del apego; y ojalá que nosotros las conociéramos solamente por haberlas leído en las historias.

En cambio cuando reina aquel santo y necesario desapego, la vida religiosa rebosa de salud y de hermosura. Las virtudes de la limosna, de la munificencia y de la magnanimidad son practicadas excelentemente por los pobres de Cristo con asombro de Aristóteles, no singular sino colectivamente, con gran edificación del pueblo cristiano: sea porque reducidas sumas de dinero por su buen aprovechamiento rinden efectos magnos, como fue el caso del "Apostolado de la Prensa" de Madrid, sea porque simplemente se consiguen y se emplean según el Corazón de Cristo sumas cuantiosas, como en la Nueva Gregoriana de Roma, mi Alma Mater.

Y así fue la Compañía de Jesús, si lo observáis, en la mente de Nuestro Padre San Ignacio. San Ignacio fundó la compañía para "bautizar lo sociológico", es decir, para hacer en defensa de la Iglesia obras de gran empuje, de largo alcance, y de efecto trascendente, no sólo individual sino colectivo y aun universal, si posible fuere. Para esas obras se necesitan a veces instrumentos materiales poderosos y caros. ¿Cómo conciliar la

magnanimidad en pro de la Iglesia con la desnudez total de los pobres de Cristo?

San Ignacio concibió hombres tan bien formados que su trabajo fuese innegablemente reconocido como útil a la colectividad donde viviesen, y tan desprendidos que estuviesen prestos a vivir mendigando, en casas tan desinteresadas que no tuviesen ningún bien estable o renta para su manutención, y donde todo fuese como de prestado; pero que fuesen baluartes mantenidos si fuera posible de día en día por esa misma colectividad o "ekklesía" con todo lo necesario a un baluarte: armas y pertrechos de un Colegio, una Universidad o una Casa de Escritores, colaboración hermosa de la liberalidad del laico con el heroísmo del monje.

En otra carta estudiaré cómo decayó este ideal de la Casa Profesa, no sólo por causas externas sino por una causa interna, que fue la decadencia de la formación de los NN[76]. Ahora baste acabar diciendo que ese ideal no debe ser abandonado, que ese esquema de gran estratega espiritual no debe ser renegado, y que su posible restauración y aun su germinal conservación dependen de la pobreza virtud, del muro del desapego espiritual, del materno regazo de esa disposición de

---

[76] «La Compañía de Jesús, por falla de los principios de selección, es actualmente una 'hacienda misturada', una sociedad donde las dos clases esenciales, regente y regida (materia y forma), están confundidas y aun falsificadas no pocas veces.»

«Una sociedad así sufre dolores graves en sus tejidos más sensibles. Naturalmente que el tejido adiposo no sufre, por el momento, al contrario: siente la euforia de la elevación de rango, al subir donde no debe estar experimenta la ligera borrachera poética del endiosamiento. Pero eso 'por el momento'; a la larga se pudre, y entonces viene para él también la pena.» (Castellani, *Diario,* enero de 1948).

ánimo que en los Santos Ejercicios se llama "indiferencia".

La cual ruego a Cristo Nuestro Señor me quiera donar a mí completamente antes de que llegue el día oscuro y turbinoso, el día de temporal y de tormenta, en que me fallen todas las casas nuestras, en que no tenga dónde reclinar la cabeza, y en que llenando los deseos de mi R. P. Provincial me vaya de Buenos Aires sin salir de Buenos Aires y tome por última vez el tranvía Lacroze[77].

En Xto. Jesús

Professus Infimus

P.D.- El plan de esta carta llevaba como apéndice varias aplicaciones prácticas: 1º) acerca del oficio de Procurador; 2º) acerca del oficio del Comprador; 3º) de la comodidad o incomodidad de nuestras casas; 4º) de las necesidades particulares de algunos oficios; 5º) de los viajes de los NN.; 6º) de la hospitalidad de nuestras casas; 7º) del cuidado de nuestros enfermos; 8º) de los remedios caros, refutación al P. Laburu; 9º) de la edición de libros; 10º) acerca del uso de aeroplanos y automóviles; 11º) acerca de las bibliotecas; 12º) acerca de las vacaciones de los NN. Pero si tratáramos tales puntos como conviene, la carta esta resultaría un libro, por lo cual los dejamos al cuidado de la Venerable Congregación Provincial; supuesto que no tratándolos tenemos menos trabajo y cumplimos mejor el consejo de N.M.R.P. General: "No se meta a reformar allí donde no tenga autoridad." VALETE.

[77] Tiene la estación terminal frente al cementerio de la Chacarita.

Sobre la Castidad

Buenos Aires, 28-VI-1946
(Día del Sdo. Corazón de Jesús)

RP. Antonio Viladevall
San Miguel

No habiendo podido ir a verlo el 13, día de su santo, he pensado dedicar a quien fue el mejor de mis padres espirituales esta carta que tengo que escribir acerca de la virtud de la castidad.

Ud sabe que he escrito otras dos cartas acerca de los otros dos votos religiosos. Espero que habrán llegado a sus manos. ¿Qué Rector se atreverá a destruir una carta dirigida al venerable religioso que ha sido —y puede ser aún— maestro de todos ellos?

Pero en fin, si las han destruido, nada puedo yo contra eso, anoser apelar a N.P. San Ignacio contra ese desprecio del canon 481, 6° del Epítome, el cual no puede ser abolido ni siquiera por nuestro M.R.P. General.

Hablar de la castidad es sumamente delicado, porque en ella "no cabe interpretación", y si uno habla en abstracto corre el peligro de quedarse en insulso, como el peligro de pasarse a chocante si habla en concreto. "No se puede hablar del pudor sin ser algo impúdico" —dijo mi patrono San Jerónimo.

Por tanto, lo mejor es comentar simplemente, y con la objetividad científica que da la buena psicología, lo que dijo N. Señor Jesucristo y expuso después acerca de ella Santo Tomás.

Lo que dijo Nuestro Salvador es que existen tres clases de "eunucos", y que los únicos que le aprovechaban a Él para el Reino eran los terceros : "qui seipsos castraverunt propter Regnum Caelorum"[78]. También dijo que esa palabra suya no todos la pueden "embaular", —que ese es el sentido del "joróusin" griego.

Santo Tomás, en el maravilloso cap. CXXXVI del III de la Suma contra Gentes, que previene todas las objeciones del mundo moderno contra la continencia total, dice que la virginidad religiosa está ordenada a la contemplación; de modo que sólo por ese fin obtenido es ella virtud cumplida; y será ende virtud más o menos perfecta tanto cuanto se acerque o distancie de ella.

Nuestro Padre San Ignacio nos dejó una palabra espléndida al mandarnos en una regla que "seamos instruidos" en distinguir las virtudes verdaderas de las falsas, las genuinas de las aparentes, las endebles de las sólidas y las incoadas de las perfectas. La experiencia de nuestra época muestra que esa regla es máximamente necesaria, sobre todo a los que gobiernan. El clima protestante ha poblado nuestra pobre época de virtudes negativas o "puritanas", contra las cuales el mundo moderno ha oído insurgir la terrible voz de Federico Nietzsche.

La psicología enseña que hay castidad falsa, inclusive perversa, como ya notara Tomás de Aquino, comentando al Estagirita; y hay castidades imperfectas, llenas de

---

[78] "Los que se castraron a sí mismos por el Reino de los Cielos" (Mateo 19, 12)

inconvenientes y durezas para los que las tienen y los demás, que a veces rozan la gazmoñería o la misoginia, ocasionando ese antipático puritanismo que Max Scheler, en su libro sobre la Simpatía, llama injustamente "la moral de los sacerdotes", "die Priestermoral".

Caracteriza allí el gran filósofo hebreo-alemán la "moral de los sacerdotes" (y ¡cómo se conoce que no conoció a mi gran profesor de Moral, sacerdote por los cuatro costados!) como adversa a las grandezas y delicadezas de la vida matrimonial, ignara del amor conyugal, calumniadora del connubio, groseramente resentida y envidiosa, guaranga y obscena en el hablar de re conjugali[79]. No cabe duda que hay algunos sacerdotes así. Pero así no es la "teología moral" de los sacerdotes.

Porque, en efecto, no cualquiera abstención del trato sexual eleva y perfecciona al hombre, como si dijéramos, automáticamente. En la compilación de problemas que corren como de Aristóteles al final de sus Obras Completas, en el problema N° 29, sec. V se pregunta: "Quare illi qui non concumbunt, atra bile laborant?"[80] y la verificación de este hecho no la ignora nadie que conozca por ejemplo cárceles, y también conventos donde se haya amortiguado el espíritu.

Hablando un Obispo inglés no muy afecto a la Compañía en grupo de sacerdotes de las lamentables caídas que de tanto en tanto se producen en el clero (lo cual no es de Inglaterra sólo), un interlocutor le objetó la castidad irreprochable de los jesuitas. Contestó el Obispo, que era un "oxfordian" y hombre de grandes luces:

---

[79] Sobre la sexualidad conyugal.

[80] ¿Por qué quienes se abstienen del trato sexual son de genio irritable?

—En efecto, los jesuitas son exteriormente irreprochables. Pero lo pagan caro.

—¿Cómo lo pagan? —le preguntaron.

—Con la neurosis.

Estando yo en Inglaterra, los Padres ingleses, que se precian de su educación y de sus costumbres deportivas, me contaron esta anécdota. Ellos achacan a las Provincias latinas, sobre todo a las italianas, una deficiencia en la educación de la castidad de los jóvenes, que defiende sí la negra "honra que dan los hombres" y tapa cuidadosamente todo escándalo, pero deja como pasto de los lobos del infierno una lamentable retahíla de neuróticos sobre la estepa helada a lo largo de la caravana. Y lo que es más, los que siguen en la caravana no sirven y logran poco o nada, porque son los humanamente mejor dotados los sacrificados. Quedan sanos los asnos y los avefrías.

El demonio Venus vuela invisiblemente sobre nuestro Estudiantado para ultimar a flechazos a los que se descuidan o quedan solos. ¡Desdichados de ellos!

De mis recuerdos de juventud, no puedo decir que esta Provincia S.J. me haya ayudado mucho a la solución total de mi problema sexual, sacando el encierro y las exageradas precauciones exteriores. Mis padres espirituales, excepto V.R., eran ignorantísimos en esta materia, que no conocían ni por experiencia ni por estudios de psicología. Recuerdo lo que me dijo el P. Ferragud (q.e.p.d.) al llegar yo, filósofo de 2° año, al Seminario; en la primera cuenta de conciencia: "Los que hablan de esas cosas, se les conoce la basura que llevan adentro." Lo cual bastó para que en todo el año no le hablara de mis más reales problemas.

Ahora que mal que bien los he resuelto solo, a trompicones, dejando mi salud en el camino; o por

mejor decir, los ha resuelto amorosamente el Espíritu Santo por medio de Santa Taís, Santa Teresa y la Santísima Virgen (que son figuras suyas) bien puedo hablar de esto a mis hermanos, que si saben más que yo en esto, como probablemente saben, servirá al menos para que me corrijan si yerro.

Que también San Ignacio solía hacer predicar en comunidad sobre alguna virtud al que era menos virtuoso de todos.

Esta carta tiene tres partes, una sobre cada clase de "eunucos" que describió N S Jesucristo. En una segunda carta estudiaré la habitud intrínseca de la castidad a la contemplación; no en forma teológica sino en forma familiar de pacomia o colación espiritual.

I

"Algunos son eunucos, porque así los hizo la naturaleza" —dice Cristo. Estos los llama la ciencia: impotentes, frígidos, asexuados, insensibles o misóginos.

Si lo son físicamente, la Iglesia no los admite a las órdenes sacras: Vermeersch enseña que el espíritu de esta prohibición se extiende a los que sonlo psíquicamente: en efecto, el sacerdote de Cristo debe ser varón cabal; y más en estos tiempos.

Ayer estuve en el tranvía con un sacerdote a cuya ordenación yo me opuse, guiado por el infalible instinto de sus compañeros, que lo embromaban en recreo, a pesar de que era buenito e inteligente. Lo ordenaron lo mismo. Se llama...

Es un feminoide. Ha armado un batifondo fenomenal primero en el Hospital Clínicas y luego en la Curia. Ahora tiene un enredado pleito con el Arzobispo, y pretende que los fieles tienen el deber de alimentarlo,

con sólo decir él la misa, porque "es un sacerdote casto."

Yo creo como psicólogo 1°) que dejará de serlo; 2°) que no tiene arreglo 3°) que seguirá molestando hasta que se muera. Embrómense, porque no me hicieron caso.

Pues bien, hay casos de ésos en nuestra Provincia, primeramente, porque estando desajustado y en manos de ineptos el sabio aparato de selección que creó San Ignacio, se cuelan muchos eunucos primera clase incluso en la profesión solemne; y segundo, porque la educación de la castidad deficiente que esta Provincia nos da origina en algunos una "represión exagerada" que los pueriliza para toda la vida, mutilándolos como hombres.

En efecto, la fuerte represión con que la Iglesia trata al instinto sexual no está ordenada a quedarse en mera represión (como demostré en mi tesis La Catharsis Catholique, que los NN no conocen ni les interesa) sino que debe volverse "sublimación" de los afectos, sin la cual sublimación no hay hombre cabal. La castidad meramente negativa, o es sólo un paso del camino, o es un vicio positivo, como concede Sto. Tomás en el artículo citado. Es decir, la castidad debe subir por los tres grados de toda virtud, "bene", "facfliter", "delectabfliter" —o como explicaba graciosamente nuestro Instructor Poulier: "En el primer grado, las mujeres parecen una porquería; en el segundo, parecen unos ángeles; en el tercero, nos parecen simplemente hermanas." Y eso es lo que son.

¡Qué cantidad de jesuitas conozco imposibilitados para tratar a las mujeres con amoroso trato de hermanos, sin el cual no se les puede hacer verdadero bien: dado que

sólo el amor enseña y sólo el amor convierte! Algunos disparan de ellas hasta el punto de haberse negado durante toda la vida a confesar, como un grave Padre que todos conocen. Otros las tratan como si fuesen porquería, es decir, con un trato correcto y seco, repelente o infecundo. Otros las tratan como si fuesen ángeles, lo cual les agrada a ellas, pero deja muy poco en sus almas. Este tratar a las mujeres con lengua de novio o de amante explica algunos grandes éxitos pecuniarios y de popularidad, y el correteo fuera de casa de algunos que deberían estar enseñando teología: o estudiándola si no la saben.

II

Pero hay el caso más serio todavía de que la deficiencia en la castidad, no solamente pueriliza y esteriliza al Apóstol, sino que positivamente lo deforma. "Algunos son eunucos por la brutalidad de los hombres" —dijo nuestro Salvador.

Balzac, gran doctor en ciencias sociales, estudió los efectos dañinos de la continencia obligatoria en el carácter, cuando ella no llega a convertirse en virtud verdadera y perfecta. Quitándole a sus conclusiones el alcance general y absoluto, la tesis de "Le Curé de Tours" es verdadera. Sólo la paternidad saca al hombre de sí mismo y lo hace grande, social y abnegado. El solterón es antisocial, egoísta y sórdido, habitualmente. Por lo menos no sirve para Apóstol[81].

---

[81] «Hay religiosos para los cuales la religión es una caparazón donde encogerse para dormir, defenderse y resguardarse; que les da seguridad y no inquietud, los enfría y no los consume.» (Castellani, *Diario*, 9-I-48).

De ahí que ignorando Balzac o no pudiendo observar en su dentorno la paternidad espiritual, la creyó enteramente desaparecida de la Iglesia a raíz de la pérdida de su poder político, y describió (injustamente) a todo el clero católico en los dos tipos viciosos del cura regaloncillo, comodón, aniñado y apocado en el "Abbé Chapeloud", y la terrible figura del ambicioso sin escrúpulos, duro, insensible, el "Vicario Troubert", del cual dice:

"Nul doute que Troubert n'eût été en d'autres temps Hildebrand ou Alexandre VI. Aujourd'hui l'Église n'est plus une puissance politique et n'absorbe plus les forces des gens solitaires. Le célibat offre donc alors ce vice capital que, faisant converger les qualités de l'homme sur une seule passion, l'égoïsme, il rend les célibataires ou NUISIBLES ou INUTILES."[82]

He aquí los dos rasgos capitales de esos tipos a quienes una represión viciosa ha vuelto o pueriles o crueles o las dos cosas a la vez, como son los niños. ¿Quién negará que existen de hecho esos tipos que el P. Lloberola llamaba con gracia "los solterones de la gloria de Dios"? V R los conoce:

Cautelosos como gatos, fríos como culebras, reservados como crustáceos, incapaces de efusión cordial y de verdadera amistad, acomodaticios, hinchados de una ciencia egoísta, duros, incomprensivos, preocupados de su salud y de sus ventajas, calculadores, insensibles,

---

[82] Es indudable que Troubert, en otro tiempo, habría sido Hildebrando o Alejandro VI. Hoy día la Iglesia ya no es una potencia política y no absorbe más las fuerzas de los célibes. El celibato muestra entonces este vicio capital, que haciendo converger todas las fuerzas del hombre sobre una pasión, el egoísmo, vuelve a los célibes dañinos o inútiles.

poco humanos, gazmoños, enemigos de la grandeza, amargos, antipáticos, temerosos del hombre y de lo humano, racionalistas, ingenerosos, replegados sobre sí mismos, infecundos, desmadrados, estériles, gélidos, autómatas, censuradores del prójimo, entristecidos, retrancados, negativistas, prudentes al exceso, susceptibles, reptores, maestros helados que muestran al mundo una imagen repelente del Divino Maestro.

Esta ristra de adjetivos a la manera de San Pablo no se aplica a ningún actual viviente en la Compañía ni quizá en el mundo entero; es el "tipo" al cual tiende el sacerdote "de continencia sin caridad", como los llama Hugo Wast en Ciudad turbulenta; sobre todo cuando son invadidos por el demonio de la ambición, como el Vicario Troubert. Pero que las aproximaciones más o menos cercanas a ese "tipo" ideal existen en los conventos, yo no puedo tener duda, y soy apoyado por los testimonios del realista refranero español: "Frayle nin judío, nunca buen amigo" – "Corazón de fraile, pedernal y aire" – "Con gente de bonete ¿quién te mete?" – Etcétera.

¡La lujuria! Tened cuidado con esa perra. Echada por la puerta, a veces vuelve disfrazada por la ventana. ¡Y con qué gentileza, a los que le han negado la carne, les pide un pedacito del espíritu!

La castidad en algunos es una virtud; pero en algunos es casi un vicio.

Oh Dios, ¿diré yo que soy casto? En verdad soy continente; pero yo no diré de mí mismo que soy casto.

Y aunque jamás he conocido la mujer, por voluntad de Dios más bien que mía; yo no diré jamás que soy virgen.

Yo diré que soy un niño, llena la cabeza de juegos y de imágenes volanderas. Imágenes risueñas o terribles, todas pasajeras imágenes divinas.

Y diré que soy un viejo, viendo detrás de esa forma de guitarra de las mujeres ("las hinchaditas delante – y redonditas por todo", como dijo el poeta) un alma que está escondida, que sufre o va a sufrir. Y que se pierde. Un alma como la mía.

Oh Dios, yo te pido la castidad esencial, la castidad de los que se ríen de la castidad, y dicen: "¿Qué es la castidad?"

Yo te pido la castidad de los corazones llenos, que aman de tal modo que no tienen tiempo para nada y se ríen y dicen: "¿A quién se le ocurre que yo engendre hijos?"

¿Y qué tengo que hacer yo con esa carne de hospital? ¿Por ventura para eso sólo creó Dios la hermosura?

¿Y qué derecho tengo yo a la delicia mayor y al tesoro mayor que existe, en este gran sanatorio lleno de pobres y doloridos? Yo soy pobre.

Yo no quiero tener una cosa que no tuvo Jesucristo ni la Niña de la Maternidad Parthenogénica, que fueron pobres.

¿Diré yo que soy casto? Yo diré solamente que soy pobre.

Pero ¿renunciaré yo a la maternidad? ¡Ah! Yo no puedo renunciar a la maternidad, a la preñez pesada y deforme.

No puedo renunciar al imperativo de maternidad que ha concebido leyendo las vidas de los que murieron por otros.

De los que en este mundo se hacen matar, que son siempre los mismos.

La maternidad del padrazo Santa Teresa, del madrecito San Juan de la Cruz, del Paí-guazú Roque González.

Yo no puedo renunciar a la maternidad que hay en mí, violenta y perentoria, semejante a los dolores de la mujer que espera).

....

Después de este breve "intermezzo" personal y poético, pedido por la misma poesía de la virtud de que trato (la cual no puede sustentarse sin alguna manera de poesía), tenemos que hablar de la tercera manera de eunucos de la gran palabra de Cristo.

La palabra de Cristo fue ésta: "pero de esta palabra no todos son capaces."

La conducta en este particular de algunas Órdenes y Epíscopos es un continuo desmentido de la palabra de Cristo. Con los hechos oponen a Cristo esta otra palabra: "Todos son capaces de ello, con tal que se los encierre juntos en edad temprana, no se les hable de los problemas de la vida, o se les hable con horror y a través de un velo fuliginoso de fraseología devota —con tal que se les embuta mucha piedad, mucha piedad, mucha piedad."

La Santa Sede ha descargado poco ha a Zubiri, sacerdote vasco y filósofo, del voto del celibato y lo ha autorizado públicamente al matrimonio. La alegación de Zubiri fue que él no sabía al ordenarse la obligación que contraía. Luego Roma ha admitido que eso es posible, y por el mismo caso, se ha cargado de una obligación nueva y muy seria respecto de sus propios seminarios.

Yo no voy tan lejos como mi maestro Arturo Vermeersch S.J. en su condenación de las Escuelas Apostólicas, donde (como él decía) "un hombre entra jesuita a los 8 años." Yo opino que si la Santa Iglesia las tolera, son hoy día un mal menor o un mal necesario; con tal que sean muy buenas; como creo es la nuestra de Santa Fe.

Tampoco voy tan lejos como Valuy S.J. en su eximio opúsculo "La vida religiosa" donde sostiene que todo seminarista que tiene caídas del vicio solitario debe ser implacablemente eliminado. Yo creo que algunos deben ser eliminados y otros, donde se vea gran buena voluntad con esperanza de (por lo menos) lucha constante, deben ser ayudados y sostenidos, antes y después de la Ordenación Sacra.

Pero para tal discriminación, eliminación y dirección espiritual opino que no sería apto un Seminario con un Rector ocupado en construcciones y granjas, un Prefecto de Estudios sin honradez intelectual, un Prefecto General ocupado (y con razón) de la mera disciplina externa, un solo Padre espiritual, profesores sin unión entre sí ni con el Rector ni con nadie; —y por último, last but not least, una casa de estudios, donde los estudios constituyen un medio de hacer pasar el tiempo a los estudiantes, y no de darles una verdadera formación universitaria.

Esto tengo el deber de decirlo aunque me maten: "serán castigados en proporción del daño que hicieren —dice San Juan de la Cruz hablando de los Superiores miopes; —porque en un piloto es un pecado mortal tener los ojos cerrados o no tener ojos."

Es psicológicamente imposible que en un joven se produzca ese delicado fenómeno de la elevación de las

pasiones a sentimientos y de su enganche a imágenes religiosas, llamado "sublimación" —en una casa que, destinada por la Iglesia a crear la sabiduría, no hay en ella ni siquiera lugar para la contemplación.

Hoy, día del Sagrado Corazón, acabo de oír en la Iglesia un sermón horroroso. Lo menos que debe dar un Seminario (me decía en Roma el P. Mostaza) a todos o casi todos sus alumnos, son "buenas predicaderas"; es decir, un perfecto y cabal "hábitus" de la oratoria, que es para el Sacerdote el instrumento principal del trabajo de toda la vida. Si un Seminario no da a sus alumnos ni ese indispensable "hábitus" práctico, que depende de un mero "drill" o aprendizaje, ¿cómo vamos a creer que da la sabiduría, ni siquiera vocaciones intelectuales a la filosofía y la teología? Y siendo esto así, ¿hemos de extrañarnos de que haya quiebras en la castidad? Lo que a mí me espanta es que no haya mucho más de lo que hay.

El P. Lloberola, a quien debo algunas lecciones de vida espiritual y recia sensatez española, dijo una vez a uno de los NN que se confesaba tentado de la carne: "La oratoria es uno de los grandes remedios contra la concupiscencia carnal. Póngase a hablar en público en cuenta ocasión se le presente, aunque más le cueste". Obedeció el súbdito y no solamente está hoy curado del estímulo de la fornicación, sino que es un predicador notable; porque así como decía el P. Mariana que muchas enfermedades de los Nuestros venían del comer demasiado, así muchas tentaciones nos vienen del trabajar poco. Llamo trabajar al estar empeñado en una obra sacerdotal. No solamente con el cuerpo, sino también con la mente, la imaginación y el corazón.

Y a propósito de eso, así como he comenzado quiero acabar en esta materia, recordando una hermosa plática sobre la Ociosidad que nos hizo V.R. cuando nos dio ejercicios (¡imborrables!) en el filosofado, y que solía ser extrañamente resistida por muchos de los NN: ("¿A quién se le ocurre hablar sobre el ocio a gentes que tratan de perfección y están sobrecargadas de santas obediencias?"); a propósito de lo cual recuerdo lo que me pasó con un hermano días pasados. Vino a decirme: —"Todos los que actualmente, de grado o malgrado suyo, son realmente OCIOSOS en la Provincia, son instintivamente enemigos tuyos." Levanté los ojos al cielo y exclamé: "¡Gran Dios! ¡Soy perdido! ¿Qué puedo contra tantos?"

Ceso rogando a S.R., Padre mío, quiera tener un recuerdo de mí delante de la presencia eucarística, como yo lo tengo de Ud. en mis pobres oraciones.

En Xto. Jesús.

Sobre el Gobierno

A los RR. PP. Profesos de la Provincia Argentina S.J.
Amados en Xto. Padres y Hermanos míos:

Vuelvo a pedirles perdón por mi osadía en dirigirme a ellos en forma desusada, siendo el menor entre todos.

Me objetan no el fondo de mis cartas, sino "el procedimiento" (sic). A esto podría responder con Calderón:

> "que errar lo menos no importa
> si acertó en lo principal."

Pero la respuesta verdadera es preguntar: ¿qué otro procedimiento me quedaba? Los que creen que me quedaba algún otro, desconocen mi caso e ignoran la situación real de la Provincia. Se me cerró toda otra defensa; y *N.M.R.P. General quiere que me defienda.*

Estas cartas son actualmente en Dios y en mi ánima necesarias. Considerad los líos fantásticos ocurridos en Colombia y en Chile, curados con amputaciones dolorosas, posiblemente injustas. Análogos o peores se producirán aquí si no curamos.

Es inútil: una sociedad cualquiera debe conspirar a algo común y para ello debe estar gobernada. Ese algo no puede ser la mera conservación de la misma sociedad; y mucho menos (si es religiosa) el rejunte de dinero, o de la "falsa gloria que dan los hombres". Ése es el tema de esta carta.

Sin conspiración a un Ideal, toda sociedad se va contra un escollo. Conspirar a algo, y gobernar, significa tener los ojos constantemente puestos en el fin común y medir con él todas las cosas. Porque la sociedad no es tal sino por causa de una obra que hacer en común. La raza, el idioma, la religión, las fronteras son los elementos materiales de una nación; lo formal es el *"quehacer colectivo"*. Quitado esto, languidece y se hunde la sociedad. El hombre va en la sociedad como la gota en la nube viajera. Pero para esto es menester que viaje la nube. Si la nube se estanca, la gota se pudre o se disuelve con acompañamiento de tronidos. Pues bien, eso le está pasando a nuestra amada Provincia, por falta de visión ideal arriba: no hay obra común, ni quehacer colectivo. Somos una nube de tronados.

Agudísima fue la conocida cifra política de Saavedra Fajardo: una flecha vertical y debajo el lema: *"O sube o baja."* Eso es una sociedad. No es una cosa sino un movimiento. Es en todo instante algo que *viene de* —y *va hacia*. Córtese por una hora la vida de un Estado civil que lo sea realmente, y se hallará una unidad de convivencia que *parece* fundada en tal o cual elemento material: sangre, idioma, fronteras naturales. Una interpretación estática nos llevaría a afirmar: ' eso es el Estado. Pero pronto advertimos que esa agrupación humana está haciendo algo en común: conquistando otros pueblos, defendiendo sus intereses, fundando colonias, independizándose o federándose. Es decir, que en toda hora está superando el principio material de su unidad. Ese *términum ad quem* define un Estado. Cuando ese impulso al más allá cesa, la sociedad automáticamente sucumbe, su unidad se torna sólo aparente, su convivencia empieza a minarse por den-

tro, desfallecen las dos bases fundamentales del consorcio social: la justicia, que socialmente se llama *derecho*, la caridad, que socialmente se llama *concordia*. ¿Podría jurarme alguno de Uds., amados hermanos, que en nuestra Provincia hay mucha concordia y se guarda estrictamente la justicia distributiva? Lo contrario lo tengo por verdadero; y no me parece muy descaminado el descamisado poeta que dijo:

Sociedad de Jesús... ¿Qué es lo que dije?
Cada cual hace aquí lo que él elige.
El contrato social no rige
Más aparentemente.
Ésa es la verdad,
No somos una sociedad,
Sino un montón de gente.

¿Cuál es en esta Provincia la obra común de servicio de Dios y de su Iglesia que justifica nuestra reunión en un cuerpo? No se ve muy claro, antes se ve paladinamente una cantidad de los NN. haciendo obras de clero secular, de salesianos o de hermanos lasallenses; otra cantidad de los NN. haciendo obras de jesuitas pero enteramente desperdigados y solos; y otra cantidad no haciendo nada. Si nuestra obra común son los "colegios", por ejemplo, (tema que discutiré en otra carta) ¿por qué no se forman entre nosotros profesores y directores aptos, autorizados, y aun diplomados? Ni eso se hace, que es una tarea mínima y de pura honestidad profesional; y en consecuencia, nuestros colegios están en visible decadencia, no sólo absoluta, sino también *relativamente* —a los otros colegios católicos de la Capital— lo cual es un simple colmo, por estar la Enseñanza argentina bastante baja.

Me han contado esta anécdota. El R.P. Tomás I. Travi dijo en Regina muy fresco: *"Hasta el año 1955 no tendremos buenos profesores, porque no tenemos gente."* Respondióle francamente y muy bien el P. Gonzalo Palacios de Borao, huésped entonces de esa casa: —"Ni tampoco en el 55, ni siquiera en el 95 los tendrán, *si no los forman*. Y ahora mismo los tendrían, SI LOS HUBIESEN FORMADO."

No hay ideal provincial ni obra común, porque no hay visión arriba, porque se gobierna siguiendo la rutina y el provecho inmediatamente. —Con esto no acuso al actual P. Provincial, a quien respeto, ni a nadie. No me toca a mí acusar, sino establecer hechos ciertos. —Permitidme, amados PP. y hermanos míos que ilustre esta tesis con un ejemplo propio. Conservo en un álbum preciosamente coleccionadas las "censuras" que merecí de mis hermanos en mis tiempos de escritor, actividad a la que acabo de renunciar al menos temporariamente por dificultades de salud y de toda clase; pero que ha constituido durante diez años para mí una preciosa experiencia. En esas ciento y pico de censuras de mi Madre la Compañía es donde leo yo como en un aviso luminoso la tesis que senté arriba de que desfallece entre nosotros la caridad, que se llama *concordia*, y la justicia que se llama *derecho*, por falta de *trabajo común*; y que en consecuencia se disuelve la convivencia. En efecto en esas 153 censuras hay un 45% que son negativas, es decir, que rechazan rotundamente y sin dar razones mi trabajo como inútil; y hay 10% de censuras que lo hacen en forma hiriente y ofensiva, a veces con una guaranguería absoluta. ¿Será posible (pregunto yo) que un hombre que es escritor desde que nació, que fue elegido luego por la Compa-

ñía para eso, que fue preparado con larguísimos y costosísimos estudios en los cuales tuvo éxito, que fue doctorado por las Facultades más acreditadas del mundo, se equivoque *cincuenta veces cada cien* —una vez de cada dos veces que escribe— y se equivoque en tal forma que su escrito no se pueda arreglar ni corregir, sino que deba ser simplemente destruido? Dice San Juan de la Cruz que todo hombre está obligado a acertar en su oficio. Si este hombre desacierta en tal forma, es un caso de absoluto fracaso. Y si la Compañía con tanto trabajo produce casos tan monstruosos, es un fracaso ella misma —digamos *per reductionem ad absurdum*— y debería disolverse como un estorbo y una ruina, porque está hediendo en el mundo.

¿Por qué los censores liquidan con tanta placidez el 45% del trabajo de un hombre para quien el trabajo no es lecho de rosas? Porque a ellos no les duele nada en esa destrucción, no teniendo nada en común con la obra de ese hombre. Cortan en carne ajena. Esto se prueba fácilmente con la contraparte del caso, que es censura debidamente ejercida. Este hombre formó parte una vez de una redacción cualquiera, llámenla X. Allí pasaba por otra censura, porque era una publicación metida en continuos peligros, que tenía que cuidarse. Sus artículos eran leídos en voz alta, en camaradería de trabajo, ante los otros redactores, lo mismo que los de todos ellos, incluso los del Director-propietario. Allí se ejercía entonces una censura concorde, cariñosa, caritativa y justa. Nadie se atrevía a insultar, al contrario, colmaban de sinceros elogios al compañero. Cuando uno tenía que oponer un reparo, pedía mil perdones y hacía mil salvedades. Nadie hablaba de destruir el trabajo, antes bien se ofrecían a ayudar a

concluirlo. Cuando el autor modestamente hablaba de destruirlo él, protestaban con el grito en el cielo. ¿Por qué todo esto? ¿Por ventura eran ángeles? ¿Eran religiosos? ¡No eran sino pobres periodistas y periodistas "*nazis*" por añadidura! ¿Por qué pues tanta caridad? ¿No lo veis? PORQUE EL ARTÍCULO FORMABA PARTE DE LA "OBRA COMÚN", del quehacer colectivo. No les convenía que se destruyese. Les convenía que se mejorase.

¿Y cuál es, AA. HH., el quehacer colectivo de los jesuitas, la obra propia específicamente de ellos en cuanto tales? Vosotros lo sabéis mejor que yo, mis Amados Padres y CC. Hermanos en Jesucristo: es "ayudar a la Iglesia en su lucha actual, no como artillería, ni infantería, ni zapadores, sino como caballería ligera", es decir, en los puntos decisivos y más fragosos de la batalla y en las actividades más heroicas y difíciles, que no son otras que las más espirituales e intelectuales; es luchar contra la herejía hasta la muerte con las armas del espíritu, que no son otras que la cota de la fe, el escudo de la buena voluntad, la gálea de la justicia y la espada de Espíritu, que es la palabra de Dios (Eph. VI, 15); es el "bautizar lo sociológico", según el aguda fórmula de César Pico, que no es otra cosa sino la traducción pintoresca de la fórmula de N. Santo Padre Ignacio acerca del "bien más divino".

¿Qué hace para eso nuestra actual Provincia? No hace nada. "Se defiende", como dicen; y aun allí, se defiende mal, porque está visiblemente perdiendo terreno. El P. Claudio Acquaviva decía que cuando una sociedad emplea todas sus fuerzas en meramente *conservarse*, esa sociedad anda enferma. En efecto, ésa es la definición misma del organismo viviente traumatizado, intoxicado, o anemiado. La "*fiebre*", no

es más que eso, es un eliminar la actividad externa y concentrar las fuerzas vitales del cuerpo sobre sí mismo. ¿Y no es éste el espectáculo que nos presenta nuestra provincia? Leed las *"Noticias de la Provincia"* y decidme dónde está la actividad que no sea de pura conservación. ¿Qué son los libros del P. Furlong, en editar los cuales se han invertido millanares de pesos, sino literatura de propaganda? ¿Cuál es la actividad de nuestros historiadores, sino andar desenterrando del pasado huesos fosforosos luminosos —"vaticinare super ossa ista"[83]— para exhibirlos al son de platillos y trompetas en una fiebre de exhibicionismo megalómano, que nos debería avergonzar si somos hombres adultos y soldados. ¿En qué contribuye nuestra actividad científica, literaria o filosófica a resolver los capitales problemas de esta Nación que nos da de comer, ó de la desdichada Iglesia Argentina? ¿Toda esa actividad está vuelta hacia la Compañía de Jesús convertida en un ídolo lamentable, en un fin en sí mismo? Pero el conservarse no puede ser el fin último de ningún ser, dice Santo Tomás de Aquino. *"Quia impossibile est quod illius rei quae ordinatur ad aliud sicut ad finem, últimus finis sit ejusdem conservatio in esse."* [84]

¿Y dónde está si no aquí la causa fundamental del creciente distanciamiento y aun aversión que se está abriendo entre la Compañía y las otras religiones, la Compañía y los Obispos? Problema éste en el cual no se hace actualmente nada; y en el cual nada se hará

---

83 Profetiza sobre estos huesos (Ezequiel 37,4).

84 Porque es imposible que el último fin de una cosa ordenable a otra como a su fin, sea su conservación en el ser. (S. Th., I-IIæ, Q. II, art. 5, Resp.)

mientras no se toque la raíz principal del morbo, que es percibir claramente *hic et nunc* el trabajo específico de la Compañía (que no habrá peligro nadie nos dispute, porque es el más arduo) y ponerse bravamente a hacerlo. Hemos de volver los ojos, amados Padres y Hermanos, a nuestros primeros Padres, y retornar a nuestros orígenes, tomar contacto con nuestra fuente radioactiva de un Javier, un Laínez, un Fabro, un Campion, un Southwell; de esos mártires ingleses cuyas vidas me inundan de consuelo por ofrecer ejemplos tan extremados y tan aparentes a los terribles tiempos que vivimos.

Perdonad mis atrevimientos líricos y rogad por mí al Dador de toda Lumbre, Padre de las Misericordias y Dios de toda consolación, el que nos salvó en la esperanza de las promesas de su Hijo, y nos quiso elegir en la Compañía de su Nombre.

Professus Infimus

Índice Analítico*

* Se han omitido los términos "Fariseo" y "Fariseísmo".